OLGA ANDREU



El HEREDERO más imposible de Escocia

OLGA ANDREU

El Heredero más imposible de Escocia



Copyright © 2026 OLGA ANDREU

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, mayo 2026

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35
36
37
38
40
41
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
EPÍLOGO

1

Ivy

Hay decisiones que parecen sensatas cuando las tomas en tu escritorio de Londres con una taza de café en la mano y el correo electrónico acumulándose como una amenaza silenciosa.

Pedir una excedencia de un año es una de ellas.

Durante meses viví rodeada de manuscritos, contratos, autores ansiosos y plazos imposibles. Trabajar en una agencia literaria sonaba romántico hasta que llevabas cinco años leyendo novelas mediocres a las tres de la madrugada mientras alguien en Nueva York exigía cambios urgentes en un contrato que nadie entendía del todo.

Una mañana, después de revisar por cuarta vez un manuscrito que prometía ser *el próximo gran fenómeno literario* —y que en realidad parecía escrito por un loro con insomnio y acceso a un diccionario— tomé una decisión.

Un año.

Un año lejos de Londres, del teléfono y de los correos que llegaban incluso cuando estabas cenando.

Y, si era posible, un año lejos de la versión de mí misma que vivía permanentemente cansada.

La idea de empezar el viaje en las Highlands apareció casi sin buscarla.

Mi abuela hablaba de este lugar durante toda mi infancia con una mezcla de nostalgia y orgullo que siempre me intrigaba. Había nacido en un pequeño pueblo de la región antes de enamorarse de mi abuelo, un londinense que llegó allí por trabajo y terminó cambiando de vida por completo. Nunca volvió a vivir en Escocia. Pero tampoco dejó de hablar de ella.

Mi abuelo murió primero, y mi ella lo siguió tres años después.

Durante años describió los lagos, el viento que parecía moverse entre las montañas y las colinas verdes que cambiaban de color con cada estación. Siempre terminaba sus historias con la misma frase.

Algún día deberías verlo por ti misma.

Así que aquí estoy.

Conduciendo por una carretera estrecha que serpentea entre montañas oscuras mientras el limpiaparabrisas trabaja con la determinación de alguien que sabe que está perdiendo la batalla. Mi plan inicial era quedarme en Escocia unas tres semanas, quizá un mes si el dinero y el ánimo aguantan. No tengo una ruta cerrada ni reservas hechas; solo algunos lugares marcados en el mapa y la idea de ir avanzando hacia el norte, deteniéndome donde algo me llame la atención. Prefiero así, a la aventura, cambiando de alojamiento sobre la marcha, durmiendo en pequeños hostales, casas rurales o donde encuentre un techo y una historia que merezca la pena escuchar.

El coche emite un sonido extraño, un traqueteo irregular que parece salir de lo más profundo del motor, como si cada pieza protestara por seguir en movimiento. Es viejo, muy viejo, un regalo de mi padre cuando cambió de coche hace un par de años y se compró un SUV nuevo, brillante y silencioso, de esos que apenas hacen ruido al arrancar. Yo acepté quedarme con el viejo coche familiar porque todavía funcionaba y, siendo sincera, tampoco

necesitaba nada mejor. La pintura está apagada, con pequeños arañazos en las puertas y el volante gastado por años de uso. Por eso no me extraña demasiado el ruido que hace; el pobre parece estar pidiendo la eutanasia. Aun así, no puedo evitar pensar que es casi un milagro haber llegado hasta aquí sin que se desmonte por el camino…

Un golpe seco. Luego otro. Frunzo el ceño mientras aprieto el volante.

—No, ahora, no.

A ambos lados de la carretera las montañas se levantan como gigantes silenciosos. Durante varios kilómetros no veo ni una sola casa, ni una luz, ni nada que sugiera vagamente la presencia de civilización.

Entonces aparecen unas luces a lo lejos.

Un pueblo.

El coche avanza los últimos metros con la obstinación de una máquina que se niega a rendirse antes de tiempo. Cruzo la pequeña plaza central y justo cuando reduzco la velocidad el motor emite un estruendo digno de una olla a presión explotando, seguido de un chirrido dramático mientras se detiene en seco como si hubiera visto un fantasma en medio de la carretera.

Silencio. Me quedo unos segundos con las manos sobre el volante.

—Bueno—suspiro—, gracias por el esfuerzo.

Salgo del vehículo y en pocos pasos descubro que el clima escocés tiene una forma muy directa de darte la bienvenida. El agua atraviesa mi abrigo con una eficacia admirable. Mientras avanzo bajo

la lluvia, no puedo evitar pensar que esta bienvenida resume bastante bien el momento que estoy viviendo: mi coche ha decidido jubilarse justo en un pueblo diminuto que probablemente ni aparece en los mapas, y yo ni siquiera sé si aquí existe algo parecido a un hotel, una pensión o, con un poco de suerte, un sofá abandonado donde pasar la noche.

Y tú que pensabas que ser editora era estresante, Ivy. Pues toma estrés: transporte muerto, lluvia hostil ni una maldita señal de civilización a la vista.

Bien jugado, universo.

El pueblo es diminuto. Tan pequeño que parece caber en un suspiro. Una única calle principal lo atraviesa, flanqueada por unas cuantas casas de piedra, una tienda cerrada y, al final, un edificio del que brota una luz cálida, como si toda la vida del lugar se hubiera refugiado allí. Un pub. Corro calle arriba, resbalando casi en las piedras húmedas mientras la pendiente me quema las piernas, hasta que al final alcanzo a ver el cartel sobre la puerta que anuncia The stag & thistle.

Cuando empujo la puerta, el contraste es inmediato.

Calor. Luz. Olor a comida. Y, de inmediato, mi estómago ruge con fuerza, como si despertara de golpe al darse cuenta de que llevo horas sin comer nada decente, aparte de alguna triste barrita energética comprada en un Tesco. El aroma me llega intenso, cálido, casi reconfortante, y mi cuerpo reacciona antes incluso de que mi mente termine de ubicarse.

El murmullo de las conversaciones se corta por un segundo, como si alguien hubiera bajado el volumen. Varias cabezas se levantan con esa curiosidad tranquila —y un poco chismosa— que despierta cualquier desconocido que aparece empapado en un lugar donde todos saben quién es el primo del panadero.

El interior evoca a la perfección un pub de las Highlands: vigas de madera oscura que cruzan el techo, una chimenea crepitando que llena el ambiente de calor y olor a leña, y una iluminación cálida que se refleja en las mesas de madera gastada, creando un espacio acogedor y lleno de carácter.

Tras la barra, una mujer de cabello rojizo recogido en un moño, observa la escena con expresión divertida.

—Será mejor que te acerques al fuego antes de que te resfríes, pareces un gato que perdió una pelea con la lluvia —su acento escocés redondea cada palabra.

Le hago caso y me acerco a la chimenea intentando escurrir discretamente el agua del abrigo. Poco después, la mujer se acerca y me tiende una toalla.

—Toma, para que te seques un poco.

—Gracias.

—De nada muchacha. Por cierto soy Morag. La dueña de este local.

—Ivy Harper, perdida en la vida.

Mientras me seco el pelo, observo el local con atención. El ambiente es cálido y tranquilo. Un perro duerme bajo una mesa como si el mundo exterior no existiera.

—Ese es Bruno —dice Morag con una sonrisa, señalándolo—. Pasa más horas aquí que yo, y eso que yo trabajo aquí.

—¿No es tuyo?

—Su antiguo dueño, el señor MacLeod, murió hace tiempo y ahora Bruno es un poco de todo el pueblo. Entre todos lo cuidamos: uno le da de comer, otro lo deja dormir en su granero y siempre hay alguien que lo saca a pasear por la plaza. —Me examina con una curiosidad discreta—. No eres escocesa, ¿cierto?

—No, soy inglesa, de Londres.

—¿Viaje o trabajo?

—Un intento de descanso. He pedido una excedencia en mi trabajo y he decidido empezar el viaje por Escocia.

—¿Y cómo va la experiencia?

—Digamos que podría haber empezado mejor. —Miro hacia la puerta, detrás de la cual el clima sigue haciendo de las suyas, mientras pienso en mi coche fenecido y en si este pueblo será capaz de adoptarme como ha adoptado a Bruno, hasta que consiga que alguien revise mi viejo trasto.

—Mi coche ha decidido dejar de cooperar. —Señalo hacia la plaza.

Asiente con naturalidad.

—El mecánico del pueblo podrá verlo el lunes.

—¿El lunes?

—Hoy es viernes por la noche, querida. —La lógica del comentario es difícil de discutir. Respiro despacio antes de continuar.

—En ese caso necesitaría una habitación para tres noches.

Guarda silencio unos segundos antes de responder.

—Me temo que eso será complicado. Este fin de semana hay un festival y, como el pueblo es pequeño y los alojamientos se cuentan casi con los dedos de una mano, todas las habitaciones están ocupadas… y las pocas que quedaban volaron ayer más rápido que las rosquillas gratis.

La noticia no es precisamente alentadora.

—Supongo que eso reduce bastante mis opciones. ¿Crees que podría compartir espacio con Bruno?

La mujer parece reflexionar un momento.

—Hay una posibilidad, aunque no es segura —su tono es prudente y yo la escucho con atención—. En lo alto de la colina, hay un castillo. El heredero vive allí desde hace un año.

La imagen tarda un momento en encajar.

—¿Un castillo?

—Sí. Y tiene más habitaciones de las que podría utilizar como espacio útil una sola persona.

—¿Funciona como alojamiento?

—Todavía no. —Una leve sonrisa aparece en su rostro—. Pero si alguien puede ayudarte, es él.

—¿Cómo se llama *él*?

—Ewan MacKenzie.

Miro hacia la puerta mientras asimilo la idea.

Un castillo. Confiar en la bondad de un desconocido. O dormir en el coche, con la encantadora posibilidad de que en cualquier momento decida explotar del todo conmigo dentro… y además pasar frío, mucho frío. Aunque, claro, si explota, el frío dejaría de ser un problema.

—¿Y ese tal Ewan? ¿Es alguien confiable?

—¿Ewan? Claro que es confiable. Lleva ya un año por aquí. Heredó el castillo de su tío cuando murió. El viejo era… bueno, un poco tosco —dice con una media sonrisa—. El sobrino se le parece, pero en una versión más light.

—No sé si eso me tranquiliza mucho. —Frunzo ligeramente el ceño y ella se encoge de hombros con naturalidad.

—Puedes estar segura de que no te mandaría a casa de alguien peligroso. Dile que vas de mi parte. Seguro que le alegrará tener a su primera clienta.

—Pero… ¿no me acabas de decir que no funciona como alojamiento?

—He dicho que todavía no —corrige—. Está en proceso. El camino empieza detrás de la iglesia. No tiene pérdida. Pero espera a que la lluvia amaine y come algo. Tengo *haggis* hechos de esta tarde. Te serviré un buen plato y te dejaré algo de ropa mientras la tuya se seca un poco frente al fuego.

—De verdad, no es necesario —expongo, levantando ligeramente las manos.

—Lo es —replica con firmeza—. A menos que quieras pasar más tiempo del necesario en el pueblo por una pulmonía… y que lo del coche termine siendo el menor de tus problemas.

Suspiro, pensando en lo que acaba de decirme y en lo mucho que necesito comer algo caliente y ponerme ropa seca.

—Tienes razón. En ese caso… muchas gracias.

Ella sonríe con calma.

Quince minutos después, estoy sentada a la mesa con un atuendo absolutamente ridículo: un enorme suéter de lana verde con flores bordadas, unos pantalones holgados y calcetines gruesos que claramente me quedan dos tallas más grandes, las mangas del jersey me cuelgan hasta casi cubrirme las manos. Frente a mí humea un plato de *haggis* que, para mi sorpresa, sabe muchísimo a los que preparaba mi abuela. Mientras como, todavía algo desconcertada por todo lo ocurrido, Bruno permanece a mi lado con una atención casi reverencial, observando cada movimiento de mi tenedor y esperando pacientemente a que algún trocito caiga al suelo.

—Por cierto —dice desde la barra mientras seca un vaso—, creo que a Ewan le hace falta un poco de compañía. Le vendrá bien que pases un par de días en el castillo.

Levanto la vista, con el tenedor a medio camino.

—¿Por qué?

Ella se encoge de hombros con una media sonrisa.

—Intuición de mujer que lleva años psicoanalizando clientes.

Frunzo el ceño, sin saber si habla en serio.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Que creo que te va a sorprender.

Abro la boca para responder, pero Morag ya se ha largado hacia la cocina, despidiéndose con la mano del último hombre que abandona el local. Me quedo un segundo mirando la puerta por la que ha desaparecido y resoplo. ¿De qué se supone que voy a sorprenderme exactamente? ¿De que el tal Ewan tenga el aspecto de la Bestia antes de que Bella le enseñe modales? ¿O de que me reciba haciendo malabares con cuchillos como si esto fuera un circo? Niego con la cabeza, divertida por mis propias ideas absurdas.

Lo que sí me resulta curioso es lo cómoda que me siento con esta mujer que acabo de conocer. Tiene algo en la mirada, en la forma de hablar y de moverse, como si perteneciera a ese tipo de personas con un alma empática por naturaleza, capaces de hacerte sentir bienvenida sin esfuerzo, de abrirte un pequeño espacio seguro incluso en un lugar que todavía no es el tuyo.

Una hora después estoy en el almacén, colocándome mi ropa para ir a buscar suerte a ese castillo que espero, sinceramente, no esté encantado.

Le devuelvo la ropa a y vuelvo a darle las gracias.

—Si mañana no regreso—señalo con una sonrisa ligera—, sabrás dónde buscar.

Ella deja escapar una pequeña risa.

—No te preocupes. No creo que vaya a ser necesario. Ewan MacKenzie no suele comerse a los visitantes —la pausa que sigue resulta lo bastante larga para que la frase resulte ligeramente inquietante—. Al menos hasta ahora.

Intento sonreír, pero la broma no logra disipar del todo la sensación extraña que se ha instalado en mi pecho. A veces pienso que los lugares guardan historias que no se cuentan en voz alta, y que las personas que viven en ellos aprenden a convivir con esos

silencios. Me pregunto si estoy a punto de descubrir una de esas historias… y si realmente quiero hacerlo.

2

Ewan

La consultora inmobiliaria tenía que haber llegado esta mañana. A las diez en punto.

Llevaba toda la semana esperando esta reunión. No era una visita cualquiera. Era la persona que tenía que decirme, con números y no con entusiasmo rural, si convertir el castillo en un alojamiento tenía sentido o si estaba intentando salvar un edificio que llevaba dos siglos cayéndose a pedazos con dignidad.

A las diez preparé café. A las diez y veinte seguía mirando el camino que sube hasta la colina desde la ventana de la cocina. A las once todavía pensaba que el retraso era razonable. A las doce ya no me lo parecía tanto. A las dos de la tarde empecé a sospechar que la puntualidad no formaba parte del vocabulario de esa mujer.

Y ahora, cuando el reloj pasa de las nueve de la noche, el castillo sigue exactamente igual que esta mañana: enorme, silencioso y con demasiadas habitaciones vacías.

Ni mensaje. Ni llamada. Nada.

Miro el teléfono otra vez, aunque sé perfectamente que no hay ninguna notificación nueva.

—Maravilloso.

Pago una cantidad nada despreciable para que una especialista venga desde Inverness a evaluar el proyecto, y lo único que consigo es perder un sábado entero.

Dejo el móvil sobre la mesa y observo los papeles que llevo semanas acumulando: presupuestos, cálculos de obra, estimaciones

de calefacción, números que intentan convertir este lugar en un negocio razonable.

Hace un año que vivo aquí.

La propiedad pertenecía a mi tío Alasdair, soltero, excéntrico y con un carácter que la mayoría de la familia describía con una mezcla de resignación y cautela. No era una persona fácil de tratar. Tenía fama de discutir por cualquier detalle, de cerrar la puerta en mitad de una conversación si algo no le gustaba y de mantener a todo el mundo a una distancia prudente. Durante años vivió prácticamente aislado en el castillo, rodeado de libros, herramientas y proyectos que empezaba con entusiasmo y abandonaba con la misma rapidez.

En cada reunión familiar alguien termina diciendo lo mismo: que me parezco a él. Físicamente, dicen, y también en la forma de pensar. Yo siempre lo niego. No tengo nada que ver con aquel hombre huraño que parecía disfrutar llevando la contraria a todo el mundo. Al menos eso es lo que repito cada vez que alguien insinúa la comparación.

Aunque, si soy honesto, tampoco soy precisamente la persona más fácil del mundo. Tengo poca paciencia para las tonterías, no me gusta perder el tiempo en conversaciones inútiles y suelo decir exactamente lo que pienso, incluso cuando sé que no es lo que la otra persona quiere oír. Pero eso no significa que sea como mi tío. Al menos, eso es lo que sigo diciéndome.

Cuando heredé el castillo mi primera idea fue venderlo. Rápido, sin complicaciones, y volver a mi vida normal. Porque mi vida no está en Escocia.

Durante años he trabajado coordinando proyectos de restauración de edificios antiguos. Casas rurales, hoteles pequeños, propiedades que alguien decidía rescatar antes de que el tiempo terminara el trabajo.

Empecé casi por casualidad ayudando a un amigo en el sur de Italia. Luego llegaron otros proyectos. Durante un tiempo pasé más meses entre Sicilia y alguna isla griega que en cualquier otro lugar.

Sol. Mar. Inviernos que no parecen escritos por un novelista deprimido. Exactamente lo contrario de este lugar.

Pero vender el castillo sin tocarlo no es realista. El edificio necesita inversión si quiero obtener un precio decente. Así que termino aceptando lo evidente: primero hay que ponerlo en marcha.

Habilitar habitaciones. Demostrar que el negocio funciona. Después venderlo. Un plan bastante lógico.

En teoría. En mi vida me dedico precisamente a esto: evaluar edificios antiguos, calcular qué se puede salvar y qué no, convertir estructuras llenas de historia en proyectos que funcionen en el presente. Desde fuera puede parecer un trabajo casi sencillo, una cuestión de números y decisiones prácticas. Pero este castillo no se comporta como ninguno de los lugares con los que he trabajado antes. Aquí todo es más grande, más imprevisible y, sobre todo, más complicado.

Camino hasta el vestíbulo con el teléfono todavía en la mano. Los retratos de los MacKenzie observan el espacio desde las paredes: hombres y mujeres de distintas épocas, con ropas que cambian con los siglos, pero con la misma mirada firme. Fueron los dueños del castillo generación tras generación, y sus rostros parecen recordarlo en silencio. A veces tengo la sensación de que están esperando a ver cuánto tardo en rendirme. Y, por un instante, juro que una presencia se mueve entre las sombras del pasillo. Una figura apenas visible, como un susurro en el aire, parece observarme con desaprobación. *No eres uno de nosotros*, murmura una voz antigua antes de desvanecerse, como si incluso los espíritus del castillo renegaran de mi presencia aquí.

Un golpe en la puerta rompe el silencio.

Me detengo en mitad del vestíbulo.

Un segundo golpe resuena en la puerta, más firme esta vez.

Frunzo el ceño.

El golpe vuelve a sonar, más firme esta vez. Camino hasta la puerta con el ceño aún fruncido y, sin pensarlo demasiado, la abro con más brusquedad de la necesaria.

—¿Usted se piensa que son horas de llegar?

Tiene un aspecto lamentable.

Aunque la lluvia había dado una pequeña tregua durante la tarde, hace apenas diez minutos ha vuelto a empezar, y ella parece haber llegado justo a tiempo para llevarse lo peor. Está empapada. El cabello oscuro se le pega al rostro y el abrigo parece haber perdido cualquier discusión contra el clima hace bastante rato. Aun así me mira con una calma inesperada.

Durante unos segundos ninguno habla.

—Llega tarde —digo finalmente—. Y, si me permite decirlo, llega hecha un auténtico desastre.

Ella parpadea.

—Perdone. Le juro que había secado la ropa antes de venir, aunque puede que aún huela un poco a humo. La lluvia me ha pillado otra vez a medio camino.

—La reunión estaba prevista esta mañana.

—Entonces alguien olvidó avisarme, porque yo no tenía ninguna reunión en la agenda.

Eso me hace detenerme.

—¿No viene de Inverness?

—No.

—¿No? —ella alza una ceja, claramente incrédula.

—Vengo de Londres, mi coche se ha averiado en medio de la nada y está lloviendo como si el cielo se hubiera roto. Estaría bien que me dejara pasar un momento y no permitir que me moje más.

La observo un segundo más. El agua sigue cayendo de su abrigo y formando un pequeño charco en el umbral.

—Solo un momento —añade ella, con un suspiro—. Solo necesito dejar de parecer una esponja humana.

Miro la lluvia detrás de ella, luego su expresión cansada.

—Cinco minutos —apunto finalmente.

—Cinco minutos suenan maravillosos ahora mismo.

Entra con cautela. Su mirada recorre la escalera de piedra, los techos altos, los retratos antiguos.

—Vaya…

No intenta ocultar la sorpresa.

Hace una pequeña pausa antes de preguntar:

—¿Es usted Ewan MacKenzie?

—Sí. ¿Quién lo pregunta?

—Ivy Harper.

El nombre suena más lógico que la escena.

—Acabo de llegar al pueblo —empieza a decir, y luego parece decidir que ya que ha abierto la boca va a contarlo todo—. Bueno, en realidad llevo intentando llegar desde esta mañana. He pasado unos días recorriendo la zona, y ahora me dirigía hacia Fort William,

y salí con tiempo de sobra, pero el GPS decidió que la mejor ruta era una carretera que parecía más un sendero para ovejas, empezó a llover como si alguien hubiera abierto un grifo, y a mitad de camino el coche hizo un ruido horrible y decidió que ya había trabajado suficiente por hoy. Conseguí arrastrarlo hasta el pueblo, caminé hasta el pub completamente empapada, y allí me dijeron que no queda ninguna habitación libre en todo el lugar. Así que Morag me miró como si esto fuera lo más normal del mundo y me dijo que tal vez usted tendría espacio aquí. Y ahora estoy aquí, empapada, cansada y esperando no haber entendido mal la sugerencia.

Eso aclara bastante. Y también explica por qué no ha parado de hablar desde que ha cruzado la puerta. Es de ese tipo de personas que hablan por los codos, llenando cada silencio posible como si el aire libre le resultara incómodo. Justo el tipo de persona que no soporto. Durante un segundo me viene a la cabeza Anke, una alemana que conocí en España hace años, en un proyecto cerca de Valencia. Simpática, sí, pero capaz de hablar durante tres horas seguidas sin tomar aire. Al tercer día tenía la sensación de que me habían metido un tambor en la cabeza y alguien lo estaba golpeando con entusiasmo. Exactamente esa clase de energía.

—Así que esto es cosa de Morag —acierto a decir.

—Exactamente.

Claro. Morag.

La verdad es que encaja bastante con ella. Esa mujer tiene una habilidad especial para convertir cualquier problema del pueblo en problema de otra persona, y endosarle a un desconocido una turista charlatana en mitad de la noche entra perfectamente dentro de su estilo.

Además, lleva meses con la misma cantinela: que no es normal que viva solo en un castillo de este tamaño, que un lugar así termina agriándole el carácter a cualquiera, que la gente necesita compañía,

aunque crea que no. Tiene opiniones muy firmes sobre la vida de todo el mundo.

Y en este pueblo, cuando Morag tiene una opinión, suele convertirse en una especie de ley no escrita. Entre ella y el cura, básicamente forman la mayor institución local. Si uno de los dos decide que algo debe ocurrir, lo más probable es que termine ocurriendo.

—¿Y qué se supone que tengo que aportar yo a su caótica situación?

—Ha sugerido que tal vez tendría espacio para acogerme hasta el lunes.

La miro unos segundos más de lo necesario.

—Esa mujer tiene la mala costumbre de tomar decisiones por otras personas.

—Lo ha dicho con mucho entusiasmo —añade, encogiéndose de hombros.

—Sí. Eso también es típico de ella.

Espera, como si pensara que voy a añadir algo más.

No lo hago. El silencio se alarga lo suficiente para que resulte incómodo.

—Entonces… —dice ella finalmente— ¿eso significa que no tiene espacio?

—Espacio hay. —Miro el vestíbulo vacío, las escaleras, las puertas cerradas—. Lo que no tengo es un hotel en funcionamiento.

—No necesito un hotel —responde con calma—. Solo un lugar donde dormir.

—Eso suele ser lo que la gente busca en un hotel.

Ella suspira, pero no parece ofendida.

—Prometo no exigir servicio de habitaciones.

Respiro despacio y me aparto de la puerta, claramente sin demasiado entusiasmo. Porque, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Cerrar la puerta y dejar que esa chica pase probablemente los dos peores días de su vida tirada en el pueblo con un coche averiado? La alternativa es dejarla quedarse aquí. En mi casa. En el castillo. Seguramente hablando sin parar, haciendo preguntas, opinando sobre todo y sacándome de quicio en menos de una hora. No parece un plan especialmente atractivo. Pero tampoco lo es la idea de dejarla ahí fuera bajo la lluvia.

—Está bien —comento al final—. Puede quedarse.

Sus ojos se iluminan de inmediato.

—¿En serio?

—Sí.

—¡Gracias!

Antes de que pueda reaccionar, se lanza hacia mí y me abraza con una efusividad completamente desproporcionada para alguien que me conoce desde hace aproximadamente treinta segundos.

Y está empapada. El agua de su abrigo se transfiere a mi jersey con una eficacia admirable.

Se separa de golpe.

—¡Ay! Lo siento muchísimo.

Miro la mancha húmeda que ahora tengo en el pecho.

—¿Sueles abrazar a gente que no conoces con esa intensidad?

Ella se encoge de hombros, todavía sonriendo.

—Solo en situaciones desesperadas. Una vez, cuando perdí un tren en...

Levanto una mano en señal de stop.

—No necesito conocer toda tu vida —la interrumpo.

Cierra la boca, aunque la expresión que pone deja claro que tiene muchas más historias preparadas.

Entonces me doy cuenta de algo.

—¿Dónde está tu maleta? —decido tutearla; la chica no debe de tener más de treinta años y es absurdo seguir con las formalidades si va a pasar aquí un par de días.

—En el coche.

—¿Y has decidido venir hasta aquí sin ropa limpia ni seca que ponerte? Eso es… de pocas luces.

—Subir una colina bajo la lluvia, cargando una maleta, tampoco me parecía la mejor idea.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer por ti también? —replico con sequedad—. ¿Dejarte mi ropa?

Me observa de arriba abajo evaluándome.

—Con uno de tus jerséis me sobraría para vestir de largo.

Resoplo.

—¿Y también piensas usar mi ropa interior o eso ya lo dejamos para una segunda fase del plan?

—¿Siempre estás así de amargado? —consulta.

—Tranquilízate—respondo brusco—, la que necesita alojamiento y ropa seca eres tú.

—Sí, pero también necesito que tu solidaridad conmigo sea empática. Gruñes como si te estuviera pidiendo demasiado.

—No gruño.

—Acabas de hacerlo.

—Bien, tal vez un poco —concedo—. Pero si vas a quedarte, vamos a poner algunas normas.

—¿Normas?

—Sí. Normas. Para que esto funcione.

—De acuerdo… te escucho.

—Primera: nada de invadir mi espacio de trabajo. Segunda: si algo se rompe, me lo dices. Y tercera… —hace una pausa—procura no causar problemas.

—¿Eso cuenta como norma o como advertencia?

—Ambas.

—¿A qué problemas te refieres exactamente? —pregunta, cruzándose de brazos.

—A hablar demasiado —revelo con calma—. O a evaluar mi carácter como lo estás haciendo.

Inclina la cabeza.

—Morag me dijo que me ibas a sorprender.

—¿Ah, sí?

—Sí. Pero no esperaba que fueras como la Bestia del cuento.

Se me levanta una ceja automáticamente.

—Para que yo sea la Bestia, tú tendrías que ser Bella. Y eso aún está por evaluar.

Parpadea varias veces de forma dramática.

—¿Me estás llamando fea?

—No he dicho eso — hago una pausa breve antes de añadir—, pero ahora mismo no me pareces una persona especialmente agradable a la que ayudar.

Ella se queda tiesa como un palo, como si acabara de comprender exactamente lo que acabo de insinuar. Sus hombros se tensan y su expresión se vuelve educadamente distante.

—En ese caso será mejor que me vaya.

Da medio paso hacia la puerta.

—No.

La palabra sale antes de que termine de girarse. Se detiene y me mira.

—No voy a permitir que pases la noche en tu coche —añado, con un suspiro breve—. Aunque no parezca que haya demasiada química entre nosotros, sigo siendo un caballero.

—Prometo cumplir todas las normas de la casa —expone ella enseguida, levantando una mano como si estuviera jurando ante un tribunal—. Las que existan y las que se te ocurran sobre la marcha. Pero, por favor, déjeme entrar en calor antes de que me convierta en una escultura de hielo en tu vestíbulo.

La observo un segundo más y termino suspirando. No es exactamente el tipo de complicación que esperaba hoy, pero tampoco parece que vaya a desaparecer si sigo mirándola en silencio.

—Sígueme —suelto al fin—. Veremos qué podemos hacer hasta que recojas tu maleta.

3

Ivy

Cuando la puerta del castillo se ha abierto, lo primero que he pensado ha sido que este hombre debe medir cerca de dos metros. Quizá no llega exactamente a esa cifra, pero desde mi posición —empapada, cansada y con la dignidad ligeramente deteriorada por el día que he llevado— la sensación ha sido esa: una pared humana ha ocupado todo el marco de la puerta.

Ancho de hombros, fuerte, con ese tipo de físico que no ha parecido construido en un gimnasio sino en la vida real, levantando cosas pesadas y moviéndose mucho. El cabello castaño, algo revuelto, y una barba de varios días que le da un aspecto todavía más serio.

Y, para ser completamente honesta, también muy atractivo. No del tipo amable que sonríe a los desconocidos en las estaciones de tren. No. Ha sido más bien el tipo de hombre que parece capaz de desmontar una puerta si algo no le gusta… y luego arreglarla él mismo.

Lo segundo que he pensado ha sido que pare enfadado con el mundo. No conmigo en particular —aunque también—, sino con la existencia en general.

Su tono al hablar ha sido seco, directo, casi brusco. Cada frase ha parecido salirle con el mínimo número de palabras posible, como si hablar demasiado fuera una pérdida de tiempo.

Ahora lo sigo por el interior del castillo. En silencio. Bueno… en mi silencio, al menos.

Ewan MacKenzie camina delante de mí con paso seguro, como alguien que conoce cada rincón de este lugar. Sus botas resuenan sobre el suelo de piedra mientras subimos una amplia escalera que parece haber sobrevivido a varios siglos sin demasiados problemas. Intento no quedarme demasiado atrás.

El vestíbulo que hemos dejado atrás ya me había parecido impresionante, pero el resto del castillo no se queda corto. Las paredes son gruesas, de piedra oscura, y en algunos lugares todavía se conservan antiguos tapices que han perdido algo de color con el tiempo. La iluminación es cálida, creada por varias lámparas modernas que contrastan con la arquitectura antigua.

El lugar tiene algo curioso: no parece abandonado ni tampoco completamente habitado.

Es como si estuviera en una especie de pausa. Como si el castillo estuviera esperando decidir qué quiere ser.

Él gira por un pasillo largo.

A través de las ventanas veo la noche extendiéndose sobre las colinas. La lluvia ha vuelto a empezar, golpeando los cristales con una constancia que empieza a resultarme familiar.

—¿Siempre llueve de esta manera? —pregunto finalmente.

—No —su respuesta llega sin que se detenga — a veces es peor.

No puedo evitar una pequeña sonrisa. Seguimos caminando unos metros más hasta que se detiene frente a una puerta de madera clara y la abre.

—Esta servirá.

Entro detrás de él. La habitación es mucho más acogedora de lo que esperaba. Las paredes están pintadas en un tono crema que suaviza la piedra original, y una gran ventana ocupa casi toda una

de las paredes, con vistas a las colinas que rodean el castillo. La cama es enorme, con un edredón grueso que parece especialmente diseñado para sobrevivir a inviernos escoceses. Hay también una cómoda antigua, una pequeña mesa de trabajo y una butaca colocada cerca de la ventana. No parece una habitación improvisada. Más bien parece una habitación que alguien preparó con cuidado hace tiempo.

—No es un hotel —dice Ewan, apoyado en el marco de la puerta —. Pero debería ser suficiente para un fin de semana.

—Es perfecta.

Y lo digo en serio. Después del día que llevo, podría dormir feliz incluso en el suelo. Me acerco a la ventana. Desde aquí el paisaje es impresionante incluso en plena oscuridad. Las colinas apenas se distinguen, pero la sensación de espacio es enorme.

—El baño está al final del pasillo —añade—. El agua caliente funciona… la mayor parte del tiempo.

—Suena prometedor.

No responde. Cuando me giro, lo encuentro observándome con esa misma expresión seria que tenía cuando abrió la puerta. Como si todavía estuviera intentando decidir qué hago aquí.

—Gracias por dejarme quedarme —manifiesto.

Su respuesta tarda unos segundos en llegar.

—Solo hasta que arregles tu coche.

Hace un pequeño gesto con la cabeza, como si eso cerrara el asunto.

Cuando se marcha y la puerta se cierra detrás de él, me siento en la cama. El colchón es bastante cómodo.

Miro la habitación una vez más y luego dejo escapar una risa cansada.

Vine a Escocia buscando tranquilidad. Y acabo pasando el fin de semana en un castillo con un hombre que parece tener una batalla personal incluso con la forma en que funciona el mundo… y, por lo que he visto, va ganando.

No sé si eso cuenta como mala suerte. O como el tipo de situación que, en las novelas, siempre termina complicándolo todo.

4

Ivy

El ruido es tan fuerte que mi cerebro tarda varios segundos en decidir si se trata de un trueno… o de un derrumbe. Un golpe metálico resuena en algún lugar. Luego otro. Y otro más. Abro los ojos de golpe. Durante un instante no tengo ni idea de dónde estoy.

El techo es alto. Demasiado alto para ser el de mi apartamento en Londres. La habitación es enorme. La cama también.

Entonces recuerdo. Escocia. El coche muerto. El pub. Morag. El castillo. Y el hombre con cara de discutir incluso con las paredes.

Ah, sí. El gruñón atractivo.

Otro golpe resuena en el piso inferior.

—¿Qué demonios…?

Me incorporo en la cama con el pelo completamente revuelto y el cerebro funcionando todavía a medio gas. Durante unos segundos escucho.

Clang.

Clang.

Clang.

Suena como si alguien estuviera intentando desmontar el castillo con herramientas medievales.

Perfecto. He sobrevivido a un coche moribundo, a una tormenta bíblica y a un dueño de castillo malhumorado para morir aplastada por una viga.

Suspiro y me levanto.

La noche anterior, después de darme una ducha que probablemente ha sido una de las mejores decisiones de mi vida, encontré en el baño un pequeño montón de ropa doblada con bastante cuidado. Un jersey gris oscuro. Un pantalón de chándal. Y una camiseta negra. Todo claramente demasiado grande para mí. Todo claramente suyo.

Cuando me los puse, tuve que doblar las mangas del jersey dos veces para que mis manos no desaparecieran dentro. Y aun así me quedaban enormes. Pero lo más sorprendente no fue el tamaño. Fue el olor. No a perfume. No a colonia cara. Era un olor más limpio, más sencillo. A jabón, madera, aire frío… y algo más difícil de describir. Un olor masculino que, para mi sorpresa, me gustó bastante. Muchísimo, de hecho. Lo cual es preocupante considerando que el propietario de ese olor tiene la simpatía social de un cactus.

Miro el jersey que llevo puesto. Sigue oliendo igual.

No empieces, Ivy. Es solo ropa.

Ropa de un hombre gruñón que probablemente considera que las emociones son una pérdida de tiempo.

Otro golpe metálico retumba en el castillo.

Vale. Eso ya empieza a parecer personal. Camino hacia la puerta y la abro. El ruido viene claramente de la planta baja. Bajo las escaleras siguiendo el sonido. Cuanto más me acerco, más claro resulta.

Ewan está en el vestíbulo.

De espaldas a mí. Agachado junto a una tubería abierta mientras sostiene una llave inglesa. Una enorme. Y está golpeando algo con ella.

Me apoyo en la barandilla observando la escena. Está concentrado. Lleva unos vaqueros gastados y una camiseta de manga larga arremangada hasta los codos. Sus brazos están tensos mientras trabaja, y cada movimiento es preciso, fuerte.

El hombre gruñón del castillo es alto, fuerte, atractivo… y aparentemente autosuficiente.

—¿Siempre arreglas cosas como si estuvieras luchando contra ellas?

La llave inglesa se detiene en el aire. Ewan levanta la cabeza. Se gira lentamente. Sus ojos se fijan en mí. Luego en el jersey. Después vuelve a mirarme.

—Buenos días —comento con una sonrisa.

—Son las siete.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Te he despertado?

—Solo he pensado que el castillo se estaba derrumbando.

Se incorpora despacio.

—Estoy arreglando una tubería que se reventó con el frío.

—¿A golpes?

—Porque si no le doy golpes, no funciona —alega.

—Eso no es una respuesta tranquilizadora.

—No te he pedido que estés tranquila.

—Qué detalle. Pensé que el paquete de hospitalidad del castillo incluía no morir aplastada por fontanería escocesa.

—Si el castillo se cae, te avisaré.

—¿Siempre eres así de encantador por las mañanas? —Ladeo la cabeza.

—Solo cuando me sueltan comentarios innecesarios.

—Tú me despertaste a mí con ese concierto de metal.

—Entonces estamos empatados.

—No creo que funcione así. —Frunzo el ceño.

—En mi casa sí.

—Ah, claro. Tu castillo, tus reglas.

—Exacto.

—Perfecto. Entonces mi primera sugerencia como invitada involuntaria es que contrates un fontanero.

—No necesito un fontanero.

—¿Eso lo dices mientras amenazas una tubería con una llave inglesa?

—¿Siempre hablas tanto? —gruñe.

—Solo cuando alguien intenta arreglar la plomería como si fuera un combate medieval.

—Vuelve a la cama.

—No puedo. Ahora necesito ver cómo termina esta batalla. —Miro el suelo lleno de herramientas—. Por cierto —añado levantando una manga del jersey—. Gracias por la ropa.

—Era lo único que tenía limpio. —Ewan deja la llave inglesa sobre el suelo con un golpe seco—. ¿Has desayunado?

—Vaya. El castillo mejora su servicio.

—Hay café. Huevos. Pan.

—Suena tentador —expreso—, pero en realidad pensaba bajar al pueblo primero. A por mi maleta.

Ewan frunce ligeramente el ceño.

—¿Tu maleta?

—Sí. Está en mi coche, ¿recuerdas?

Hace una pausa. Luego señala con la barbilla hacia el otro lado del vestíbulo.

—¿Esa?

Sigo la dirección de su mirada. Y ahí está. Perfectamente colocada junto a la pared.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—La traje yo.

—¿De mi coche?

—Sí.

—¿Cómo sabías cuál era mi coche?

—En el pueblo todos conocen los coches de sus dueños, y el tuyo tiene un corazón de pelo de leopardo colgando del retrovisor, que es algo que no suele verse mucho por aquí.

—Punto para ti. ¿Y la llave?

—Sé hacer muchas cosas con esto. — Ewan levanta la llave inglesa.

—Eso es ilegal.

Hace una pausa. Luego suspira.

—Encontré las llaves en tu bolso.

Al parecer mi cerebro decide reiniciarse un segundo.

—Espera. —Lo señalo—. ¿Entraste en la habitación mientras dormía y rebuscaste en mi bolso?

—No rebusqué.

—¿Cómo lo llamas entonces?

—Buscar algo concreto.

—Sigue siendo rebuscar —alego.

Se pasa una mano por la nuca, incómodo.

—No quería despertarte.

—Así que decidiste cometer un pequeño allanamiento de bolso.

—Pensé que después del… recibimiento de anoche… podía hacer algo útil y amable por ti.

Sigue de pie frente a mí, con esa expresión seria que parece su estado natural. Pero hay algo impostado en su postura. Como si no supiera muy bien qué hacer después de ese pequeño gesto de amabilidad: dejarme su ropa, asegurarse de que no pasara frío e ir a rescatar mi maleta. No es gran cosa, pero viniendo de alguien que parece discutir con el mundo por deporte, se siente casi… considerado.

—Bueno. En ese caso, gracias.

Asiente una vez y señala hacia la cocina.

—El desayuno sigue en pie.

—¿Incluye café fuerte?

—Muy fuerte.

—Prefiero el té, pero puede que estar aquí empiece a gustarme.

5

Ewan

La tubería no se reventó.

Esa es la primera cosa que quiero dejar clara.

Las tuberías no *explotan* como en las películas. Lo que hacen es algo mucho más irritante: empiezan a gotear, luego a rezumar, y finalmente deciden que es buena idea soltar agua justo en el peor sitio posible. En este caso, el vestíbulo.

Descubrí el problema a las seis de la mañana cuando bajé a por café y escuché ese sonido que ningún propietario de una casa antigua quiere oír jamás.

Goteo.

Uno constante que venía de detrás de un panel de madera.

La tubería estaba fría como el demonio y perdiendo agua por una junta que probablemente lleva aquí desde antes de que mi tío decidiera que el mantenimiento era un concepto opcional.

Podría haber llamado a un fontanero. Pero eso implicaría esperar horas. Quizá días. Así que decidí arreglarlo yo.

Llevaba veinte minutos peleándome con la maldita pieza metálica cuando escuché pasos en la escalera. Ivy estaba apoyada en la barandilla. Mi jersey gris le quedaba enorme. Las mangas le cubrían medio brazo y el cuello se abría lo suficiente para que asomara una clavícula que, por algún motivo que he preferido no analizar demasiado, ha resultado… difícil de ignorar.

Tenía el pelo revuelto, como si hubiera dormido dando vueltas toda la noche.

Durante un segundo me he quedado mirándola. Luego he vuelto a la tubería. Porque la verdad es que la imagen ha sido… inesperadamente agradable.

La llave inglesa ha golpeado la pieza metálica una vez más. Hasta que hemos mantenido una conversación curiosa.

Lo reconozco. Después de dejarla anoche en la habitación no podía concentrarme en mis papeles. Una parte de mi cerebro seguía repitiendo lo mismo:

Has sido un imbécil.

No completamente injustificado. Pero sí innecesariamente brusco.

Así que a las dos de la mañana subí las escaleras con cuidado. Abrí la puerta despacio.

Estaba dormida. Con una pierna fuera del edredón y el pelo desparramado por la almohada. Ni siquiera se movió cuando entré.

Fui directo al bolso. Las llaves del coche estaban dentro. Las cogí. Y salí de la habitación en silencio.

El coche estaba en la plaza. Lo reconocí enseguida. Principalmente porque del retrovisor interior colgaba un corazón peludo con estampado de leopardo. Algo que, francamente, no suele verse mucho en este pueblo.

Abrí el coche. Dentro hacía frío. Y olía… a chica.

No sabría describirlo mejor. Una mezcla de perfume suave, crema de manos y algo dulce que probablemente venía de una bolsa de caramelos abierta en la guantera.

Había mapas en el asiento. Un libro en el salpicadero y unas gafas de sol enormes. Y como era de esperar, su maleta en el maletero.

La traje hasta el castillo. La dejé en el vestíbulo. Y volví a dejar las llaves en su bolso antes de que se despertara. Porque admitir que me sentía ligeramente culpable por cómo la había tratado no entraba exactamente dentro de mis planes.

Me mira como si estuviera procesando varias cosas a la vez, en la cocina, mientras come algo de huevos revueltos.

—Eres raro, Mackenzie.

—Eso me dicen a menudo.

—Pero también un poco encantador.

—Eso no me lo dicen nunca —alego.

—¿Hay más café? —suelta sin más. Esperaba algún comentario sarcástico, algo que encaje con la forma en la que suele responder desde que puso un pie aquí, pero no llega. Y, en el fondo, me sorprende descubrir que eso me decepciona.

—Sí.

—Perfecto.

Camina por la cocina con mi jersey gigante balanceándose alrededor de sus piernas.

—Si necesitas ayuda con cosas de la casa… —dice de pronto, mirando alrededor—. Puedo echarte una mano.

La miro un segundo, apoyado en la encimera.

—No creo que sea buena idea.

—¿Estás insinuando que no puedo? —Alza una ceja.

—Estoy diciendo exactamente eso.

Se cruza los brazos, desafiante.

—¿Ese comentario viene incluido con el siglo en el que se construyó esta propiedad?

—No lo digo por tu sexo. Lo digo porque pareces la clase de persona que nunca ha usado un destornillador —resoplo.

Sus ojos se entrecierran.

—Para que lo sepas, mi padre es técnico de mantenimiento. Cuando era pequeña lo acompañaba muchas veces a trabajar. Así que sí, sé usar un destornillador. Y algo más que eso.

—Puede que sí —confieso con una media sonrisa—, pero la ayuda de una niña de ocho años no me va a servir de mucho ahora.

—Tengo veinte ocho, ¿y se puede saber qué estás haciendo exactamente con la tubería?

—Arreglando la junta —reconozco con un encogimiento de hombros, porque es lo más obvio del mundo.

—¿Arreglando la junta? —repite ella—. ¿A base de porrazos?

—A base de saber lo que hago.

—Pues déjame verlo.

Sin esperar respuesta, sale de la cocina hacia el vestíbulo. Yo la sigo con la mirada mientras se agacha junto a la tubería, observando el punto donde yo he estado golpeando.

—Bueno —dice al cabo de unos segundos—, lo has empeorado.

—Eso no es verdad. Llevo un año arreglando cosas en esta casa.

—Y yo llevo años viendo cómo se arreglan de verdad. Se incorpora y me mira con una media sonrisa cargada de orgullo.

Se arremanga el jersey —mi jersey— con una concentración que no esperaba ver a las siete y media de la mañana y vuelve a agacharse junto a la tubería.

La observo desde la puerta del vestíbulo. No intervengo. Principalmente porque estoy convencido de que dentro de unos segundos descubrirá que la situación es un poco más complicada de lo que parece.

Ella examina la junta, acerca la cara, gira ligeramente la pieza metálica con los dedos y luego recoge la llave inglesa que yo he dejado en el suelo.

—¿Has estado golpeando esto?

—Lo llamaría… persuasión mecánica.

Ella resopla.

—Esto no es una caja fuerte.

Ajusta la herramienta con calma y gira la pieza con un movimiento corto y preciso, y el goteo se detiene.

Así, sin más.

Ivy se limpia las manos en el jersey.

—Listo.

—Eso ha sido suerte.

—No ha sido suerte. —Se incorpora con toda la tranquilidad del mundo, como si no acabara de desmontar mi intento de reparación en menos de diez segundos—. La junta estaba torcida. Solo había que recolocarla. Eso es todo.

Nos miramos durante un segundo. Entonces, sin previo aviso, la tubería decide recuperar protagonismo. Un chorro de agua sale disparado directamente hacia ella.

—¡Ah!

El jersey se empapa en cuestión de segundos. Ella intenta sujetar la pieza otra vez, pero la presión aumenta y el agua empieza a salpicar el suelo.

No puedo evitarlo. Me río.

—¡No te rías! —protesta mientras intenta controlar la pieza metálica.

—Te dije que no era tan sencillo.

—¡Ayúdame en lugar de comentar la jugada!

Me acerco y cierro la válvula principal. El agua se detiene. El silencio vuelve.

Ivy se queda quieta, completamente empapada de cintura para arriba.Mi jersey gris ahora está pegado a su cuerpo. Una información que mi cerebro registra con demasiado detalle. Ella levanta la vista lentamente.

—No digas nada.

—No iba a decir nada.

—Ni una palabra. La había arreglado.

—Durante unos cuatro segundos —añado.

Se aparta un mechón mojado de la cara.

—Sigo teniendo razón. La junta estaba torcida y tú la estabas tratando como si fuera culpable de algo.

—Es una interpretación bastante creativa por tu parte.

Sonríe con esa expresión satisfecha de alguien que está convencido de haber ganado la discusión.

—Técnicamente he solucionado el problema.

Miro el charco en el suelo. Luego vuelvo a mirarla.

—Técnicamente has iniciado un desastre hidráulico.

Cruza los brazos. El gesto hace que el jersey mojado se ajuste aún más. Aparto la mirada con rapidez.

—Voy a cambiarme —anuncia.

—Buena idea.

—Y después volveré para terminar de arreglar esto.

—Ni hablar.

—¿Perdón?

—He aprendido algo importante esta mañana.

—¿El qué?

—Que no debo permitir que una invitada declare la guerra al sistema de agua de la casa.

Ella entrecierra los ojos. Da un paso hacia la escalera, pero antes de subir se gira.

—Por cierto.

—¿Sí?

—El café estaba horrible.

Sube las escaleras dejando pequeñas gotas de agua en cada peldaño.

Me quedo solo en el vestíbulo. Miro la tubería. Miro la herramienta. Luego levanto la vista hacia la escalera por donde acaba de desaparecer. Y por primera vez desde que llegó tengo una

sospecha bastante clara: La casa no es el problema. El problema acaba de subir al piso de arriba… con mi jersey puesto. Y, me recuerdo a mí mismo, solo será hasta el lunes. Solo unos días. Luego todo volverá a la normalidad.

O eso espero.

6

Ivy

El castillo tiene una mezcla de ecos antiguos, madera que cruje con discreción y viento que se cuela por algún lugar que nadie ha logrado localizar en siglos. No resulta inquietante, pero tampoco completamente tranquilo. Es como si el edificio respirara despacio, con la paciencia de alguien que ha visto pasar demasiadas generaciones como para molestarse en impresionar a una visitante de fin de semana.

Termino el tercer café mientras observo la cocina con la calma de quien ya ha tenido tiempo de despertarse del todo. No es la típica cocina de una fortaleza antigua que aparece en las postales. Esta es más… funcional. Encimeras modernas mezcladas con muebles antiguos, una mesa grande de madera marcada por los años y una ventana que deja entrar una luz gris muy escocesa.

El calor de la taza todavía me entibia las manos y, por primera vez desde que llegué, no siento que esté improvisando mi existencia. También ayuda el pequeño milagro de llevar por fin mi propia ropa: de mi talla, de mi estilo, algo que no parece prestado por un primo lejano con gustos dudosos. Unos vaqueros que me quedan como deben, una camisa que no parece haber sobrevivido a tres generaciones de MacKenzie y unas botas que, al menos, me hacen sentir un poco más yo misma en medio de este castillo que parece sacado de una novela histórica.

Ewan está frente al fregadero, enjuagando una sartén como si fuera una actividad dificilísima.

Durante unos segundos lo observo en silencio. No porque sea especialmente interesante ver a un hombre lavar utensilios de cocina, sino porque sigo intentando entenderlo.

Atractivo, sí. Educado a su manera, también. Pero con el entusiasmo social de un envase de champú.

—¿Siempre haces las cosas como si estuvieras en una misión secreta?

Él levanta la vista.

—¿Eso qué significa?

—Todo en silencio y con cara de estar resolviendo un conflicto internacional.

—Es satisfactorio.

—Podría ser una escena de interrogatorio.

Deja la sartén en el escurridor.

—Si vas a analizar cada gesto cotidiano de esta casa, el fin de semana va a hacerse muy largo.

—No lo estoy analizando —replico—. Solo observo.

—Eso suena peor.

Termino el café y me levanto.

—Voy a dar una vuelta. ¿Puedo?

—¿Por la casa?

—Sí.

—Es grande.

—Lo he notado.

—Y muy vieja, con partes donde uno podría hacerse daño.

—Llevaré cuidado.

Camino hacia el pasillo sin esperar permiso. No es exactamente una huida. Más bien una exploración. El lugar lo pide. Los pasillos se abren en direcciones inesperadas, las paredes de piedra cambian de textura y cada ventana ofrece una vista distinta de las colinas.

Me detengo frente a un tramo de muro donde la piedra tiene tres tonos diferentes.

Interesante.

Paso los dedos por la superficie. Distintas épocas, probablemente. Ampliaciones sucesivas.

—Llevas un rato mirando esa pared.

La voz llega detrás de mí. Me giro y lo veo apoyado en el quicio de una puerta con los brazos cruzados.

—Es interesante.

—Es una pared —responde Ewan.

—Una pared con tres tipos distintos de piedra —replico.

Se encoge ligeramente los hombros.

—Eso no la hace más emocionante.

Señalo la superficie irregular.

—Significa que ampliaron esta parte del castillo en algún momento.

Se hace un breve silencio. Ewan frunce ligeramente el ceño.

—¿Siempre analizas edificios como si fueran un puzzle?

—No siempre.

—¿Entonces?

Me apoyo en la pared con naturalidad.

—Supongo que es deformación profesional.

—¿A qué te dedicas exactamente, Ivy Harper?

—Trabajo en una agencia literaria en Londres.

—¿Literaria?

—Sí, soy editora.

—¿Editas libros?

—Sí. ¿Te parece raro?

—Eso explica algunas cosas. —Se lleva la mano al mentón.

—¿Qué cosas?

—La forma en que miras todo.

—¿Cómo lo miro según tú?

—Como si estuvieras intentando entender cómo funcionan.

Sonrío.

—Tal vez sea así —admito.

Ewan se acerca un poco más al muro y observa la piedra.

—Entonces dime algo.

—¿Sobre qué? —inquiero.

—Sobre el castillo.

—¿Quieres una opinión honesta?

—No conozco otro tipo.

Vuelvo a mirar el pasillo.

—Tiene carácter.

—Eso es una forma elegante de decir que está cayéndose a pedazos.

—No exactamente.—Camino unos pasos, señalando con la mano —. La estructura principal es sólida. Pero la distribución es extraña. Hay habitaciones que parecen añadidas después, pasillos que no conectan bien con el resto… Es como si alguien hubiera ido escribiendo el edificio capítulo a capítulo.

Levanta una ceja.

—¿Capítulos?

—Sí.

—Es un castillo con dos siglos de antigüedad—hace una pequeña pausa antes de añadir—, no una novela.

No puedo evitar reírme.

—Todo puede ser una historia si sabes leerla bien.

—No creo que los arquitectos de esa época estuvieran pensando en metáforas narrativas.

—Quizá no. Pero alguien tomó decisiones aquí. Cambios, ampliaciones, reformas… Eso cuenta algo.

Ewan se queda observándome unos segundos.

—Hablas del edificio como si fuera un personaje.

—Los lugares también tienen personalidad.

—Este lugar tiene goteras.

—Eso también es personalidad —claudico y él resopla.

—Voy a anotar eso en el folleto turístico.

—Pues sí, podrías poner: Castillo MacKenzie: encanto histórico y fontanería temperamental.

Me mira con expresión pensativa. No parece convencido. Pero tampoco molesto.

—¿Sabes qué es lo curioso?

—Ilumíname.

—Que llevas aquí menos de veinticuatro horas y ya opinas como si llevaras años viviendo en esta casa —suelta.

—Eso pasa cuando un lugar es interesante.

—O cuando una persona es demasiado curiosa —comenta, soltando aire, visiblemente hastiado.

—¿Eso es un defecto?

—Depende.

—¿De qué? —pregunto.

—De si esa curiosidad empieza a causar problemas.

—¿Estoy causando problemas? —Inclino la cabeza.

—Aún no. Pero tenemos todo el fin de semana por delante.

Una sonrisa se me escapa.

—Qué alentador.

Ewan se gira hacia la escalera.

—Si vas a seguir explorando el castillo, intenta no abrir puertas que no conoces.

—¿Por qué?

—Algunas no llevan a ningún sitio útil.

—Eso suena misterioso y aumenta mucho mi nivel de curiosidad.

Lo observo mientras empieza a alejarse por el pasillo.

—No te acostumbres. Solo estarás aquí hasta el lunes. —Hace una pequeña inclinación de cabeza.

—Intentaré contener mi entusiasmo.

Se marcha. Sus pasos descienden por la escalera y el castillo se los traga con la misma calma con la que parece tragarse todo aquí dentro. Me quedo sola en el pasillo, frente a la pared de piedra, como si acabara de perder una conversación con el edificio… y con su dueño.

7

Ivy

Una hora después estoy sentada en el asiento del copiloto del coche de Ewan MacKenzie, descendiendo por la colina que conduce a Strathcairn.

—Solo para que conste —expreso mientras observo el paisaje por la ventanilla—, yo no tenía intención de invadir tu excursión.

—No es una excursión —replica Ewan, con la vista fija en la carretera—. Necesitaba bajar a por unas cosas.

—Claro —añado, girándome hacia él—. Y casualmente me has traído contigo.

—No iba a dejarte sola en el castillo —contesta, seco.

Alzo una ceja, mirándolo de perfil.

—Qué considerado.

—No es consideración —corrige apretando ligeramente el volante —. Es prevención.

—¿Prevención de qué exactamente? —pregunto, apoyando el codo en la puerta.

Gira la cabeza lo justo para mirarme un segundo antes de volver a la carretera.

—Eres demasiado curiosa.

—¿Eso es un defecto? —replico, con media sonrisa.

—En una casa con habitaciones cerradas, pasillos que no llevan a ninguna parte y una fontanería inestable… sí —responde.

—No pensaba tocar nada —apunto, ofendida en tono teatral.

—No me lo creo —sentencia él.

—Eres ofensivo.

—Soy realista.

Resoplo y me cruzo de brazos.

—Así que, básicamente, me has sacado del castillo porque no confías en mí.

—Te he sacado del castillo —matiza con calma— porque confío demasiado en que ibas a meterte donde no debes.

Sonrío, sin poder evitarlo.

—Eso suena a elogio.

—No lo es —dice él.

—Un poco sí —insisto.

Ewan niega con la cabeza, volviendo a centrarse en la carretera.

—Solo necesito comprar un par de cosas —añade tras un segundo—. Y evitar que conviertas mi casa en un experimento arqueológico.

—Solo lo analizo estructuralmente —me defiendo.

—¿Así llamas tú a abrir puertas sin permiso?

—Todavía no he abierto ninguna —señalo.

—Todavía —remarca él.

—Qué poca fe tienes en mí.

—La justa —responde.

Me vuelvo a cruzar de brazos, intentando no sonreír demasiado.

—Pues que sepas que me estás cortando mi potencial como exploradora.

—Y tú me estás acortando el mío —objeta—. Bastante, de hecho.

—Vaya —murmuro, mirando de nuevo por la ventanilla—. Qué amable todo.

El camino serpentea entre praderas verdes salpicadas de ovejas que parecen haber sido colocadas allí por un diseñador paisajista particularmente obsesivo con el equilibrio visual. El cielo sigue gris, pero la lluvia ha decidido tomarse un descanso, lo cual en Escocia cuenta prácticamente como un milagro meteorológico.

Conduce en silencio. No es un silencio incómodo exactamente. Más bien es el silencio de alguien que no siente la necesidad de rellenar el aire con palabras innecesarias.

Yo, en cambio, siento exactamente lo contrario.

—¿Siempre bajas al pueblo los sábados?

—Cuando necesito algo, pero creo que ya te lo he dicho.

—Me gusta hablar contigo —comento—. Es como jugar al tenis contra un muro.

—Lo siento pero no tengo paciencia para explicaciones largas.

El coche entra en la calle principal y, de inmediato, queda claro que hoy el pueblo no está precisamente tranquilo. La pequeña plaza está llena de gente. Hay puestos de madera, mesas largas, banderines de colores cruzando de un lado a otro de la calle y una banda tocando música tradicional cerca de la fuente. Varias personas llevan *kilts* y alguien está intentando enseñar a un grupo de turistas

a bailar algo que parece requerir más coordinación de la que yo poseo.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

—El festival.

—¿El festival de qué?

—De Strathcairn.

Por un segundo me quedo mirándolo, intentando recordar por qué eso me suena familiar, hasta que caigo en la cuenta de que la mujer del pub me lo había mencionado anoche y yo, evidentemente, lo he olvidado.

—¿Y qué celebran?

—Que seguimos existiendo.

Aparca junto a la plaza y salimos del coche. El ambiente nos envuelve de inmediato: olor a comida, música de gaitas y ese murmullo alegre que aparece cuando demasiada gente se reúne en un espacio pequeño con suficiente alcohol de por medio.

—¡EWAN MACKENZIE!

Una voz atraviesa la plaza con la precisión de un cañonazo. Varias cabezas se giran. Y Morag aparece con energía, arrastrando detrás a un hombre enorme con cara de sorpresa.

—¡Ya sabía yo que ibas a bajar!

Se detiene frente a nosotros. Luego nos mira a los dos. Y sonríe. Esa sonrisa de alguien que acaba de encontrar exactamente el tipo de entretenimiento que estaba buscando para el fin de semana.

Morag se vuelve hacia el hombre que está a su lado.

—Callum, esta es la chica del coche.

El mecánico me observa con calma.

—Me han dicho que tu coche ha decidido jubilarse.

—Tiene tendencias suicidas.

—Lo miraré el lunes. Seguro que no es nada que no pueda arreglarse —responde con calma—. Solo necesito tiempo… y piezas que probablemente dejaron de fabricarse hace veinte años.

—¿Y las encontrarás?

Se encoge de hombros.

—Será un reto, pero mientras tanto disfruta de la hospitalidad de Strathcairn.

—Exacto. Este fin de semana el pueblo está lleno de vida. —Morag asiente con entusiasmo.

Miro alrededor. Ni siquiera exagera. Un grupo de niños corre entre los puestos mientras un hombre intenta equilibrar un tronco enorme en el centro de la plaza. Luego saco las llaves del bolso y se las entrego al tal Callum.

—Mi coche es ese de ahí. —Se lo señalo.

—Ya me habían informado que es el del corazón de leopardo peludo.

Vuelvo la vista a la plaza y, cerca de la banda, varias parejas bailan siguiendo las indicaciones de una mujer que parece dirigir la coreografía con autoridad castrense.

—¿Qué están haciendo?

—Bailando —suelta Callum con una risa forzada.

—Eso ya lo veo.

—Es baile tradicional —añade Morag.

—Parece complicado.

—Solo se necesita un poco de práctica.

—Perfecto —sonrío—. Me encanta aprender cosas nuevas.

Ewan suspira. Ese suspiro largo de alguien que ya sabe que las próximas horas van a incluir más interacción social de la que considera razonable.

Morag se inclina hacia mí con una sonrisa conspiradora.

—Creo que te vendrá bien pasar el día aquí. Strathcairn siempre mejora el ánimo.

Luego mira a Ewan.

—Y a ti también te vendría bien —añade y él levanta una ceja.

—Estoy perfectamente.

Ella ignora la afirmación con la experiencia de alguien que lleva tiempo lidiando con seres como él.

—Ve a dar una vuelta con Ivy.

—Morag, no empieces.

—Yo no he empezado nada —responde ella con inocencia absoluta. Luego levanta la voz hacia varias personas— ¡Mirad quién ha bajado hoy al festival!

8

Ewan

El problema no es el festival.

El problema es ella, porque, en menos de cinco minutos, ha conseguido lo que a mí me lleva meses evitar: integrarse en este pueblo como si hubiera nacido aquí.

Y no estoy exagerando.

—¿Siempre hay tanta gente? —consulta, girando sobre sí misma en mitad de la plaza como si estuviera en una postal.

—No —respondo—. Normalmente hay menos desorganización.

—Pues a mí me gusta.

Claro que le gusta.

Le gusta el ruido, la gente, las conversaciones que se solapan, los niños corriendo, la música. Le gusta todo lo que yo evito de forma bastante deliberada.

—Voy a comprar lo que necesito —digo, señalando hacia la tienda.

—Vale —canta ella, pero no se mueve.

Frunzo el ceño.

—¿No vienes?

—Creo que voy a dar una vuelta —indica, señalando los puestos —. Prometo no desmontar nada.

La miro un segundo y me obligo a apartar la vista, como si con eso bastara para ordenar las cosas. No debería importarme. No tiene ningún sentido que lo haga. Y, sin embargo, lo hace.

Desde que cruzó el umbral del castillo, el silencio ya no es el mismo. No es más pesado, pero tampoco es el vacío tranquilo al que me había acostumbrado. Ahora hay algo más, algo un poco distinto, como si una corriente de aire hubiera entrado por una ventana que llevaba años cerrada. El problema no es el aire. Es lo que trae consigo: el rumor de risas contenidas, el eco de una vida que no es la mía, el recordatorio de que hay mundo más allá de estas paredes de piedra y de mis propias excusas. Y ese cambio, por pequeño que sea, me molesta. Porque las ventanas, al final, se cierran. Y la gente, inevitablemente, se va.

El lunes, para ser exactos.

Y, sin embargo...

—Diez minutos —digo finalmente.

—¿Perdón?

—Diez minutos —repito—. Luego nos vemos aquí.

—¿Me estás poniendo horario?

—Te estoy poniendo un margen de supervivencia.

—Qué considerado.

—No lo soy. Y deja de decir eso.

Ella sonríe. Y se va. Así. Sin más. Como si no fuera absolutamente irresponsable dejarla sola en medio de un pueblo donde todo el mundo se conoce y ella es, claramente, el entretenimiento del día.

—Relájate —murmura una voz a mi lado.

Es Morag.

—No estoy tenso.

—Estás mirándola como si alguien fuera a robarte algo.

—No van a robarme nada porque esa chica acaba de llegar al pueblo, y por cierto, me la has impuesto tú.

—Entonces deja de mirarla así.

No respondo. Porque, por alguna razón que no termino de entender, sigo observándola.

Está en uno de los puestos, hablando con una mujer mayor que gesticula como si le estuviera contando la historia de su vida. Ella escucha. Asiente. Se ríe. Y la mujer también. En menos de un minuto ya están hablando como si se conocieran de siempre.

—Es buena —dice Morag.

—Es ruidosa.

—Y agradable.

—Habla demasiado.

—Y tú demasiado poco, eso lo compensa todo.

No contesto. Porque no merece la pena.

—¿Sabes qué creo? —continúa Morag, cruzándose de brazos—. Que te viene bien.

—No necesito nada.

—Claro que no —ese tono de mujer que ya ha decidido algo y no piensa discutirlo.

—Solo estará aquí hasta el lunes —añado.

—Ya veremos.

—No hay nada que ver.

—Ya veremos —repite.

Resoplo.

—Tengo cosas que hacer.

Me giro y camino hacia la tienda. Pero no dejo de pensar en lo mismo. En ella, en su manera de adaptarse a cualquier lugar, de encontrar su sitio sin esfuerzo, como si el mundo estuviera hecho para recibirla.

Cuando salgo, diez minutos después, la encuentro donde esperaba.

Pero no está sola. Hay un tipo con ella.

Alto. Rubio. Demasiado sonriente. Ivy está riéndose de algo que él acaba de decir. Y él… Él la está mirando como si acabara de descubrir algo interesante.

Me acerco. No por nada en particular. Sino porque hay algo en la escena que no encaja.

No por ella. Por él.

—¿Todo bien? —pregunto.

Ivy gira la cabeza.

—¡Ah! Justo estaba…

—Hamish —dice el tipo, tendiéndome la mano—. Encantado.

Lo ignoro.

—Nos íbamos a apuntar a lo del baile —añade él.

—No.

Ella parpadea.

—¿No qué?

—No nos íbamos a apuntar.

—Yo sí —responde ella.

—No sabes bailar esto.

—Eso no es un argumento válido.

—Uno bastante importante —bufo.

Hamish mira entre los dos, claramente divertido.

—Bueno, yo puedo enseñarte —dice.

—No hace falta —respondo antes de que Ivy diga nada.

—Creo que sí —dice ella, cruzándose de brazos—. Me apetece.

Silencio.

—Haz lo que quieras —añado.

Ella sonríe y me jode porque esa sonrisa no es para mí.Y no debería ser mía. No hay ningún motivo para que lo sea. No la conozco. No me interesa. No va a quedarse.

Hace solo un año, cuando aún vivía entre el azul cegador del Mediterráneo y el ritmo pausado de las islas griegas, Mila apareció como un vendaval en mi vida en un pequeño puerto de Creta, donde el mar olía a sal y a hierbas silvestres. Ella, una arqueóloga marina obsesionada con los naufragios antiguos, llegó con su equipo para documentar los restos de un barco fenicio cerca de la costa. Yo estaba allí, como siempre, con mis planos extendidos sobre una mesa improvisada y el portátil lleno de presupuestos, coordinando la rehabilitación de un viejo muelle de piedra que amenazaba con

venirse abajo. El destino —o tal vez solo el azar— quiso que su lancha se averiara justo frente a la zona de obra, a pocos metros de donde yo pasaba las mañanas intentando que aquello no se desmoronara.

En tres días, ya estábamos compartiendo cafés amargos al amanecer y discusiones acaloradas sobre mitología griega. En dos semanas, sus libros de historia marina ocupaban la mesa de mi casa alquilada en Chania, y sus botas de buceo secaban al sol junto a las mías. Fue fácil. Demasiado fácil. Como si el universo hubiera decidido, por una vez, que las cosas podían encajar sin esfuerzo.

Hasta que, una tarde, mientras el sol se hundía en el horizonte pintando todo de naranja, me dijo que había recibido una oferta para dirigir una excavación en Chipre. «Solo un año», prometió, con esa sonrisa que siempre me hacía olvidar que el mundo seguía girando fuera de nosotros. «Volveré». Y lo hizo. Pero no para quedarse. Volvió con una maleta llena de fotos de ánforas rotas, un contrato en Malta y una distancia en los ojos que no estaba allí antes.

«Ewan, esto no es suficiente», me dijo, mientras el viento mediterráneo jugaba con su pelo. No era el mar lo que la llamaba. No eran las ruinas. Era algo más grande, algo que yo no podía —o no sabía— darle. «Necesito algo que me queme por dentro, no solo algo que me mantenga caliente», añadió, como si el problema fuera el clima, la rutina, la vida tranquila que habíamos construido. Como si el problema no fuera que, en el fondo, yo siempre supe que ella no estaba hecha para quedarse en un lugar, sino para perseguir tormentas.

Me dejó con una botella de ouzo medio vacía y la certeza de que algunas personas no están hechas para echar raíces, sino para volar. Y lo peor no fue su partida. Fue la sospecha que me quedó clavada como una espina: que tal vez yo tampoco estaba hecho para retener a quienes necesitan el cielo abierto. Que, al final, mi vida e era solo un refugio, no un hogar para quienes llevan el viento en la sangre.

Yo estaba bien así. Tranquilo. Previsible. Bajo control… o eso me repetía mientras aprendía a vivir en un castillo heredado a mala leche, con muros agrietados y estancias a medio reconstruir. Porque, en el fondo, aquel lugar llegó en el momento justo: cuando yo también estaba intentando apuntalar lo que quedaba en pie después de Mila, revisando grietas que no sabía si podían repararse y levantando, poco a poco, unos cimientos nuevos que no se vinieran abajo al primer golpe.

Y ahora no lo estoy. Y lo peor no es eso. Lo peor es que hay una parte de mí, pequeña, pero lo bastante insistente, que no quiere volver a esa calma.

Como si, después de haber pasado muchos meses sosteniendo lo que amenazaba con ceder y rehaciendo desde dentro lo que ya no era firme para que nada volviera a venirse abajo, alguien hubiera abierto una grieta nueva… y, en lugar de querer sellarla, quisiera ver qué entra por ella.

9

Ivy

No sé exactamente en qué momento dejo de estar bailando por diversión… y empiezo a hacerlo por pura obstinación.

Quizá es cuando Hamish me hace girar por tercera vez y casi acabo convirtiéndome en homicida involuntaria de una señora que, claramente, no ha venido al festival a morir arrollada por turistas torpes. O tal vez es cuando me doy cuenta de que Ewan sigue ahí mirando.

—Lo estás haciendo bien —dice Hamish, sujetándome por la cintura con una naturalidad que, en otro momento, me habría parecido aceptable.

—Eso es mentira —respondo riendo—. Pero agradezco el esfuerzo que estás haciendo conmigo.

—Solo necesitas soltarte un poco más.

—¿Más? ¿Después de casi provocar una tragedia local?

——Confía en mí.

La frase, repetida con esa seguridad despreocupada, debería ser suficiente para echarme atrás; por experiencia, confiar a la primera suele ser una idea pésima. Aun así, lo intento. Doy un paso, luego otro, me equivoco en el giro y acabo riéndome de mí misma mientras trato de no arrollar a nadie más en el proceso. Y, durante unos segundos, todo resulta fácil, ligero, como si este sitio me hubiera adoptado sin exigir explicaciones, como si encajar fuera tan sencillo como decidirlo.

Ewan sigue de pie con los brazos cruzados, observando la escena como si estuviera evaluando si todo cumple algún tipo de normativa invisible. No parece molesto, pero tampoco a gusto, es otra cosa, algo más contenido, más tenso… y, de alguna forma, más personal de lo que debería ser.

—Creo que tu amigo no está disfrutando mucho —dice Hamish, siguiendo mi mirada.

—No es mi amigo.

—¿No?

—Es… mi casero temporal.

Hamish sonríe, como si acabara de escuchar una frase que ha oído demasiadas veces.

—Siempre empieza así.

No tengo tiempo de responder porque Ewan se acerca con una determinación que no invita precisamente al debate.

—Ya está bien —dice.

Parpadeo.

—¿Perdón?

—Ya has aprendido suficiente por hoy.

Hamish levanta las manos, divertido.

—Oye, yo solo estaba enseñando.

—Sí —responde Ewan seco—. Ya lo he visto.

—Estoy bien —expongo, soltándome ligeramente—. No necesito supervisión.

—No es supervisión —replica—. Nos vamos.

—Tú te irás —contesto—. Yo no he terminado.

—Ivy…

—No —lo corto—. Estoy bien aquí.

—Ese es el problema.

Frunzo el ceño.

—¿Disculpa, pero qué tipo de trauma tienes?

Ewan se inclina un poco hacia mí. Lo justo.

—La gente como tú —dice en voz baja—, que se adapta demasiado rápido a todo… suele acabar en sitios en los que no debería estar.

—¿Y quién decide eso? ¿Tú?

—Alguien tiene que hacerlo.

Cruzo los brazos.

—Pues enhorabuena. Has encontrado tu vocación: policía de pueblos pequeños.

Sus ojos se endurecen un poco.

—Funciona.

—Claro —sonrío sin humor—. Se te da de maravilla.

—Haz lo que quieras —dice finalmente—. No es asunto mío.

—Perfecto.

—Pero —añade, clavando la mirada en mí— no estoy obligado a dejarte entrar cuando vuelvas.

Parpadeo. *Eso sí que ha sido feo.*

—Eso es cruel. Y bastante infantil.

—Es mi casa.

—¿Eres mi padre o mi tutor legal y no me he enterado?

—No —responde, seco—. Soy el dueño del lugar en el que te estás alojando gratis.

Eso ha sido un golpe bajo, muy bajo… y lo peor es que duele de verdad. Algo en mi pecho se contrae, como si acabara de recordar demasiado rápido dónde estoy realmente.

—Genial —señalo—. Pues gracias por la hospitalidad.

Me giro y empiezo a andar sin rumbo fijo.

—Ivy —lo escucho gritar, pero no me detengo. Porque si me paro, discuto.Y si discuto… probablemente diga algo peor.

10

Ewan

Cierro la puerta con un golpe innecesario y el eco se extiende por el vestíbulo con esa paciencia antigua que tienen las casas que han visto pasar demasiadas cosas como para impresionarse por una más.

Las llaves caen sobre la mesa y me paso una mano por la cara, un gesto automático, inútil. Nada de esto se restablece con gestos. Nada de esto se ordena solo.

Camino hacia la cocina sin un propósito claro, evitando quedarme quieto. La madera responde bajo las botas, todo está donde estaba. Todo salvo ese desplazamiento leve que no pertenece al edificio.

Abro un armario, lo cierro. Repito el gesto en otro. Una forma torpe de ocupar las manos para no mirar de frente lo evidente.

No hay excusas. No la conoces. No te debe nada. Está de paso.

Y, aun así, he reaccionado como si su presencia exigiera un precepto, como si hubiera que ensamblarla a la fuerza en una estructura que llevo un año defendiendo a base de rutina y distancia.

La imagen de ella riéndose en la plaza, torpe y despreocupada, equivocándose y volviendo a intentarlo sin convertirlo en un problema, vuelve a mi cabeza. Como si entrar en un sitio no requiriera permiso ni cálculo.

Apoyo las manos en la encimera y dejo que el peso caiga hacia delante.

Dos días. Es ridículo que dos días desplacen nada.

Y, sin embargo, lo han hecho. No en el edificio —eso sería sencillo—, sino en lo otro, en ese equilibrio pequeño que había terminado por parecer suficiente.

La recuerdo en la cocina con mi jersey, ocupando el espacio como si siempre hubiera estado ahí. Hablando, tocándolo todo, formulando preguntas que nadie había formulado en años. Molesta, sí. Y, por alguna razón que no termina de tener sentido en ningún sitio, también ineludible.

La palabra se queda ahí un segundo más de la cuenta, lo suficiente para resultar inaceptable.

Me dejo caer en la silla y miro el techo, como si desde ahí fuera más fácil no mirarme.

No es difícil rastrear el origen de la reacción. No es nuevo ese impulso de poner distancia, de desconfiar de lo que llega sin esfuerzo. Demasiado fácil suele ser sinónimo de temporal. De superficial. De sustituible.

Y hay una parte de mí —la más torpe, la más defensiva— que ha aprendido a traducir eso en algo más simple: no merece la pena. No confíes, no te compliques y no vuelvas a ceder terreno.

A veces esa parte roza algo más feo, más áspero, una susceptibilidad que se extiende sin matices y convierte a todas en versiones de la misma historia.

No es justo.

Cierro los ojos un instante y la escena vuelve con precisión: *su expresión cuando mencioné la posibilidad de dejarla en la calle*.

La conclusión es simple y molesta: ella no es la molestia, sino la manera en que he decidido convertirla en una.

Me levanto antes de quedarme demasiado tiempo en esa idea.

Tiene que volver. Sus cosas están aquí. La lógica es suficiente para sostener esa certeza… salvo por ese tirón sordo en el pecho que no entiende de lógica.

Doy un paso hacia la salida y me detengo. ¿Esperar o salir a buscarla? Dos opciones igual de poco placenteras.

Cojo las llaves. No hay una buena razón. Tampoco hace falta.

Abro la puerta y el frío entra sin pedir permiso, limpio, directo. No lo pienso demasiado.

11

Ivy

Me dejo caer en una de las sillas del pub junto a la chimenea y estiro las manos hacia el fuego, como si pudiera ordenar el día y curar una depresión leve con calor. No funciona, pero al menos deja de temblarme todo.

—Vaya cara —dice Morag, apoyando dos vasos sobre la mesa—. Eso no lo arregla ni el mejor *whisky* de la casa, pero podemos intentarlo.

—Gracias —murmuro, rodeando el vaso con las manos—. Lo necesito.

No pregunta enseguida. Me observa un segundo, como si calibrara por dónde entrar, y luego se sienta frente a mí con la calma de quien ya ha visto demasiadas historias parecidas.

—A ver —dice al fin—. ¿Qué ha hecho ese muchacho?

Resoplo.

—¿Por dónde empiezo?

—Por el principio —responde, tranquila—. Siempre ayuda.

Doy un trago. Quema lo justo. No me encanta, pero me lo bebo igual.

—Me ha montado una escena en mitad del festival.

—¿Una escena? Eso suena interesante.

—No en el buen sentido. —Apoyo la espalda en la silla—. Ha decidido que yo… —hago un gesto con la mano—soy un problema

con patas que ha llegado a perturbar un poco su vida.

—Vaya crimen.

—Al parecer sí.

Morag esboza una media sonrisa.

—¿Y qué más? —indaga.

—Luego ha pasado a la fase: no vuelvas a mi casa si no te portas como yo digo.

—Ah.

—Sí, *ah*. —la miro—. Y tú vas y me mandas allí.

La mujer no parece especialmente culpable.

—Pensé que necesitabas un sitio donde quedarte.

—Dormir en el suelo del pub con Bruno —señalo al perro, que levanta la cabeza al oír su nombre y me dedica una mirada solemne —, habría sido una opción perfectamente digna.

El perro mueve la cola una vez, como si aprobara la idea.

—No exageres —dice Morag, aunque sonríe—. El suelo del pub no es tan cómodo como parece.

—Ahora mismo me conformaba.

—Ese chico tiene un carácter agrio —admite—. Y raro. No lo voy a maquillar.

—No hace falta —murmuro—. Ya lo hace él solo.

—Pero no es mala persona.

—Eso aún está por demostrar.

—No lo es —insiste—. Solo… —hace una pausa— no se le da bien la gente.

—He notado el detalle.

Ella me observa con más atención.

—Pensé que la compañía femenina le vendría bien.

La miro.

—¿Femenina?

—Nada sofisticado —añade con una sonrisa tranquila—. Solo… aire fresco.

Suelto una risa breve.

—¿Esperabas que le hiciera un trabajito fino al misógino?

Morag se ríe abiertamente.

—No tanto.

—Menos mal.

—Pero sois jóvenes, guapos y libres de hacer lo que os plazca —añade, encogiéndose de hombros—. No parecía una teoría descabellada.

—Ewan es atractivo —concedo, antes de dar otro trago—. Pero se le va todo ese *sex appeal* por la boca en cuanto habla.

—Eso también es cierto.

Durante un segundo, el fuego crepita y el pub vuelve a su murmullo habitual. Hay risas al fondo, vasos que chocan, alguien afinando una gaita con dudoso éxito.

—No entiendo por qué —añado, más bajo—. No me conoce de nada.

Morag no responde enseguida.

—Precisamente —dice al final.

Frunzo el ceño.

—No sé si eso me tranquiliza.

—No es para tranquilizar —responde—. Es para entender.

Antes de que pueda pedirle que concrete, la puerta se abre.El frío entra primero. Luego él.

Ewan se queda un segundo en el umbral, como si necesitara ajustar la escena a lo que esperaba encontrar. Sus ojos recorren el local hasta dar conmigo. Morag sonríe, sin molestarse en disimular.

—Hablando del diablo. —Se levanta con una agilidad sorprendente—. Os dejo —indica recogiendo su vaso—. Intentad no romper nada que no pueda arreglarse.

Él se acerca y se detiene frente a la mesa.

—¿Puedo sentarme?

—Es un pub —respondo—. No suelo gestionar reservas.

—He sido… —empieza, y se detiene—. Me he pasado.

—Sí.

Asiente, como si necesitara una confirmación extra.

—No era mi intención. —Aprieta la mandíbula un segundo—. No es excusa.

—No tenías derecho a hablarme así —añado, sin levantar la voz —. Ni a decidir por mí. Y desde luego no a soltar lo de la casa como si… —busco la palabra— como si esto fuera un contrato con cláusulas ocultas.

Se inclina ligeramente hacia delante.

—No iba a dejarte fuera.

—Pero lo dijiste.

—Sí.

—Entonces cuenta.

No responde de inmediato.

—No tiene sentido lo que he dicho —expone al final

—Menos mal que te has dado cuenta.

—No es por ti.

—Eso suele ser mentira.

—En este caso no.

Lo miro.

—Entonces explícame por qué tengo que tener una conversación de pareja celosa con un hombre al que conozco desde hace… —miro el reloj— ¿veinticuatro horas?

Ewan sostiene la mirada.

—No tienes que tenerla.

—Pero la estoy teniendo. Mira —añado, apoyando los codos en la mesa—, no soy tu problema. Ni tu responsabilidad. Ni una prima lejana que no conocías y a la que tienes que cuidar.

—Eso está claro.

—Entonces deja de actuar como si…

No termino la frase porque él tampoco parece tenerlo clara. Se pasa una mano por la nuca, tenso.

—No se me da bien esto de recibir visitas inesperadas.

—Lo he notado.

—La gente en general—añade—. Esto.

Señala vagamente entre los dos.

—Pues es una pena —digo—. Porque te vendría bien relacionarte con la personas de vez en cuando; no son tan peligrosas como te empeñas en creer.

Una esquina de su boca se mueve. Casi una sonrisa.

—Lo siento.

Esta vez no suena a fórmula. Suena… real.

—Acepto las disculpas —indico al final—. Pero no vuelvas a hablarme así.

—Lo prometo. Y lo de volver… —añade— puedes hacerlo cuando quieras.

—Gracias por el permiso, su señoría. —Apoyo la espalda en la silla—.Pero una cosa —levanto un dedo—. No voy a dejar de hablar con gente porque a ti te incomode.

—No te lo he pedido.

—Lo has insinuado.

—No era la intención.

—Pues revísala. —Asiente.

12

Ivy

Cuando salimos del pub, el aire frío de la noche me golpea en la cara con esa brusquedad que tienen los sitios donde todo parece más real de lo que una querría en determinados momentos. Respiro hondo, más por despejarme que por otra cosa, y camino directamente hacia el coche de Ewan sin esperarlo.

No tarda en alcanzarme.

Por supuesto que no.

—No hace falta que me escoltes —digo mientras abro la puerta del copiloto al punto que el abre el coche con el mando.

—No te escolto. Es que vamos al mismo sitio.

—Sí, a tu casa —lo comento con un retintín apenas disimulado, lo justo para dejar claro que, aunque haya aceptado sus disculpas, no tengo la menor intención de olvidarlo tan rápido.

Subo sin mirarlo demasiado y cierro con fuerza

La luz del pueblo se queda atrás demasiado rápido mientras avanzamos por la carretera estrecha que lleva hacia el castillo. Afuera solo hay oscuridad y árboles moviéndose apenas con el viento.

—Podría haberme quedado. En el pub.

—Podrías.

—Y volver más tarde.

—Y Morag me habría llamado y obligado a ir a buscarte igualmente.

—No tienes por qué preocuparte por mí.

—No lo hago.

Eso me hace girarme.

—Pues lo escondes fatal.

—No es preocupación.

—¿Entonces qué es?

Tarda un segundo en responder.

—Evitar problemas.

Suelto una pequeña risa.

—Empiezo a pensar que esa palabra te pone cachondo.

Ewan deja el coche junto al inicio del sendero porque el terreno embarrado que sube hasta el castillo hace imposible continuar más arriba.

Echo a andar delante de él mientras el sonido de nuestros pasos se mezcla con la grava húmeda del camino.

El camino se estrecha y tengo que apartarme un poco para esquivar una zona de barro. No calculo bien el apoyo y el pie se me desliza lo suficiente para perder el equilibrio.

No llego a caer, pero tampoco lo recupero sola. Su mano se cierra en mi brazo antes de que termine de inclinarme. Firme, como si no dudara ni un segundo. Caliente.

El contacto dura apenas un instante, pero deja algo suspendido en el aire, una sensación incómoda que no tiene que ver con el equilibrio ni con el barro. Durante ese segundo demasiado largo, soy

consciente de su cercanía, de la presión exacta de sus dedos, de lo fácil que es no apartarme.

—Cuidado.

—Estoy bien —alego rápido, soltándome antes de que el gesto dure más de lo necesario.

Él también retira la mano con la misma rapidez, como si el contacto hubiera sido un error que conviene corregir de inmediato.

Reanudamos el paso sin mirarnos.

—Gracias —añado al cabo de unos segundos, sin mirarlo.

—No hace falta.

—Ya, pero lo hago igual.

Asiente levemente. Y, por alguna razón me molesta un poco.

—Eres increíblemente desagradable cuando intentas ser amable —musito.

—No lo intento.

—Se nota. Y también que te cuesta un poco encontrar más de tres palabras seguidas. Es como hablar con alguien que ha decidido optimizar el lenguaje al mínimo imprescindible.

Me mira de reojo.

—Es práctico.

—Es robótico.

—Simplemente eficiente —corrige—. No hace falta ser una cotorra como tú.

Me detengo en seco.

—¿Cotorra?

Él también se para, como si no terminara de medir el alcance de lo que acaba de decir.

—Hablas mucho.

—Hablar mucho no es un defecto.

—Depende.

—No, depende no —señalo, clavándole la mirada—. Se llama saber relacionarse con otros seres humanos. Algo que, por cierto, te vendría bastante bien.

—No estoy acostumbrado.

La frase sale tan neutra que tardo un segundo en procesarla. Cuando lo hago, ya hemos dado varios pasos más. Y no pregunto por qué diablos está acostumbrado a ser asocial.

—Pues deberías practicar. Tiene sus ventajas.

—No veo muchas.

—Claro que no. Nunca ves nada positivo.

El castillo aparece entre la oscuridad como una masa sólida, silenciosa, demasiado grande para parecer acogedora a estas horas. Nos detenemos frente a la puerta, en ese instante suspendido en el que ninguno sabe muy bien cómo cerrar la escena sin añadir nada que lo complique.

—Bueno. Gracias por… no dejarme caer en el barro.

—De nada.

—Y por no echarme oficialmente de tu casa.

—No iba a hacerlo.

Lo miro.

—Sigues siendo bastante inconsistente.

—No es inconsistencia. Es mala gestión.

Hay algo en la forma en que lo dice —tan seca, tan contenida— que me deja un segundo fuera de sitio. No es solo torpeza social ni mal carácter; hay una capa más, algo más hermético, más antiguo, que no termina de tener que ver conmigo. Como si no estuviera reaccionando a lo que acabo de decir, sino a algo que ya traía de antes y que se le activa solo.

Este chico arrastra algo.

No sabría decir qué exactamente: una grieta, un golpe mal cerrado, una forma de estar en el mundo que no termina de sostenerse del todo. Y que, probablemente, ni siquiera él sabe nombrar.

No justifica cómo se comporta. No lo hace más fácil. Pero, contra todo pronóstico, lo vuelve un poco menos simple. Incluso—y esto ya es inquietante—algo parecido a la pena empieza a abrirse paso donde, hace apenas un momento, solo había ganas de discutirle.

—Al menos eres consciente de ello.

—No siempre —señala.

Abre la puerta. El calor del interior sale a nuestro encuentro.

—Que pases buena noche. —El tono es correcto, el que cualquiera usaría tras cerrar una conversación trivial después de todo lo que ha pasado en la última hora.

—Tú también, Ewan.

13

Ivy

Me despierto antes de lo que me gustaría, no por el frío ni por el silencio, sino por esa sensación embarazosa de haber dejado algo a medias, como una conversación que se interrumpe justo cuando empieza a ser interesante.

Entierro la cara en la almohada, pero es inútil; cuanto más lo evito, más presente se vuelve, con esa persistencia de lo que no tiene intención de desaparecer por sí solo.

Cuando bajo a la cocina, Ewan ya está allí. Levanta la vista cuando entro, lo justo para reconocerme sin convertirlo en un gesto relevante.

—Buenos días.

—Buenos días.

El intercambio queda suspendido entre los dos sin saber muy bien en qué convertirse. Es neutralidad consciente.

Abro uno de los armarios sin pedir permiso, y él no dice nada. Lo cual, teniendo en cuenta su carácter, ya es una forma bastante elocuente de adaptación.

—¿Tienes té? —pregunto, más por llenar el espacio que por otra cosa.

—En el segundo armario, lo tienes al fondo.

Lleno el hervidor mientras intento ignorar lo consciente que soy de su presencia al otro lado de la cocina. El agua empieza a calentarse con un zumbido suave y aprovecho esos segundos para

moverme despacio, como si preparar una taza de té requiriera muchísima concentración.

Cuando el hervidor termina, dejo caer la bolsita dentro de la taza y me apoyo un momento en la encimera esperando que el agua oscurezca poco a poco, más pendiente de la distancia entre nosotros que del té en sí.

—¿Te apetece salir? —suelta de pronto.

Levanto la vista, sorprendida.

—¿Salir dónde?

—A dar una vuelta —revela—. Hay un sendero detrás del lago. Es… —busca la palabra— útil.

—¿Útil para qué?

—Para caminar.

Lo miro un segundo.

—Eres fascinante. —Doy un sorbo a la infusión y dejo la taza —.Vale. Caminemos —concedo—. A ver si consigo que formules una frase completa antes del mediodía.

—No prometo nada.

—Sería pedir demasiado.

El silencio que sigue no tiene el filo de anoche; se ha suavizado lo justo para no resultar hostil, aunque todavía conserva ese fondo de fricción que, sospecho, no va a desaparecer fácilmente.

Salimos poco después. El aire es limpio, frío, con ese olor a tierra húmeda que hace que todo parezca más nítido. El sendero serpentea entre árboles bajos hasta abrirse en una vista del lago, quieto, casi inmóvil, como si el mundo se hubiera detenido un segundo para comprobar que seguimos aquí.

Caminamos uno al lado del otro sin tocarnos, con esa distancia precisa que evita cualquier interpretación innecesaria. Aun así, hay momentos en los que el terreno se estrecha y uno tiene que ceder el paso; pequeñas decisiones que, sin querer, hablan por sí solas.

—Se nota que no has vivido siempre aquí —comento al cabo de un rato.

—¿En qué?

—En cómo miras las cosas —me encojo de hombros—. Como si siempre estuvieras calculando cuánto van a durar.

No responde de inmediato. Se detiene un segundo, lo justo para observar el agua, y luego reanuda la marcha.

—Todo tiene un final —suelta, sin mirarme.

—Depende de cómo lo mires. Supongo que hay finales que solo lo son si decides verlos de determinada manera.

No añade nada, pero el sigilo entre ambos, cambia lo suficiente como para que se note aún más.

Un poco más adelante, el sendero se vuelve irregular. Me apoyo en una roca para bajar un desnivel y, esta vez, no resbalo. Aun así, noto su presencia cerca, atento, sin invadir, como si se negara a intervenir, pero tampoco fuera capaz de ignorarlo del todo.

—Gracias por… —empiezo.

—No he hecho nada.

—Exacto —replico—. Y aun así se agradece viniendo de ti.

Algo en su expresión cambia apenas, un matiz mínimo que podría ser una sonrisa si no se deshiciera antes de formarse del todo. Nos detenemos en un claro. El lago queda a pocos metros y el viento levanta pequeñas ondulaciones en la superficie.

—No siempre ha sido así —dice de pronto.

—¿Así cómo?

—Así —hace un gesto vago, que podría abarcar el castillo, el pueblo o a él mismo—. Yo.

La frase se queda ahí, sin más desarrollo. No pregunto. Hay algo en el tono que sugiere que, si empujo, se cerrará.

—Tiene sentido —apunto con cuidado—. Nadie empieza siendo… tú.

—Menos mal —añade seco—. Pero lo decía en serio.

—Pues tienes una forma curiosa de pedir auxilio —replico, mirándolo de reojo.

—No estoy pidiendo ayuda —rebate, sin levantar la voz—. Estoy bien como estoy.

—Se te nota —digo, con una media sonrisa que no es amable.

—Y desde luego no necesito tu ayuda —añade—. Estás aquí en mitad de las Highlands huyendo de tu propia realidad.

Me detengo lo justo para mirarlo de frente.

—Estoy aquí porque necesitaba parar —replico—. Estrés laboral. Se llama así.

—Se suele llamar así —corrige—, cuando no quieres llamarlo por su nombre.

—¿Y cuál es ese nombre, según tú?

—Huir de algo que no has terminado de cerrar.

—Vaya —inclino la cabeza—. Y tú, que tienes tanta experiencia en finales, ¿también eres experto en diagnósticos ajenos?

—No es un diagnóstico —responde—. Es un patrón.

—Curioso —murmuro—. Porque el tuyo también es bastante evidente.

—¿Cuál?

—Decidir que todo acaba antes de que tenga la oportunidad de empezar .Y llamarlo lucidez.

Su mandíbula se tensa.

—Funciona.

—Claro —asiento—. Evitas relacionarte con el resto de la humanidad porque así evitas decepciones futuras.

—No es tan complicado de entender —añade—. Los patrones suelen ser bastante obvios.

—Ah, los patrones —replico—. Entonces te resulto fácil de descifrar.

—Bastante.

—Qué alivio —sonrío sin alegría—. Yo también te tengo bastante calado. He leído suficientes manuscritos llenos de protagonistas masculinos capullos como para sacarme una carrera en psicología.

Su mirada se afila apenas.

—Entonces deberías saber que no todos encajan en el mismo molde.

—No —respondo—, pero algunos hacen un esfuerzo admirable por parecerlo.

El silencio que sigue ya no es neutro; tiene aristas.

—No necesito que me arreglen —añade al final.

—Tranquilo —respondo—. No acepto encargos absurdos.

El viento sopla con un poco más de fuerza y, sin pensarlo, me acerco un paso para evitar que me dé de frente. Él se mueve al mismo tiempo, quedando más cerca de lo necesario.

Lo incómodo —lo verdaderamente incómodo— es darme cuenta de que ese tira y afloja empieza a tener algo… adictivo. Como esas historias que siempre me han parecido exageradas y que, sin embargo, funcionan precisamente por esto: por la fricción, por la réplica, por la sensación de que cada paso hacia delante exige uno hacia atrás.

—Deberíamos volver, va a empezar a llover pronto —suelta y, menos mal, porque estaba empezando a darme un mareíto raro.

—Claro. —Doy un paso atrás antes de que la situación decida por nosotros.

El camino de vuelta es más corto, o al menos lo parece. Hablamos poco, pero no por falta de temas, sino por una especie de acuerdo tácito de no tocar lo que todavía funciona.

14

Ewan

Ivy sube las escaleras sin mirar atrás, y el sonido de sus pasos se pierde poco a poco hasta que la puerta de su habitación se cierra con un clic limpio. Me quedo abajo, solo, con el eco reciente de su presencia todavía suspendido en el vestíbulo.

Dejo las llaves y me quedo un segundo quieto, como si bastara con ocupar mi sitio para que todo vuelva a la normalidad. No sucede. No es el espacio ni la rutina; es algo más impreciso, una sensación que no termina de tomar forma y, precisamente por eso, no se deja ignorar.

Tampoco es el paseo. Ni la conversación que hemos tenido.

Es ella.

Resoplo y me paso una mano por la nuca, intentando apartar la sensación con un gesto mecánico. La gente que analiza, que interpreta, que decide que hay algo que arreglar siempre me ha resultado innecesaria, fastidiosa, como si todo tuviera que someterse a una disección constante para tener sentido. No hay nada que arreglar. Nunca lo ha habido. Lo único que funciona es reducir, controlar, evitar; sobre todo evitar. Así todo se mantiene limpio, manejable, sin margen para errores que no compensan.

No estoy roto. No lo estoy.

Y, aun así, la frase de Ivy se me queda clavada en algún lugar incómodo del pecho, dando vueltas una y otra vez aunque intente apartarla, como esas canciones que reaparecen cuando creías haber conseguido olvidarlas.

«Evitas decepciones».

Aprieto la mandíbula, no porque me sorprenda, sino porque no añade nada nuevo; no es una revelación ni un descubrimiento, sino una forma distinta de nombrar algo que ya está ahí. Claro que evito. Claro que corto antes de tiempo. Claro que no dejo que nada avance más de lo necesario, porque cuando lo hace el margen de error deja de ser teórico.

Camino hasta la ventana y dejo que la vista se detenga en el paisaje, inmóvil, ajeno a cualquier cambio interno.

Cometo el error de cerrar los ojos un instante y encontrarme con ella en mi pensamiento. Demasiado presente, demasiado fácil de recordar en movimiento. Ruidosa. Exasperante. Y, pese a todo, imposible de pasar inadvertida.

La imagen se detiene en detalles que no deberían importar: su pelo castaño con ondas que parecen descuidadas pero no lo están del todo, algunas mechas más claras que capturan la luz cuando se mueve, los ojos verdes, directos, atentos a todo… y, en ocasiones, a mí.

Aprieto los labios con lo precisa que ha sido esa observación.

Es irrelevante. Se va en dos días, como mucho, y no tiene sentido invertir nada en alguien que ya tiene una fecha de salida clara, alguien que no forma parte de este lugar ni de lo que intento mantener bajo registro.

—No estoy pidiendo ayuda —murmuro, más para fijar la idea que para convencerme.

No a ella. No a una desconocida que cree entender patrones porque ha leído lo suficiente como para reconocerlos cuando le conviene. Resoplo, apoyando el peso en el marco de la ventana.

Debería bastar con repetírmelo.

15

Ivy

La media tarde desdibuja los contornos del día hasta convertir el castillo en una especie de cápsula aislada del resto del mundo. No hay un momento claro en el que todo termina; simplemente, la luz se retira poco a poco y deja atrás una calma espesa que lo ocupa todo.

Estoy en la cocina cuando Ewan entra, con la naturalidad de quien conoce cada rincón y no espera encontrar nada que le altere el ritmo. Sin embargo, al verme, se detiene apenas un segundo, lo suficiente para registrar mi presencia sin convertirla en una pregunta.

—Veo que sigues aquí.

—De momento no me han rescatado —respondo —. Y alguien tenía que comprobar si tu dieta básica incluía algo más que latas de supervivencia.

No replica de inmediato. En lugar de eso, se acerca al horno saca un plato y lo deja frente a mí con un gesto preciso.

—Come —indica, como si eso bastara.

Me acerco con cierta curiosidad y observo el plato: huevos revueltos cremosos con un punto de mantequilla, pan tostado crujiente y una ensalada simple de hojas verdes y tomate aliñada con aceite. Es sencillo, sí, pero está bien hecho.

—Vale —admito tras probarlo—. Esto está bien, está muy bueno.

Lo veo medir mi reacción.

—No tiene misterio.

—Claro que no —respondo—. Solo técnica, inversión de tiempo y el detalle de no arruinarlo con vinagre de Módena.

—No soy un ogro —añade al cabo de un momento—. No voy a dejar que nadie se quede sin comer.

Apoyo el tenedor en el plato.

—No, eso ya lo tengo claro. Eres más bien el tipo de persona que se asegura de que nadie se muera de hambre… pero tampoco interviene demasiado más allá de eso.

Su mirada se afila.

—¿Por qué todo tiene que tener una lectura?

—Porque la tiene —replico—. Otra cosa es que prefieras ignorarla.

—No todo es tan… complicado.

—No —concedo—. Pero tampoco todo es tan simple como te gustaría. No siempre eres así —añado sin mirarlo directamente.

—¿Así cómo?

—Como si cada cosa tuviera que pasar por un filtro antes de salir.

Se toma su tiempo antes de responder, decidiendo si merece la pena hacerlo.

—No siempre.

—Ya —murmuro—. Se nota.

—No es algo que suela interesar a la gente.

—A mí sí.

Esa vez sí levanta la vista con algo más de atención. Y, por un segundo demasiado largo, me quedo atrapada ahí: en unos ojos que no son exactamente azules ni grises, sino algo intermedio, como el mar cuando el cielo se nubla, con pequeñas motitas marrones que rompen la uniformidad y los vuelven… altamente interesantes.

Genial, Ivy. No te vas a derretir por alguien que te ha cocinado unos huevos revueltos, ¿verdad?

—Nadie decide convertirse en una versión reducida de sí mismo sin motivo, Ewan.

—¿Reducida?

—Optimizada —corrijo con una ligera sonrisa—. Para que no haya margen de error. Pero reducirlo todo tampoco lo hace necesariamente más sencillo. Solo… más previsible.

—Eso no es malo.

—Depende de lo que estés evitando.

Recojo el vaso y me levanto, más por necesidad de romper la línea de la conversación que por otra cosa.

—¿Siempre te alimentas así? —pregunto apoyándome en el fregadero—. ¿Solo, en silencio y con resultados culinarios decentes?

—Sí.

—¿Y no te resulta… repetitivo?

—No especialmente.

—A mí me parecería aburrido.

—Puede ser —dice al final, sin cerrarse del todo.

—No tienes que demostrarme nada —añado, bajando ligeramente el tono.

—Ni lo estoy intentando, créeme.

—Ya —lo observo un segundo—. Solo estás intentando que nada se desvíe de lo que ya tienes medido.

—Es lo que funciona para mí.

—Sí —asiento—. Pero eso no significa que sea lo único que podrías permitirte.

No dice nada y me exaspera.

—¿Y ahora qué? —pregunto sin apartar del todo la vista de él—. ¿Qué se hace aquí después de este refrigerio?

Ewan recoge el plato con la misma economía de gestos de siempre, como si cada movimiento estuviera ya decidido de antemano.

—Ya te he brindado suficiente entretenimiento por hoy —responde—. Los domingos por la tarde suelo dedicarme a arreglar cosas.

—Suena como una terapia bastante eficaz contra el insomnio —replico—. Y, casualmente, me encantaría ayudarte.

No se niega, pero tampoco parece especialmente entusiasmado; simplemente sopesa la idea como si fuera una variable más en una ecuación.

—No es necesario.

—Claro que lo es —insisto con una media sonrisa—. Sobre todo, si hay riesgo de que intentes volver a inundar el castillo con esas tuberías tuyas o incendiarlo pelando cable, preferiría estar presente.

—No es nada eléctrico ni tiene que ver con agua —aclara, con un leve gesto de paciencia—. Voy a restaurar un mueble antiguo.

—Perfecto —digo—. Soy experta en decapado de madera… y de personas.

—No voy a dejar que me lijes como a un armario viejo —manifiesta, mirándome por fin con algo que se acerca a la ironía.

—Tranquilo. Pero sí pareces un armario: robusto, de madera pesada, bastante resistente… pero viejo no. Ni de lejos. De hecho, incluso cuando estás en plan *mono* eres bastante guapo.

Lo sorprende de una forma sutil pero evidente: en cómo se queda quieto, en el leve parpadeo que no llega a disimular y en esa mínima tensión en la mandíbula que delata que no esperaba algo así.

—¿Qué? —añado encogiéndome de hombros—. ¿No tienes espejos o es que has perdido la fe en ti mismo? Eres un poco desagradable, no te lo voy a negar, pero el envoltorio es bueno, aunque lo de dentro esté ligeramente… avinagrado.

—Si vas a seguir por ahí —dice con una calma que ya no es del todo neutra—, quizá deberías leer un libro, ver la televisión o irte a dormir.

—Ni hablar —respondo sin moverme—. Verte la cara mientras hablo es mucho más entretenido.

Gruñe o hace un sonido bajo que no llega a ser protesta.

—¿Lo ves? —agrego satisfecha—. Esos gruñidos ya empiezo a entenderlos. Me lo tomaré como un sí.

16

Ewan

Hay una regla bastante simple cuando trabajas con cosas antiguas: si parecen sólidas, es porque todavía no has tocado la pieza equivocada. Y si, además, hay alguien observando por encima de tu hombro, las probabilidades de que algo se rompa —o de que pierdas la paciencia— aumentan de forma bastante notable.

—No entiendo por qué no puedes dejarme ayudar.

La voz de Ivy entra en el cobertizo antes que ella, seguida del crujido de la madera bajo sus botas y del golpe suave de la puerta al cerrarse. No levanto la vista. Me concentro en la cómoda, en la veta gastada, en las capas de barniz mal aplicado que alguien decidió ignorar durante años. Es un buen mueble. Lo ha sido siempre. Solo necesita que alguien deje de tratarlo como si fuera prescindible.

—Podría sujetar eso —insiste, acercándose.

—O podrías no hacerlo.

—Eres increíble.

—Lo sé. Y guapo, ¿verdad?

—No lo decía en ese sentido.

—Tampoco yo —manifiesto, sin girarme, aunque soy consciente de su mirada clavada en mí—. ¿Quieres ayudar?

—¿Es una invitación real o una trampa?

—Depende de lo que hagas.

—Prometo no destruir patrimonio histórico.

No respondo; me limito a apartarme lo justo.

—Sujeta aquí.

Se agacha a mi lado. El perfume llega antes que cualquier otra cosa: discreto, limpio, con un fondo apenas dulce que se abre en algo fresco, como aire frío sobre piel caliente.

Aprieto la herramienta más de lo necesario.

Hace mucho que no estoy tan cerca de una mujer. Un año y tres meses, para ser exactos. No es un dato útil… y, aun así, mi cabeza lo registra con mucha precisión.

—¿Aquí?

—No. Ahí no.

—¿Entonces dónde?

—Ahí.

—Ewan…

—¿Qué?

—Señala con algo más que gruñidos.

Resoplo y, antes de pensarlo demasiado, guío su mano con la mía.

Error.

Su piel está fría y suave. La suelto rápido, como si el contacto pudiera alargarse por sí solo si lo no corto yo.

—Aquí —repito, seco.

—Vale.

Trabajamos en silencio unos momentos, aunque no es el silencio de siempre; hay algo más, una tensión ligera que no tiene nada que ver con la madera ni con las herramientas y que me mantiene demasiado pendiente de cada uno de sus movimientos.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —pregunta.

—Más o menos.

—Eso no es tranquilizador.

—¿Para ti o para el mueble?

—Para ambos —masculla.

La observo de reojo. No hay torpeza en sus gestos. Examina la madera con atención real, pasa los dedos por una grieta, golpea una zona con los nudillos como si estuviera escuchando algo que yo no oigo.

—Esta pieza está suelta —dice al fin—. No está bien encajada. Por eso cruje.

—Eso es por la humedad.

—Y por esto. —Sin pedirme permiso, ajusta la unión con un movimiento corto y preciso. La madera encaja con un sonido limpio.

—Eso ha vuelto a ser casualidad —señalo con la mandíbula tensa.

—No suelo trabajar por azar.

—Pues hace un momento no sabías ni dónde poner las manos.

—Evoluciono rápido —revela con una media sonrisa—. Intenta seguirme el ritmo.

—No prometo nada.

—No hace falta. Con que no estropees esta preciosa cómoda, me conformo.

—No sabes nada de mí —replico brusco—. Ni a qué me dedicaba antes de heredar este sitio.

—Entonces cuéntamelo.

—No me gusta contar mi vida a desconocidos.

—Qué pena —indica con fingida lástima—. Yo soy Ivy. Una dama desvalida a la que acogiste porque, en el fondo, tienes un corazoncito. Encantada. —Me tiende la mano, pero yo la ignoro.

—Eso es discutible.

—Ya no soy una desconocida.

—Tampoco lo confirmo.

—Me vale —responde—. Mira qué crecimiento personal estás teniendo hoy.

Se me escapa una exhalación que roza una risa, pero consigo contenerme.

—¿Te has reído?

—No te emociones.

—Demasiado tarde. —Da unas palmaditas.

—Pásame el trapo.

Lo hace sin rechistar, y sin darme cuenta la comisura de mis labios se curva en una sonrisa leve, casi una concesión que no suelo permitirme.

—Si lijas en esa dirección —dice de pronto— te cargas la veta.

—No me la estoy cargando.

—Un poco sí… pero oye, es tu mueble.

—Hazlo tú, listilla —cedo.

Su sonrisa es inmediata. Coge la lija y se inclina sobre la cómoda con una seguridad que no tenía hace unos minutos. Su hombro roza el mío en un contacto mínimo que, aun así, resulta demasiado evidente, lo suficiente como para tensar algo que no tiene nada que ver con el trabajo. No se aparta enseguida… y yo tampoco encuentro una razón inmediata para hacerlo.

—Así —apunta, como si nada.

—Eres bastante irritante.

—Y tú bastante gruñón.

—No gruño.

—Gruñes muchísimo, como un perro al que le han quitado el hueso.

—Eso es una exageración —respondo, sin apartar la vista del mueble, aunque soy muy consciente de que me está mirando.

—Exageración es que creas que sabes lo que haces.

—Qué casualidad —añado—: es exactamente lo que estoy haciendo mientras tú te dedicas a comentar.

—No comento, observo —corrige—. Y, de momento, he llegado a la conclusión de que te cuesta admitir cuando alguien lo hace mejor.

—No me cuesta admitir nada. Me cuesta perder el tiempo.

—Claro —dice volviendo a la lija—. Por eso llevas diez minutos discutiendo conmigo en lugar de trabajar.

Se incorpora, sacudiéndose el polvo de las manos.

—Voy a limpiarme.

—Buena idea.

—Y luego… —Se detiene.

—¿Luego qué?

—Nada —responde, pero su expresión dice otra cosa.

—Eres imprevisible —murmuro—. Y eso no suele ser buena señal.

—¿Te asusto?

—Me incomodas —corrijo y para mi desgracia suena demasiado cerca de la verdad.

—Vaya —sonríe—. Progreso. Ayer te molestaba del todo. Mañana desapareceré, así que tranquilo, Mackenzie. Solo soy una viajera perdida. No voy a desordenarte la vida.

Se marcha sin hacer ruido, y aun así dejo que mi mirada la siga hasta que desaparece por la puerta. Vuelvo al mueble, a la madera y a la unión que ha dejado encajada.

17

Ivy

La cocina del castillo por la noche engaña: luz cálida, viento aporreando los cristales con suavidad, el horno murmurando como si todo estuviera en su sitio. Podría ser una escena tranquila, de las que se recuerdan con una sonrisa.

No lo es.

Ewan se mueve con precisión, sin ruido innecesario, como si cada gesto estuviera diseñado para no abrir ningún frente. Ni errores. Ni grietas. Ni conversaciones.

—¿Qué pasa, has vuelto a tu modo de no me hables? —curioseo, sentándome a la mesa.

—¿Modo de *no me hables*? —repite, esta vez con una leve mueca, como si le hiciera gracia lo que acabo de decir—. Suena bastante teatral.

—No es drama —respondo—, es reflexión. Desapareces emocionalmente justo cuando la cosa se pone interesante.

—O cuando deja de merecer la pena —contesta.

—Qué práctico —ladeo la cabeza—. Así nunca tienes que quedarte a ver qué pasa de verdad.

Hace tres horas estaba a dos centímetros de mí en un cobertizo, compartiendo aire y ahora parece decidido a borrar cualquier rastro de eso.

—¿Qué tienes en el horno? —investigo, rompiendo el hilo antes de que se vuelva insoportable.

—Cordero —responde—. Un asado.

—Huele bien.

—Es fácil —dice, como si eso quitara mérito—. Sal, romero, aceite y un buen horno.

—Para algunas cosas te gustan las instrucciones.

—Para las que no conviene improvisar.

—O para las que no quieres arriesgarte —replico, suave—. Cocinas mejor de lo que admites, pero si le hubieras puesto un poco de laurel, tendría otro toque.

—Cocino lo justo para que no haya sorpresas —dice—. La comida no necesita espectáculo.

—Ni las personas —replico—, aunque a veces ayuda decir algo más que lo mínimo.

—Si quieres que diga algo más —añade, después de un segundo — será que la cena está lista… y que pongas la mesa, por favor.

Cada palabra de este hombre está medida para no cruzar una línea invisible que solo él parece ver.

—¿Siempre haces esto o soy una excepción i?

—¿Hacer qué?

—Acercarte lo suficiente para que pase algo… —muevo la mano entre los dos— y luego comportarte como si no hubiera pasado absolutamente nada. Empieza a ser evidente. Y no es muy elegante.

—No hay nada que interpretar.

—Dímelo claro, Ewan —añado sin rodeos—. ¿Te molesta que esté aquí… o te molesta que no te sea indiferente?

—No eres tan importante como crees. —No levanta la voz. No hace falta—. Esto —dice señalando el espacio entre los dos— no es nada.

—Perfecto… —dejo que la palabra se asiente antes de continuar, sin levantar la voz—. Entonces no vas a tener que soportarme más. Mañana me arreglan el coche y seguiré mi viaje. Gracias por la hospitalidad, de verdad… pero ha quedado bastante claro que soy una molestia para ti.

—No es que seas una molestia —dice, midiendo cada sílaba—. Es que no estaba en mis planes acoger a nadie en el castillo.

—Tampoco estaba en los míos quedarme tirada en el pueblo. Pero aquí estamos. En cualquier caso —añado, retomando el hilo con una educación que no me sale natural—, mañana dejo de ser un imprevisto en tu agenda.

—Nunca he dicho que…

—No hace falta que mientas por cortesía —lo corto—. Se nota y puedo llegar a entenderlo.

Hay un segundo en el que parece que va a responder algo más, pero no lo hace.

—Entonces ya está todo claro —repito, y esta vez no es una conclusión precipitada sino un punto final que me obligo a aceptar—. Voy a acostarme y a dejarte espacio. No tengo hambre.

—Esta conversación incómoda se ha producido porque tú has querido sacarla.

—No—contesto—. Ha pasado porque todo el tiempo que llevo aquí me has hecho sentir como si no encajara en ningún sitio de esta casa: como una intrusa, una pesada… un grano en el culo con tendencia a infectarse.

—Siempre lo exageras todo.

—Tú también, pero solo cuando es algo que te molesta a ti. Como el día de la feria.

—¿Qué día de la feria?

—El día que bailé con ese chico —sostengo—. Te molestó.

Se le tensa la mandíbula lo justo para delatarlo, aunque su voz se mantenga firme.

—Si piensas que me dio celos, estás equivocada. Es absurdo pensar eso cuando apenas nos conocemos.

—A lo mejor es que el destino está intentando dejar claro que lo mejor habría sido no habernos conocido nunca.

Por primera vez en toda la noche, Ewan me mira de frente, sin retirarse.

—¿Tan insoportable he resultado?

—Tienes de tiempo hasta mañana por la mañana para superar tu plusmarca personal —replico—. Seguro que puedes mejorarla.

—Ivy…

Me detengo cuando pronuncia mi nombre, pero no me giro.

—Buenas noches, Ewan.

Subo las escaleras con ese tipo de control que cuesta más que cualquier reacción impulsiva, consciente de cada paso, de cada respiración, como si el castillo entero estuviera escuchando. Cuando entro en la habitación y cierro la puerta, apoyo la espalda contra la madera y dejo que el silencio me alcance por fin.

No voy a llorar. Ni por esto ni por él.

Aunque, si soy sincera, tiene razón: es absurdo que me afecte tanto alguien que solo está de paso. Se supone que estas cosas

tienen que ser livianas, sin peso, de esas que entran y salen sin dejar marca. Pero hay conexiones que ni siquiera llegan a ser nada y aun así duelen como si te hubieran dejado a medias.

No es que seamos algo, porque en realidad no somos nada. Es esa sensación de mierda de que podría haber sido distinto… si las circunstancias hubieran sido otras.

Pues no. Mañana recojo mis cosas, me largo de este castillo y sigo mi camino como si nada hubiera pasado.

No pienso volver a cruzar esa línea con alguien que ni siquiera se atreve a reconocer que existe.

18

Ewan

Dormir habría sido lo lógico, pero la lógica anoche no tuvo demasiado espacio. El castillo, que normalmente se traga cualquier ruido hasta dejarlo en nada, se quedó lleno de pequeños ecos: el roce de los cubiertos, su forma de decir *perfecto*, la puerta cerrándose con ese sosiego que retumba más que cualquier golpe.

No fue una mala noche en el sentido habitual. Fue peor. Demasiado tiempo despierto, demasiado margen para pensar cosas que no terminan de cuadrar en ningún plan razonable.

A primera hora bajo a la cocina por inercia, como si repetir el mismo gesto de siempre fuera suficiente para ordenar lo que se quedó torcido. El plato de la cena sigue en el fregadero. El suyo está limpio. El mío, no.

Me obligo a no darle más vueltas de las necesarias. Se va hoy. Es lo mejor. Es lo legal.

Subo las escaleras con paso firme, sin pensar demasiado en el momento en el que voy a llamar a su puerta. No tiene sentido complicarlo. La llevo al taller, se arregla el coche, y todo vuelve a su sitio.

Cuando me planto frente a su habitación, me quedo unos segundos en silencio, con la mano a medio camino de la madera, como si necesitara asegurarme de que esto es exactamente lo que quiero hacer.

Es lo que quieres, no debería caerte bien. Es una cotorra.

Llamo.

—¿Sí?

Su voz llega desde dentro.

—¿Estás lista? Te llevo al taller.

Hay un pequeño silencio antes de que responda.

—Puedo ir sola —indica al punto que abre la puerta—. Estoy segura de que la maleta rueda perfectamente colina abajo.

La imagen es lo bastante clara como para que se me escape una mínima exhalación.

—Lo sé. —Apoyo la mano en el marco de la puerta cuando la abre—. Pero prefiero llevarte.

Se queda en el quicio, sin invitarme a pasar, mirándome e intentando decidir qué hacer conmigo.

—¿Eso es tu forma de pedir disculpas?

—Puede que sí.

Su expresión cambia lo justo.

—¿Puede… o lo es? —inclina la cabeza y frunce el labio—. Porque no puedes ir por la vida así, Ewan. Diciendo medias frases para no mojarte ni un pelo.

Aprieto la mandíbula, consciente de que tiene razón, y no es una sensación nueva. Llevo tiempo reconociendo ese mismo esquema en mí, esa forma de medir cada palabra, de dejar siempre una salida abierta para no tener que implicarme más de la cuenta, como si anticiparme fuera la única manera de mantener a raya lo que arrastro. No es casualidad; es la forma en la que he aprendido a moverme fuera, a no dar demasiado, a no quedarme expuesto más de lo obligatorio.

—Vale —resoplo, pasándome una mano por la nuca—. Sí. Siento haberte hecho sentir un incordio.

No lo adorno. No sabría hacerlo aunque quisiera. Ella me observa un segundo más, calibrando si eso le basta.

—Acepto las disculpas —dice al final, sin suavizar el tono—. Y el ofrecimiento.

Se aparta para cerrar la puerta y terminar de recoger sus cosas. Me quedo en el pasillo mirando un punto fijo sin verlo realmente.

No entiendo por qué me molesta tanto que me vea como un ogro.

He sido mucho más brusco con gente que me importaba bastante menos, y nunca me he parado a pensar en cómo se iban a quedar después. Sin embargo, con ella todo es de otra manera, y no termino de decidir si eso es un problema que debería cortar a tiempo o algo que, no quiero mirar de frente.

Qué coño te pasa, Ewan.

La puerta se abre de nuevo y sale con la maleta, ya vestida, ya lista, con esa misma expresión controlada de la noche anterior.

—¿Lista? —pregunto.

Ella asiente.

Bajo la mirada un segundo hacia la maleta, luego vuelvo a fijarme en ella, como si hubiera algo más que debería decir y no termino de encontrar la forma.

Y efectivamente, me limito a coger la maleta y a señalar hacia las escaleras.

—Vamos.

19

Ewan

El taller de Callum está al final del pueblo, detrás de una hilera de casas bajas y un cobertizo donde alguien ha decidido acumular neumáticos como si esperara una guerra larga contra el caucho. No es grande, pero funciona con la eficiencia templada de los lugares donde todo el mundo sabe dónde está cada cosa, incluso cuando a primera vista parece imposible.

Ivy entra antes que yo, con la maleta todavía en la mano, aunque se niega a reconocer que pesa demasiado para que cargue con ella todo el rato.

—Puedes dejar eso aquí —indico, señalando un banco junto a la pared.

—Puedo sujetarla.

—No he dicho que no puedas.

Me mira de reojo.

—Pues deja de darme ordenes como si fuera una niña pequeña. Eres demasiado práctico. No todo es blanco o negro.

—Es una mejora respecto a insoportable sin más —apunto.

No sonríe, pero la comisura de sus labios se mueve lo justo para que lo note.

Callum aparece desde debajo del capó del coche con un trapo en la mano y esa expresión pausada de hombre que sabe que va a dar una mala noticia y no tiene ninguna prisa en adornarla.

—Bueno —dice limpiándose los dedos—. Tengo un diagnóstico.

Ivy se endereza.

—Dime que es barato, rápido y tranquilizador.

—Puedo darte una de las tres cosas.

El gesto de Ivy cambia apenas, pero lo veo. Se le borra un poco el color de la cara.

—No es el motor entero —continúa él—, que ya es algo. Pero la pieza que necesitas no es fácil de conseguir. No imposible, ojo. Difícil.

—¿Qué significa *difícil*? —pregunta ella.

—Significa que puedo buscarla, hacer unas llamadas y traerla, pero no va a estar esta tarde, ni mañana ni pasado.

La veo apretar el asa de la maleta.

—¿Cuánto?

Callum se toma un segundo.

—Si hay suerte, dos semanas.

Ivy no dice nada. Solo mira el coche, luego el suelo, luego otra vez el coche, como si estuviera intentando reorganizar el mundo alrededor de esa frase. Dos semanas. Para ella no son solo catorce días; son dinero, planes, alojamiento, la ruta entera detenida en un pueblo donde llegó por accidente.

—Vale —murmura.

Callum carraspea.

—Haré lo que pueda para que sea antes, pero prefiero no prometerte algo que no depende de mí.

—Claro —dice ella demasiado rápido—. Sí. Gracias.

Entonces desvía la mirada y veo que se le llenan los ojos.

No llora de forma evidente. No hace nada que pueda convertir el momento en escena. Solo se queda quieta, con los hombros tensos y la barbilla firme, luchando contra algo que no quiere dejar salir delante de nosotros.

Doy un paso hacia ella antes de decidir si debería hacerlo.

—Ivy.

—Estoy bien.

No lo está.

—Tiene arreglo.

—Sí, ya lo he oído. —la voz le tiembla un poco en la última palabra, lo suficiente para que se dé cuenta y mire hacia otro lado con rabia, como si su propio cuerpo acabara de traicionarla.

Me acerco un poco más. Demasiado, quizá. No tanto como para tocarla, pero sí lo suficiente para que tenga que levantar la vista hacia mí.

—Puedes quedarte conmigo el tiempo que haga falta.

Ivy parpadea, como si no hubiera oído bien.

—No.

—No era una pregunta.

—Pues qué mal, porque acabas de recibir una respuesta.

Ahí está. Su orgullo, su defensa a base de ironía incluso cuando está a punto de romperse.

—Buscaré un sitio donde quedarme —añade, apartándose un mechón de la cara.

—Callum acaba de decir que la pieza puede tardar al menos dos semanas.

—Tengo oídos.

—Y dos semanas de alojamiento te van a salir por una pasta.

—Gracias por preocuparte por mi economía —responde con una educación afilada—, pero no quiero volver a ser una molestia.

Me lo merezco.

—Siento de verdad haberte hecho pensar así.

Esta vez no lo digo a medias. No dejo una salida abierta, ni una frase ambigua en la que esconderme después. Lo digo y sostengo su mirada, aunque resulte bastante menos fácil que discutir con ella.

Ivy no responde enseguida. Callum, que tiene más instinto de supervivencia del que aparenta, se aleja hacia una estantería y finge buscar algo con un interés muy poco creíble.

—Además —añado más bajo—, me vendría bien ayuda con algunas reformas de la casa.

Su ceja se arquea.

—¿Perdón?

—Has oído bien.

—No estoy segura. Me ha parecido escuchar algo parecido a: *Ivy, quédate, eres útil y maravillosa.*

—No he dicho maravillosa.

—Pero lo has pensado.

—No abuses.

Por primera vez desde que Callum ha dado el veredicto, una sonrisa pequeña le rompe la tensión de la cara.

—Estás admitiendo que se me da bien el bricolaje. —Pone los brazos en jarras.

Miro hacia el coche, luego hacia una caja de herramientas, como si en algún punto intermedio pudiera encontrar una respuesta que no le diera tanta satisfacción.

—Estoy admitiendo que no eres completamente inútil con una herramienta en la mano.

—Eso no cuenta. —Se cruza de brazos.

—Claro que cuenta.

—Repítelo más alto —me pide.

—Ni hablar.

—Vamos, Mackenzie. Es un momento histórico. No lo estropees con tu miedo al reconocimiento ajeno.

Resoplo.

—Reconozco que eres buena con las chapuzas de la casa —admito al fin.

—Qué bonito. Casi parece un cumplido si una se tapa los oídos en la parte de *chapuzas.* Lo voy a escribir en mi diario: *Ewan MacKenzie admitió una virtud humana en otra persona. Lunes. Cielo gris. Posible fin del mundo*.

No quiero sonreír. Lo hago igualmente. Y el alivio que siento al verla recuperar algo de color me molesta casi tanto como me tranquiliza.

—Me quedo —suelta, todavía mirándome con cautela—, pero con una condición.

—Por supuesto, me encanta tener condiciones en mi propia casa —respondo, manteniendo el tono neutro.

—Nada de contestar a gruñidos.

—Yo no contesto a gruñidos —replico.

—Ewan… —insiste, con un matiz de advertencia.

—Vale, reduciré los gruñidos.

—No. Los eliminas —corrige.

—Me parece muy arriesgado —murmuro con una mueca.

—Entonces sustitúyelos por frases completas, aunque sean feas.

La miro durante un segundo, calibrando hasta dónde quiere llevar esto.

—Haré un esfuerzo.

—Eso ha sonado casi adulto —remata ella con una chispa que no intenta ocultar.

Callum vuelve en ese momento con una libreta en la mano y una expresión que delata que ha escuchado demasiado bien.

—Entonces, ¿la busco?

Ivy respira hondo, mira su coche y luego a mí.

—Búscala.

Callum asiente.

—Te avisaré en cuanto sepa algo.

Salimos del taller unos minutos después. El aire de la mañana está frío, limpio, y el pueblo parece demasiado tranquilo para todo lo que acaba de cambiar. Ivy camina a mi lado con la maleta en

silencio, aunque ya no es el mismo silencio de antes. Hay algo distinto, una tregua quizá, o una versión todavía más frágil de ella.

Dos semanas.

Me repito la cifra mientras avanzamos hacia el coche.

Dos semanas con Ivy Harper en mi casa, en mis pasillos, en mi cocina, metiéndose en todo, opinando sobre todo, desordenando la calma que tanto trabajo me ha costado conseguir.

Debería parecerme una condena, pero no lo siento así. Es precisamente esa falta de rechazo lo que empieza a preocuparme de verdad.

20

Ivy

—Vamos a tomar algo —dice Ewan, como si la frase no llevara intención detrás, como si fuera solo una parada técnica entre el taller y cualquier otra parte.

Lo miro de reojo mientras camino a su lado. Hay algo en su forma de decirlo, en esa neutralidad calculada, que ya empiezo a reconocer demasiado bien.

—¿Eso forma parte del paquete de dos semanas o es un gesto aislado de humanidad? —inquiero sin frenar el paso, aunque en realidad lo que quiero saber es si esto es un intento de arreglar algo o simplemente otra de sus decisiones «prácticas».

—Es algo de beber —responde sin mirarme—. Y quizá algo de comida. Nada más.

—Qué decepción —murmuro—. Estaba esperando una experiencia entusiasta completa.

—No trabajamos ese tipo de servicio —replica seco—. Solo líquidos y expectativas bajas.

—Vaya, justo lo que necesito ahora mismo —añado, aunque la comisura de mi boca se curva sola.

—Entonces estás en el sitio adecuado.

El pub tiene la puerta abierta y reconozco a medio metro el olor a madera vieja y cerveza que se te pega a la ropa antes de entrar.

Morag levanta la vista en cuanto nos ve y me dedica una sonrisa cómplice de las de: *ya-nos-conocemos*, como si estuviéramos

retomando una conversación dejada a medias más que empezando otra.

—Hombre —dice apoyándose en la barra con confianza—. Vaya *timing* tenéis. La pareja de la semana vuelve al escenario del crimen.

Me guiña un ojo con descaro, como si compartiéramos algún tipo de cláusula secreta que yo no recuerdo haber firmado.

—No me mires así —añade dirigiéndose a mí—. Ya te dije que este iba a dar guerra.

—No recuerdo haber pedido predicciones —respondo, aunque no puedo evitar cierta complicidad.

—Aquí vienen de serie con el Drambuie.

Se inclina un poco hacia mí y bajara la voz para compartir algo que solo yo debo oír.

—Y te doy otra gratis —añade—: lo que empieza en esta barra casi nunca termina donde uno cree. Sobre todo cuando hay castillos de por medio.

Me quedo quieta un segundo.

—No va a pasar nada entre…

—Lo sé —me corta sin dejar de sonreír—. Por eso es más interesante.

Ewan se apoya en la barra como si esto no fuera con él, lo cual, en cierto modo, es muy suyo.

—¿Cómo va lo del coche? — Morag cambia de tema con naturalidad, pasando por alto que acaba de decir algo comprometedor.

—Regular —respondo—. Pieza difícil. Dos semanas, si hay suerte.

Ella asiente satisfecha, como si acabase de confirmar algo que ya tenía decidido.

—Estupendo.

—No sé si usaría esa palabra —murmuro.

—Yo sí —replica ella—. Dos semanas encerrados en un castillo escocés. He visto historias que empiezan peor y acaban mejor.

Niego con la cabeza, aunque algo en mi interior se afloja sin que termine de entender por qué, y Ewan le lanza una mirada que, por lo visto, no tiene ningún efecto.

—Morag.

—Ewan —contesta ella imperturbable—. Llevo más años en esta barra de los que tú llevas evitando decir lo que piensas. Si no os vais a gustar, al menos dejad de miraros así; confunde al público.

No puedo evitarlo: se me escapa una risa breve y cojo el menú solo para tener algo que hacer con las manos.

—Café para mí, té para ella —dice él—. Y lo que tengas de desayuno.

—Marchando.

Morag se aleja con una sonrisa que no se le va a ir en toda la mañana.

Levanto la vista por encima del menú y lo miro.

—¿La pareja de la semana? —repito—. No sabía que habías ascendido tan rápido en el *ranking* local.

—Morag necesita entretenimiento —responde él con una paciencia que parece entrenada—. Y yo cometo el error de pasar por aquí.

—¿Con frecuencia? —insisto.

—La suficiente para que tenga opinión.

—Pues hoy le has dado material para un mes —añado—. Dos semanas encerrados en un castillo contigo… eso da para novela.

—Confío en que sea corta.

—No sé, yo le veo potencial —murmuro—. Protagonista gruñón, escenario dramático… solo falta que aprendas a sonreír en público.

Hay un silencio breve, distinto al de antes, menos cargado, como si el lugar hubiera decidido que ya hemos tenido suficiente tensión por hoy.

—Dos semanas —añado, probándolo en voz alta.

—Mínimo —añade él sin dramatizar—. Con suerte, menos.

—Suena a mucho tiempo para alguien que no planeaba quedarse ni un día.

—Para un coche averiado, es lo que toca.

—Y tú sin gruñir —añado levantando una ceja—. O eso dijiste hace menos de una hora, por si necesitas que te refresque la memoria.

—Hablo poco, no gruño tanto. —Se apoya en el respaldo.

—Claro que no. Es solo que el resto del tiempo te limitas a emitir sonidos que no llegan a ser palabras.

—Haré lo que pueda.

—Para mí eso es una promesa —le recuerdo.

—No suelo hacerlas —suelta sin apartarme la vista—. Pero intento no repetir errores.

Eso sí es nuevo.

Morag deja las bebidas delante de nosotros y se queda un segundo de más, evaluándonos con la confianza de quien no necesita permiso.

—Si necesitáis algo más —dice—, estoy justo aquí para no meterme donde no me llaman.

—No te esfuerces —responde él.

—Nunca.

Soplo el té y le doy vueltas a lo rápido que se ha torcido todo en cuestión de horas: ayer solo quería salir de ese castillo sin mirar atrás y ahora tengo dos semanas por delante en un sitio que, en teoría, no debería importarme lo más mínimo. Dos semanas por una pieza que no aparece, por un coche que decide fallar justo cuando peor viene y por una serie de decisiones bastante cuestionables que, una tras otra, me han traído hasta aquí.

El mismo hombre que anoche me dejó claro que no significo nada en su impostado mundo de hombre de las cavernas, esta mañana ha sido… distinto. Como si por unas horas hubiera decidido dejar de pelear con todo lo que no está a su alcance. No es que sea amable —no nos engañemos—, pero hay algo en su forma de estar, en cómo ha insistido en llevarme, en cómo ha pedido disculpas a su manera, que no encaja con la versión de ogro que tan cómodamente me había construido.

Y me fastidia. Porque una puede enfadarse con alguien que es un idiota sin matices. Pero cuando empieza a haber grietas, cuando aparece algo que no encaja con la idea que te has hecho… ahí es donde todo se complica. Y yo no necesito más complicaciones.

—Va a ser interesante —digo al final.

—Eso me temo.

Lo miro de frente sin esquivarlo esta vez.

—Yo no.

No sé muy bien por qué lo digo, ni si es verdad del todo, pero su expresión cambia lo suficiente para que entienda que algo ha cambiado.

Quizá no hacia algo mejor. Pero sí hacia algo distinto.

21

Ivy

Volver al castillo después del pub no se siente igual que llegar por primera vez.

La primera noche fue una mezcla bastante discutible de lluvia, cansancio, coche moribundo y una necesidad muy básica de no dormir en el asiento trasero abrazada a mi maleta. Entonces el castillo apareció como una solución improbable, enorme y ligeramente siniestra, pero solución al fin y al cabo.

Ahora, en cambio, mientras Ewan conduce colina arriba con esa concentración silenciosa que parece traer de fábrica, el edificio se recorta al fondo como una advertencia mucho más concreta.

No una noche. No un fin de semana raro que luego se convierte en anécdota. Dos semanas enteras compartiendo techo con un hombre que por la mañana puede pedir disculpas de una forma casi decente y, una hora después, recuperar la expresión de alguien que considera la comunicación humana una actividad opcional.

Miro por la ventanilla. Las colinas están cubiertas por una luz gris, suave, de esa que hace que todo parezca más bonito de lo que probablemente es. El castillo, por supuesto, se aprovecha de eso con una falta de humildad admirable.

—Por cierto —rompo el silencio—, Morag parece muy interesada en que pase algo romántico entre tú y yo.

Ewan no aparta la vista del camino.

—Morag tiene la manía de emparejar a cualquiera que se le cruce. Ya te he dicho que tiene demasiado tiempo libre para elucubrar cosas.

—Dirige un pub, conoce a todo el pueblo y probablemente sabe qué desayuna cada vecino antes de que ellos mismos lo decidan. No sé si eso encaja con tener *demasiado tiempo* precisamente.

—Entonces digamos que tiene mucha imaginación.

—Parece que la acusas de inventarse historias románticas del pueblo… ya sabes, *fanfiction* rural.

—No sé qué es eso —responde— y creo que prefiero no saberlo.

Me giro un poco hacia él, divertida a pesar de todo. Hay algo casi entrañable en la forma en que se niega a entrar en cualquier conversación que huela remotamente a emoción, intimidad o cultura pop.

—¿Tan malo sería?

Ewan tarda un segundo en contestar. Lo justo para que la pregunta deje de ser una broma y empiece a rozar algo más delicado.

—No es una cuestión de que sea bueno o malo.

—Qué alivio. Una respuesta evasiva con estructura formal. Mi favorita.

—Es una cuestión de raciocinio.

Ahí está. La palabra que un hombre como Ewan MacKenzie usa cuando quiere que algo parezca razonable aunque en realidad esté cerrando una puerta.

—Claro —murmuro—. Porque yo te resulto insoportable.

Esta vez sí me mira antes de volver al camino.

—No he dicho eso.

—No, pero tampoco has hecho precisamente una campaña activa para desmentirlo.

El coche avanza por el sendero de grava que conduce a la entrada principal. Las ruedas crujen bajo nosotros, y durante un momento lo único que se escucha es ese sonido y el viento moviendo las ramas de los árboles cercanos.

—Lo que digo —contesta al fin— es que conviene tener claro qué es esto. Tu coche está averiado. Necesitas un sitio donde quedarte. Yo tengo habitaciones libres y trabajo pendiente en la casa.

—Qué romántico. Si Morag oye eso, se le empañan los ojos.

—Tú estás aquí como huésped en prácticas —continúa, ignorando mi comentario con disciplina— y yo como anfitrión del alojamiento.

—¿Hay período de prueba? ¿Formulario de satisfacción? ¿Debo esperar una evaluación semanal sobre mi rendimiento como persona atrapada en tu castillo?

Ewan aparca frente a la entrada y apaga el motor.

—Solo significa que no eres una turista al uso.

—Porque hago chapuzas a cambio de cama.

—Porque ayudas a cambio de alojamiento.

—Eso es lo que he dicho, pero con más palabras y algo más de encanto.

Sale del coche antes de responder. Yo me quedo un segundo sentada, mirando el paisaje a través del parabrisas, intentando decidir si la conversación acaba de ser ofensiva, absurda o ambas cosas. Probablemente las dos. Con Ewan suele haber margen para multitarea mental.

Cuando bajo, él ya ha sacado mi maleta del maletero. La deja en el suelo junto a la puerta, y se aparta como si el objeto tuviera vida propia y pudiera atacarlo.

—Gracias —digo.

Asiente.

Ni de nada, ni comentario, ni gruñido. Supongo que eso cuenta como progreso.

Entramos y el cambio de temperatura me rodea al instante. Dejo la maleta en mitad del vestíbulo mientras me quito el abrigo. Ewan la mira, luego me mira a mí y después vuelve a mirar la maleta.

—¿Qué?

—Nada.

—Suéltalo ya —inquiero.

—Está en medio.

Miro la maleta, que efectivamente ocupa parte del paso, aunque tampoco está organizando una barricada revolucionaria.

—Vaya. Qué atrevimiento por su parte.

Él se inclina, la coge por el asa y la desplaza junto a la pared con una precisión seca.

—Me gusta poder caminar sin obstáculos.

—Y yo que pensaba que lo tuyo eran los retos.

—Los retos que llevan a algún fin.

—Mi maleta se acaba de sentir profundamente juzgada.

Ewan no sonríe, pero algo se le mueve en la boca. Un *casi gesto*. Una amenaza de humanidad. Luego, como si se diera cuenta de que

está peligrosamente cerca de parecer agradable, recupera la compostura.

—Si vamos a convivir dos semanas, conviene establecer unas normas básicas.

Ah. Por supuesto.

Pocas cosas dicen «bienvenida de nuevo a tu hogar temporal» como que el señor del castillo te recite un reglamento doméstico.

—Adelante —respondo cruzándome de brazos—. Me encantan los reglamentos espontáneos.

—Los espacios comunes deben quedar despejados.

—Pobre maleta. Primera infracción en menos de cinco minutos.

—Las herramientas se devuelven a su sitio.

—Eso es razonable.

Él me sostiene la mirada, pero esta vez no hay enfado real. Hay cansancio, quizá. O una versión suya del cansancio, que consiste en parecer un hombre al que le han encargado supervisar una avalancha con una libreta.

—Y nada de entrar en habitaciones cerradas. Pero creo que eso ya te lo dije cuando llegaste porque son habitaciones sin restaurar.

—Claro. Eso diría alguien con habitaciones misteriosas… y un sótano lleno de damiselas en apuros que no salieron a tiempo.

—Hasta ahora no te he demostrado que sea un psicópata.

—Tranquilo, voy por lo que insinuas, no por lo que demuestras. Todavía.

Ahora sí hay un amago de sonrisa. Breve y discreto, de esos que si parpadeas te lo pierdes. Pero está ahí, y por algún motivo me

fastidia un poco confirmar, que este hombre no es siempre un bloque de mármol con barba.

—¿Hay más normas? —pregunto.

—Si ensucias, limpias.

—Fascinante. La civilización ha llegado a las Highlands —ironizo.

—No soy tu servicio.

—Pues aclaremos también que yo no soy una niña a la que has recogido en una cuneta.

—No era eso lo que quería decir.

Podría dejarlo ahí. Ser adulta. Elegante. Una mujer plenamente funcional que no convierte cada incomodidad en un duelo verbal con un escocés imposible.

Naturalmente, no lo hago.

—Lo que pasa —explico apoyando la espalda en la pared—, es que a veces hablas como si mi presencia fuera una auditoría no solicitada.

—Y tú —replica cruzándose de brazos— actúas como si el castillo fuera un sitio que hay que conquistar.

—No lo conquisto —le sostengo la mirada—. Le presto atención.

—Eso dijiste antes de arreglar media cómoda y discutir conmigo sobre la veta de la madera.

—Y tenía razón —insisto sin ceder un milímetro.

—Eso no viene al caso —corta Ewan con un gesto breve.

—Siempre viene al caso cuando tengo razón —remato encogiéndome de hombros.

Durante un segundo nos miramos en el vestíbulo, rodeados de piedra, retratos antiguos y una maleta que acaba de convertirse en símbolo de convivencia conflictiva. Es absurdo. Y, aun así, hay algo vivo en la discusión, algo más cómodo que el mutismo medido del coche.

Ewan aparta la vista primero.

—Tu habitación sigue siendo la misma —dice—. Puedes dejar tus cosas arriba. Y te daré una copia de las llaves por si quieres salir sola algún día.

—Qué generoso. ¿También puedo respirar dentro o eso requiere autorización?

—Depende de lo ruidoso que lo hagas.

Me río antes de poder evitarlo. No una carcajada, pero sí lo suficiente fuerte para que él me mire de nuevo.

Empiezo a pensar que quizá no es complicado. Quizá es directamente inestable. O tal vez tiene algún interruptor oculto en alguna parte, uno que alterna entre *persona razonable* y *señor feudal con problemas de atención al cliente*.

—¿Vas a subir la maleta? —pregunta.

—Sí, jefe de recepción.

—No soy jefe de recepción.

—Me he dado cuenta. Los jefes de recepción suelen sonreír. —Chasqueo la lengua.

—Y por eso no trabajo en una.

Agarro la maleta, pero una de las ruedas se atasca en una junta irregular del suelo y el tirón me desequilibra ligeramente. Antes de que pueda recomponerme, Ewan se acerca y coge el asa.

—La llevo yo —dice, ya tirando de la maleta antes de que pueda responder.

—No hace falta, puedo sola —replico, aferrándome al asa con terquedad.

—Ya lo sé —contesta sin mirarme—. Pero vas a acabar luchando con la rueda y perdiendo.

—Qué fe tan conmovedora en mis capacidades.

—No es falta de fe —añade subiendo el primer escalón—. Es experiencia viendo cómo gestionas los obstáculos.

—Maniático —murmuro soltando la maleta.

Durante un instante nuestras manos coinciden sobre el asa. No debería significar nada —un simple roce de dedos, piel contra piel, una casualidad más en un vestíbulo demasiado grande—, pero lo hace. Se siente. Lo noto en la forma en que Ewan baja la mirada hacia ese punto exacto, como si el contacto hubiera interrumpido algo, y en la rapidez con la que yo retiro la mano, fingiendo una normalidad que no termina de convencer ni a mí misma.

—Adelante —digo como si no hubiera pasado absolutamente nada.

Él carga la maleta y yo camino a su lado intentando no fijarme en cómo le queda el jersey en los hombros, porque una tiene principios y también algo de dignidad, aunque ambas cosas estén sufriendo desde que llegué a Escocia.

Al llegar a la habitación deja la maleta junto a la cómoda y se queda en la puerta.

—Tienes toallas limpias en el baño. Si necesitas algo, me lo dices.

—¿Eso entra dentro de tu papel de anfitrión del hospedaje?

—Exacto —alega como si acabara de firmar un contrato invisible.

—Impecable —digo inclinando la cabeza—. Manual del anfitrión, capítulo uno.

—Hago lo mínimo para que funcione.

—Cuidado, que si subes un punto más igual pareces amable de verdad.

—No lo tomes como costumbre.

—Tranquilo. No pienso hacerlo.

Ewan asiente una vez y se marcha.

Cuando la puerta se queda entornada, el cuarto parece recuperar su tamaño. Me apoyo un momento contra la cómoda y miro la maleta y la ventana desde la que se ven las colinas.

Morag puede hacer todos los comentarios que quiera. El pueblo puede divertirse imaginando historias donde no las hay. Él puede ponerse solemne con sus normas y su distancia de seguridad emocional. Porque yo tengo clarísimo lo que voy a hacer. No implicarme. No confundirme. No empezar a leer gestos donde solo hay educación mal ejecutada, ni buscar ternura en un hombre que parece considerar el afecto una amenaza estructural para su casa.

Dos semanas, me digo mientras abro la maleta y empiezo a sacar la ropa.

Catorce días en este castillo que ya no sé si me está salvando de un problema o empujando hacia otro mucho más complicado.

22

Ewan

Hay algo en el castillo que siempre me ha resultado predecible. Por las mañanas la luz entra por los ventanales del ala este con la misma inclinación exacta, el frío se queda pegado a la piedra durante más tiempo del que debería y el silencio, ese silencio constante, suele ser suficiente para ordenar cualquier cosa que se me pase por la cabeza.

Hoy el silencio no sirve para nada porque hay alguien en la cocina antes que yo.

Ivy está de espaldas, con el pelo recogido de cualquier manera y una camiseta que claramente no estaba pensada para el clima de Escocia. Está rebuscando en un cajón como si llevara aquí mucho tiempo, no horas.

—Ese no es el cajón de los cubiertos —digo apoyándome en el marco de la puerta.

Ni se gira.

—Lo sé —responde—. Pero este tenía más potencial.

—¿Potencial para qué?

—Para sorprenderme. El de los cubiertos es demasiado evidente.

Entro en la cocina observando cómo abre otro cajón con la misma falta de ceremonia.

—Te dije que preguntaras antes de tocar nada.

—No he tocado nada —replica sacando una cucharilla—. Solo estoy investigando.

—Eso es tocar.

—Es mera curiosidad. No me mates la poca que me queda.

Dejo el café molido en la encimera y empiezo a prepararlo en silencio. A mi espalda, Ivy corta pan con una concentración impropia de alguien que *solo investiga*. Cuenta sin darse cuenta: una, dos, tres, cuatro rebanadas. Se queda un segundo mirándolas, como si acabara de resolver algo, y entiendo que ha asumido que dos son para mí sin que nadie se lo haya dicho.

—¿Qué plan tienes hoy? —pregunta de repente.

—Trabajo.

Se gira por fin, apoyándose en la encimera frente a mí.

—Vale, entonces voy contigo.

—No es necesario si no te apetece.

—Ewan, dijiste que te ayudara con los arreglos, así que...

La forma en que dice mi nombre vuelve a colarse donde no debería y mi corazón hace un gesto raro.

La tostadora salta con un clic seco; ella abre el frigorífico, saca la mantequilla sin preguntar y, al inclinarse un poco, caigo en la cuenta de que lleva una especie de *culotte* corto que deja ver la curva redondeada de su culo. Aparto la vista rápido, como si el gesto hubiera sido una decisión y no un reflejo.

Se endereza, vuelve a la encimera y empieza a untar las rebanadas. Cuando termina, coloca dos en un plato, las empuja hacia mí y alza una ceja.

—Toma —dice—. No vaya a ser que el anfitrión se desmaye a media explicación.

—Sobreviviría al desmayo.

—Sí, pero luego dirías que es culpa mía por no seguir tus normas de convivencia —añade dejándose caer en una silla de la mesa—. Eso estaría en el anexo. Una especie de normas no escritas. Y te advierto que me encantan las cláusulas sorpresa.

—Tengo algo que enseñarte —digo al final pasando por alto lo que ha dicho.

—¿Algo interesante o algo tipo: *cuidado con la tabla suelta en el tercer escalón*?

—Es algo más interesante.

—Ajá, suena peligrosamente bien. ¿Qué es?

—Una de las habitaciones que te dije que no abrieras.

—Perfecto. Siempre me han gustado las decisiones coherentes. —Sonríe encantada con la idea.

—No es una visita turística.

—Menos mal —manifiesta—. No traje guía… ni contrato de confidencialidad.

—Desayuna primero. No pienso arrastrarte por media casa con hambre.

—Qué considerado. Empiezo a preocuparme. —Da un sorbo al té que se ha preparado sin apartar la mirada—. Dime una cosa, ¿voy a encontrarme con una sala de torturas rollo Christian Grey y me vas a pedir directamente que me haga una trenza antes de empezar?

—No me van esas prácticas. Pero la habitación —añado— sí parece una tortura visual.

—Entonces sí que quiero verla y hacer algo de magia con ella.

—Termina las tostadas y no toques nada peligroso.

—¿Eso es un *sí* oficial?

—Es lo que hay, no esperes ceremonia.

23

Ewan

La habitación está en la parte norte del castillo. Es una de las más grandes, con techos altos, ventanas largas y el tipo de abandono que no es descuido, sino tiempo acumulado.

Ivy entra antes que yo.

Error, ese culo otra vez.

—Vaya —dice girando sobre sí misma—. Aquí podrías montar desde una boda hasta una secta discreta.

—No des ideas.

—Tranquilo. Las sectas requieren carisma.

Dejo la caja de herramientas en el suelo y empiezo a apartar muebles cubiertos por sábanas.

—Quiero convertirla en una *suite.*

—¿*Suite*? —repite—. ¿Con mayordomo raro incluido?

—Con vistas, baño independiente y suficiente encanto como para que alguien pague por dormir aquí.

—¿Alguien con dinero y una ligera tendencia a lo gótico?

—Alguien con criterio —corrijo.

Se acerca a una de las ventanas, aparta el polvo con la manga y mira hacia fuera.

—Es bonito.

—Lo es.

—Entonces, ¿por qué venderlo?

No respondo inmediatamente. Sigo moviendo cosas, evitando mirarla.

—Porque no quiero esto.

—¿Esto como qué? —cuestiona.

—Como medio de vida.

Se gira.

—Es tu castillo.

—Es una propiedad.

—También es lo que te han dejado. Me refiero a que es tu legado —dice ella sin suavizarlo.

—Y precisamente por eso es una carga —respondo.

—¿Y tu plan es reformarlo para que otro lo disfrute?

—Mi plan es reformarlo para que alguien pague lo suficiente como para no tener que volver a pensar en él.

Ivy me observa unos segundos evaluando qué decir para convertir esa respuesta en algo que tenga sentido.

—Suena cobarde.

—A mí me suena a elegir por fin —me defiendo.

No insiste. Se arrodilla junto a una caja y empieza a meter cosas dentro sin que se lo pida.

—Cuando se acabe tu viaje —pregunto esta vez yo—. ¿Qué vas a hacer cuando vuelvas a Londres?

—No lo sé —admite—. Supongo que volver a un trabajo que parecía buena idea hasta que dejó de serlo.

—¿Volver al punto de partida?

—No tengo un plan mejor —replica.

—¿Este año sabático tiene que ver solo con el trabajo o hay algo más?

—También de un par de relaciones que salieron… mal.

Levanta una silla vieja y la arrastra hacia un lado.

—Y de mis padres —añade.

Eso sí me hace mirarla.

—¿De tus padres?

—Son de los que creen que todo tiene solución si lo haces como ellos dicen.

—¿Y no tienen razón?

—Sí. Pero no quiero vivir a su manera, sino a la mía. Si las cosas salen bien que sea por mí y si me equivoco que también sea porque me he equivocado yo, ¿entiendes?

La forma en que lo dice no es exagerada. Es clara.

—Tu vida es más interesante que la mía —continúa.

La miro.

—No lo es.

—Al menos te pasan cosas *random*. Heredar un castillo, viajeras sin donde caerse muertas...

—No todo lo que pasa merece la pena.

—Gracias por la parte que me toca. —Hace una mueca que decido ignorar.

—Al principio no me vino mal —admito al fin, apoyando la mano en el respaldo de una silla—. Heredar fue… una salida fácil. Un sitio donde esconderme del ruido de fuera durante un tiempo.

—¿Y de paso convertirte en la Bestia?

—Sin castillo encantado y sin candelabros que canten —respondo—. Pero la parte de aislarme, sí.

—Vaya. Y yo pensando que eras así de serie.

—No des por hecho que no lo soy.

Se le escapa una risa breve.

Se inclina para coger una tabla del suelo y, al levantarse, queda demasiado cerca de mí. El tipo de distancia en la que dejas de oír la habitación y empiezas a notar otras cosas: el ritmo de la respiración, el calor corporal y el leve roce de su hombro contra el mío cuando ambos nos movemos a la vez para apartar la misma caja.

—Cuidado —murmura, sin apartarse del todo.

—Lo tengo —respondo, pero no me muevo inmediatamente.

Durante un segundo, ninguno de los dos corrige la distancia.

Luego ella se aparta primero, recordando dónde estamos, y por fin el aire vuelve a su sitio.

Ivy se sacude el polvo de las manos y me mira de lado, como si acabara de tomar una decisión.

—Esta noche podríamos salir —dice—. A divertirnos un poco.

—Aquí hay entretenimiento de sobra —respondo señalando el caos de la habitación—. No necesitamos más.

—Aquí hay trabajo —corrige—. Que no es lo mismo que ocio.

—Si te aburres, puedes ir al pub —explico—. No me necesitas para nada.

—No es necesidad —replica acercándose un paso—. Es invitación. Te invito a unas cervezas. Es lo mínimo después de todo.

—Lo pensaré.

—No lo vas a pensar —sonríe—. Te voy a convencer.

—¿Y cómo piensas hacer eso?

Se inclina apenas, conspiradora.

—Paseándome por la casa con mi *culotte*. No te creas que no te he pillado mirándome el culo.

Mierda.

—En ese caso tendré que añadir otra norma —digo—: nada de circular así por la casa. Sigo siendo un hombre y tengo ojos.

—Perfecto —responde al instante—. Entonces me prestas uno de esos pijamas de felpa, talla XXXL, que seguro tienes escondidos.

—No uso ese tipo de pijamas.

—Qué decepción —expone con una media sonrisa—. Tendré que conformarme con imaginarlo.

Hay algo en cómo lo dice que no pasa de largo y pasa por dentro. En mi pecho hay un pequeño desequilibrio que no había previsto para estas dos semanas.

¿Quién es esta mujer que el universo ha decidido plantar en mitad de mi rutina para volverme loco?

De pronto, la idea de compartir unas pintas con ella en el pub deja de parecer tan absurda: no sé si por ese culo que no debería

estar mirando de nuevo, por esta convivencia forzada o porque de verdad cree que soy la Bestia del cuento de Beaumont.

24

Ivy

El pub de Morag no debería tener este ambiente un martes por la noche.

No debería haber tantas voces, ni tantas risas, ni ese murmullo constante que convierte el espacio en algo cálido, casi íntimo, aunque esté lleno de gente.

—Esto es sospechoso —murmuro mientras entramos—. O aquí pasa algo o son así de intensos siempre.

—Son previsibles —responde Ewan—. Y bebedores empedernidos.

—Me gusta más la segunda opción.

Nada más cruzar la puerta, Bruno aparece como un proyectil peludo y entusiasta.

—¡Eh! —Me agacho justo a tiempo para recibirlo—. Tú sí que sabes reconocer a la gente interesante.

El perro apoya las patas en mis piernas como si nos conociéramos de toda la vida. Le rasco detrás de las orejas y noto cómo Ewan se detiene a mi lado.

—Creo que el pueblo me ha adoptado —apunto mirando a Bruno —. Igual que a él.

—Tú eres más guapa que el perro.

Levanto la vista despacio, casi con cuidado, como si hacerlo rápido pudiera cambiar lo que acabo de oír.

No es solo lo que ha dicho. Es cómo lo ha dicho: sin cálculo, sin ironía, sin esa capa suya que suele amortiguar cualquier cosa que suene a verdad.

—¿Eso lo piensas de verdad o llevas ya un par de cervezas por delante a escondidas? —pregunto apoyándome en la barra.

—Solo te devuelvo el cumplido.

—No dije exactamente guapo.

—Recuerdo tus palabras exactas: *cuando estás en plan mono eres bastante guapo.*

—Dije *cuando*, por lo tanto no es todo el rato. Hay matices. —replico.

Ewan arquea una ceja.

—La cara no cambia según el estado de ánimo. En todo caso, cambia el gesto.

—El gesto puede transformarlo todo —suelto, sosteniéndole la mirada—. En prácticamente otra persona.

—Puede ser —concede—. Pero, como bien dices, tengo espejos. Sé perfectamente que no estoy nada mal.

—Creído.

—Cotorra.

—¿Sabes qué pasa? —me ladeo hacia él—. Que cuando intentas hacerte el encantador pierdes credibilidad.

—¿Y cuando no lo intento?

—Aún es peor.

Se le escapa una sonrisa mínima, que aparece tan rápido que casi parece un error. Y, sinceramente, debería estar prohibido que

alguien tenga esa cara y además sepa exactamente cuándo usarla.

Morag aparece detrás de la barra secándose las manos con un trapo.

—Ah, perfecto. Ya habéis empezado con vuestro extraño flirteo pasivo-agresivo.

—No estamos flirteando —replico rápido.

—Claro que no —responde ella, sirviéndonos unas pinta—. Igual que Escocia no tiene problemas con el alcohol.

Ewan resopla.

—No la animes —suelta él.

—Yo no necesito ayuda —aseguro.

—Eso es exactamente lo que diría alguien que necesita ayuda —interviene una voz al fondo.

Me giro y encuentro a Callum levantando un vaso desde una mesa llena de gente. Hay al menos ocho personas alrededor, todas hablando al mismo tiempo con platos compartidos, cerveza y esa confianza relajada de pueblo pequeño donde nadie necesita invitación formal para sentarse.

Londres nunca funciona así. En Londres la gente necesita agendas, confirmaciones, tres mensajes previos y probablemente cancelar dos veces antes de quedar para tomar algo. Aquí parece suficiente con abrir una puerta y coexistir.

—Venid —ordena Morag—. Antes de que Callum empiece a cantar otra vez y tengamos que desalojar el local por emergencia nacional.

—Fue una vez —protesta él.

—Fue ABBA en gaélico —replica ella—. Y traumatizaste a un turista alemán.

Ewan me roza la espalda para guiarme entre las mesas y mi cuerpo reacciona como si acabara de apoyarme una mano ardiendo.

Ridículo. Absolutamente ridículo.

Nos sentamos al final de la mesa larga y Bruno se tumba directamente sobre mi pie, como si ya hubiera decidido oficialmente que pertenezco aquí.

—Traidor —le dice Ewan al perro.

—Él simplemente reconoce a la persona más interesante de la sala.

—Sigues insistiendo mucho en eso.

—Porque es verdad.

—No tanto como crees.

Lo miro de lado. Ese instante extraño en el que parece que el ruido alrededor desaparece un poco. No del todo. Solo lo suficiente.

Las luces cálidas del pub. La música baja. El cristal empañado por la lluvia. El olor a madera vieja y cebada. Y él mirándome como si estuviera pensando algo que todavía no sabe si debería decir.

Aparta la vista primero, al punto que Morag deja dos platos sobre la mesa.

—Comed algo antes de seguir mirándoos así.

—¿Así cómo? —pregunto.

—Como en las películas donde alguien acaba besando a otro contra una pared.

Mi corazón da una voltereta mortal y Ewan ni siquiera se inmuta. Solo coge el vaso y murmura:

—Llevas demasiados años viendo dramas ajenos.

—Y acertando siempre —responde ella antes de alejarse.

No debería notar este calor subiéndome por el cuello. No debería ser consciente de la cercanía exacta entre su pierna y la mía debajo de la mesa. No debería preguntarme cómo sería que me besara de verdad.

Empiezo a sospechar que mi problema en este pueblo no es la pieza rota de mi coche.

Es lo que Ewan Mackenzie empieza a provocar en mí.

25

Ewan

Estoy en la cocina, apoyado contra la encimera con una taza de café demasiado caliente entre las manos, mientras escucho el sonido amortiguado de Ivy cruzando el pasillo del piso superior.

Ni siquiera hace mucho ruido. Son solo pequeños golpes suaves sobre la madera antigua. Y aun así sé perfectamente que es ella.

La puerta se abre unos segundos después. Lleva una sudadera gris enorme, el pelo recogido de cualquier manera y cara de no haber despertado todavía del todo.

—Hace frío otra vez —murmura mientras entra en la cocina.

—Es Escocia.

—Eso no responde a nada. ¿Siempre tienes la calefacción tan baja o es una estrategia para endurecer a tus invitados?

—La calefacción funciona.

—Ewan, anoche me acosté con dos mantas y contemplando decisiones vitales importantes.

—¿Como cuáles?

—Mudarme a Portugal.

Resoplo por la nariz sin querer y ella me mira de reojo.

—Ah, mira eso. Ha aparecido una emoción.

—No te acostumbres.

Ivy bosteza un poco.

La cocina todavía huele a pintura. Y eso me lleva automáticamente al día anterior. A la *suite.* A la discusión absurda más larga que he tenido en meses.

—No me gusta.

Ivy giró la cabeza despacio desde la escalera.

—Ni siquiera lo has mirado bien.

—Claro que lo he mirado.

—Entonces míralo otra vez.

Llevábamos toda la mañana trabajando allí arriba. Moviendo muebles, midiendo paredes, quitando telas antiguas y discutiendo sobre diseño como si nuestra estabilidad mental dependiera de ello.

—Ese verde es triste —dije.

—No es triste.

—Parece una consulta privada donde alguien te da malas noticias.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Tiene muchísimo sentido.

Ivy bajó un escalón de la escalera y me enseñó otra vez la muestra.

—Es verde salvia.

—Es verde depresión.

—No existe el verde depresión.

—Claro que existe. Está delante de mí.

Ella dejó escapar aire lentamente, ya cansada.

—¿Quieres saber por qué muchos hoteles rurales terminan pareciendo sitios rarísimos?

—Sorpréndeme.

—Porque los hombres elegís colores como si estuvierais comprando una nevera.

Fruncí el ceño.

—Eso tampoco significa nada.

—Claro que significa algo. Todo lo quieres gris, marrón o color piedra.

—Porque es un castillo.

—Y precisamente por eso necesita calidez.

La observé mover la mano mientras hablaba.

Estaba despeinada. Tenía una mancha de grasa de las visagras en la muñeca. Y llevaba veinte minutos defendiendo un color como si fuera una cuestión sería de narices.

Debería haberme parecido agotador. En cambio…

—La gente no paga una fortuna por dormir en un sitio bonito únicamente porque haya una cama grande —continuó—. Pagan por cómo les hace sentir el lugar.

—Ahora hablas como un anuncio.

—No. Hablo como alguien que sabe cómo funciona la gente.

Había algo en el tono que hizo que dejara de discutir un momento. Porque no lo decía por llevarme la contraria. Lo decía completamente convencida.

—Tu problema, Ewan, es que ves el castillo como estructura.

—Es literalmente una estructura.

—Sí, pero también es una experiencia.

—Eso sí que suena a anuncio.

Ella ignoró el comentario y caminó hasta una de las ventanas.

—La primera vez que entré aquí pensé que era precioso. Pero también pensé que daba un poco de miedo.

—Gracias.

—No me refiero a miedo real. Más bien a… distancia. Todo aquí es enorme. Frío. Impresionante. Pero nada invita realmente a quedarse.

Me apoyé contra una mesilla antigua.

—¿Y tú quieres arreglar eso pintando paredes verdes?

—Quiero que la gente entre aquí y piense que podría quedarse semanas.

La habitación quedó en silencio unos segundos.

—Además, el gris que tú quieres parece sacado de un edificio de oficinas.

—Eso es exagerado.

—No lo es.

—Un poco sí.

—Mucho peor era el beige.

—El beige era elegante.

Ella me miró como si acabara de confesar un crimen.

—Dios mío. Hablas en serio.

No pude evitar reírme un poco. Y ella se quedó quieta un instante. Como si no esperara oírme reír. Después volvió a subir a la escalera.

—Sujétala.

—No te vas a caer.

Me acerqué resoplando y apoyé una mano en la escalera mientras ella estiraba el brazo para acercar una muestra de color a la pared.

El bajo de su camiseta se levantó apenas al inclinarse…

La observé desde abajo. Concentrada. Hablando sola mientras comparaba tonos. Completamente metida en algo que ni siquiera era su problema.

—Sigo pensando que el verde era mejor —expresa Ivy en el presente, sacándome del recuerdo.

Está sentada sobre la encimera con las piernas cruzadas.

—Y yo sigo pensando que parecía una clínica privada.

—Tienes un trauma rarísimo con ese color.

—Tengo buen gusto.

Ella niega lentamente con la cabeza.

—No lo tienes. Lo que tienes es miedo a que algo parezca acogedor.

—Es una habitación, no una experiencia religiosa.

—¿Ves? Ahí está el problema.

Sonríe un poco mientras bebe. Y durante un momento todo resulta demasiado normal. Como si lleváramos meses haciendo esto, como si no fuera temporal.

El móvil vibra sobre la encimera y ella baja la vista inmediatamente.

—Es Callum —murmura.

Levanto la vista hacia ella y de nuevo aparece esa sensación incómoda en mitad del pecho. Porque los dos sabemos perfectamente por qué la llama.

El coche.

Y resulta extrañamente frustrante descubrir que, sin darme cuenta, yo había empezado a asumir otra cosa desde la noche anterior en el pub: que la pieza tardaría más. Una semana más, quizá dos. El tiempo suficiente para terminar la *suite.* Para acostumbrarme un poco más a su voz en la cocina. A discutir con ella por colores absurdos. A encontrarla descalza por el castillo como si siempre hubiera pertenecido aquí.

Una idea bastante mala, en realidad.

—Voy a cogerlo.

Asiento sin decir nada. Ella sale hacia el pasillo mientras yo me quedo en la cocina fingiendo que sigo mirando unos papeles que no estoy leyendo en absoluto.

—¡Callum! —escucho a lo lejos—. Dime que traes buenas noticias porque empiezo a sospechar que mi coche está poseído.

La oigo reírse un poco, después silencio. Camino hasta el fregadero solo para tener algo que hacer con las manos. La voz llega amortiguada desde el pasillo.

—¿En serio? No fastidies. Pensaba que tardaría muchísimo más.

Aprieto la mandíbula sin motivo razonable.

—Claro que me quedo más tranquila. Sí, sí… te debo una.

Más silencio. Luego vuelve a hablar, esta vez más despacio.

—Entonces el lunes. Vale. Perfecto.

Lunes.

La palabra se ubica en la cocina con una claridad provocativa.

Escucho sus pasos acercándose otra vez. Cuando entra lleva una expresión rara.

—Callum ha movido contactos —explica mientras vuelve a dejar el móvil sobre la encimera—. Ha conseguido encontrar la pieza antes de tiempo. El coche estará listo el lunes.

—Eso es bastante rápido.

—Sí. —Se pasa una mano por el pelo—. La verdad es que es un alivio. Pensaba que tardaría otra semana más como mínimo.

Otra semana más.

Mi cerebro tarda medio segundo en reaccionar a esa frase, porque yo también lo había pensado.

No debería haber estado tan pendiente de ella anoche.

Ese había sido probablemente el problema principal. No la música del pub, ni las pintas de más que Morag seguía sirviendo como si quisiera destruir hígados por deporte. Ni siquiera el hecho de que Ivy estuviera veinte minutos riéndose de absolutamente todo mientras se inclinaba demasiado hacia mí cada vez que hablaba. Era la manera en que mi cuerpo estaba reaccionando a cosas completamente ridículas porque llevaba ocho meses sin pasarme algo así.

Ella con las mejillas ligeramente sonrojadas por la cerveza, el pelo cayéndole sobre los hombros y esa forma suya de tocarme el brazo cada vez que se reía como si nos conociéramos desde hacía años en vez de apenas unos días. Mi cabeza entendía perfectamente

que aquello no significaba nada, mi cuerpo, en cambio, parecía haber perdido cualquier capacidad racional aproximadamente dos pintas atrás porque notaba cada roce. Cada vez que su rodilla chocaba con la mía debajo de la mesa.Cada vez que se inclinaba hacia mí para hablarme por encima de la música. Cada vez que me miraba demasiado directamente mientras sonreía

—Creo que empiezas a caerme muy bien cuando bebo cerveza —dijo de repente.

Casi me atraganté y ella se rio inmediatamente al ver mi cara. Y después volvió a apoyar la mano sobre mi brazo.

Mierda.

No debería haber notado aquel calor subiéndome por las piernas hasta mi entrepierna y, desde luego no debería haberme preguntado cómo sería besarla de verdad.

Ivy siguió hablando de cualquier cosa con Morag mientras yo apenas conseguía concentrarme en la conversación porque llevaba demasiado tiempo acostumbrado al silencio. Demasiado tiempo sin alguien llenando el espacio a mi alrededor de aquella manera.

26

Ivy

Hay una diferencia importante entre imaginar que algún día te irás de un sitio y descubrir, de pronto, la fecha exacta en la que eso ocurrirá.

Ewan revisa unos papeles que claramente dejó de leer hace varios minutos. Lo noto en la forma en que pasa las páginas sin mirar realmente lo que tiene delante, igual que noto el silencio extraño entre nosotros desde que Callum confirmó que el coche estará listo el lunes por la tarde.

Al final, deja los documentos sobre la mesa y se reclina en la silla.

—Así que el lunes. —Asiente despacio, fingiendo una indiferencia que no termina de sostener demasiado bien.

Mentiroso.

—Bueno —apunta después, cruzándose de brazos—. Por fin voy a librarme de ti.

—Qué bonito —murmuro, llevándome una mano al pecho—. Casi se me saltan las lágrimas.

—Has convertido mi cocina en una extensión de tu salón.

—Eso no es verdad.

—Esta mañana había una pinza de pelo tuya dentro de la tostadora.

Parpadeo.

—No pienso investigar cómo ha llegado ahí porque temo descubrir algo sobre mí misma que no quiero saber.

La comisura de su boca se mueve escasamente. Muy poco, pero suficiente para que lo detecte. Ya he aprendido a reconocer cuándo está intentando no reírse.

—Además —continúa mientras ordena distraídamente los papeles en una pila alineada—, llevas dos días criticando mi café, mi calefacción y hasta los colores de pared.

—Porque alguien tiene que hacerlo.

—El castillo ha sobrevivido siglos sin tus opiniones estéticas.

—Sí —replico—, pero tampoco parece que le haya ido especialmente bien.

Deja escapar aire por la nariz, esa especie de risa silenciosa que últimamente le aparece más a menudo cuando está conmigo.

Me aparto un mechón de pelo detrás de la oreja antes de mirarlo otra vez.

—Pues para que lo sepas, yo también tengo ganas de irme.

—Claro.

—Lo digo en serio.

—Sí—murmura él, echándose hacia atrás en la silla—. Se te nota muchísimo. Esa mirada nostálgica resulta muy creíble.

Entorno los ojos.

—Tu tono es irritante —protesto.

—Y tú eres incapaz de fingir según qué cosas.

Cojo una cucharilla de azúcar y se la lanzo sin demasiada fuerza. Rebota contra su brazo antes de caer sobre la mesa. Él baja la vista

hacia el proyectil y luego vuelve a mirarme.

—Muy madura.

—No provoques a gente cansada.

Ewan termina por apartar los papeles definitivamente y apoya los antebrazos sobre la mesa antes de hablar otra vez.

—¿Y qué harás cuando te entreguen el coche?

Me doy un par de golpecitos con el dedo en la barbilla mientras pienso la respuesta.

—Seguir mi viaje, supongo.

—¿Sin rumbo concreto?

—Eso forma parte del encanto.

—Suena poco alentador para mí.

—Lo dice el hombre que vive solo en un castillo peleándose con instalaciones.

—Los conductos al menos no toman decisiones impulsivas y luego las convierten en un estilo de vida.

No puedo evitar soltar una pequeña risa.

—Qué manía tienes de hacer que mi vida suene como un documental preocupante.

—Porque empiezas a darme material para ello —anuncia y se queda tan pancho.

Entorno los ojos, aunque noto algo pesadamente cálido moviéndose bajo toda esa conversación absurda.

Miro alrededor casi sin pensar: las muestras de pintura desperdigadas sobre la mesa, las herramientas junto a la puerta, el

sonido constante de la lluvia al otro lado de las ventanas.

No quiero irme todavía.

La idea llega tan clara que me crispa un poco. Porque esto no es mi vida real. Mi vida real está en Londres, entre correos enviados a medianoche, autores neuróticos, manuscritos subrayados mientras ceno cualquier cosa delante del portátil y vagones de metro llenos de gente demasiado cansada para mirarse a la cara.

No aquí. Y definitivamente no con Ewan MacKenzie.

—¿Qué? —pregunta él de pronto.

Parpadeo.

—Nada.

—Has puesto cara rara.

—No he puesto ninguna cara.

—Llevo casi cinco días viéndote poner caras —apunta mientras tamborilea distraídamente dos dedos sobre la mesa.

—Eso ha sonado muy íntimo.

Se queda inerte un instante y yo veo cómo la mandíbula se le tensa antes de apartar la mirada hacia la ventana.

—Bueno —musita finalmente, pasándose una mano por la nuca —. Da igual. La cuestión es que te vas el lunes y cada uno volverá a su vida.

Claro. Da igual.

Asiento despacio.

—Es un alivio.

Y lo es. El problema es que otra parte de mí acaba de reaccionar exactamente al revés.

Ewan se incorpora para recoger las muestras de pintura desperdigadas por la mesa.

—Así podrás escapar de mi café traumático.

—Voy a denunciarlo cuando vuelva a Londres.

—Nadie te creerá.

—Tendré secuelas físicas.

—Has sobrevivido varios días —indica, recolocando una de las muestras que ya estaba perfectamente recta—. Empiezo a pensar que eres bastante más resistente de lo que aparentas.

Lo miro un instante y sé que algo entre nosotros ha cambiado sin pedir conformidad. Porque ya no parece que esté siendo amable con una desconocida. Y yo ya no me siento exactamente una invitada.

—Por cierto —dice sin levantar la vista—, el verde sigue siendo horrible.

Me echo a reír.

—Eres insufrible.

—Y aun así vas a echarme de menos.

Levanta una ceja lentamente, y odio un poco que ya sepa exactamente cómo provocar determinadas reacciones en mí.

—No sabía que eras tan sentimental y, para tu información, solo echaré de menos discutir contigo. Y la ducha gigante.

—Eso sí puedo entenderlo. —Frunce los labios.

—Y las vistas.

—Aceptable.

—Y también… —Me callo antes de terminar la frase. Porque casi digo «y a ti». Y no quiero analizar lo cerca que he estado de hacerlo.

—Bueno —señala al cabo de un momento—. Aún quedan unos días para que puedas librarte de todo eso.

La frase es liviana. Casi irónica. Pero algo en la forma en que la dice hace que el pecho me dé un pequeño vuelco absurdo. Aparto la mirada antes de que pueda notarlo.

—Sí —murmuro—. Supongo que sí.

27

Ewan

Llevo exactamente siete minutos intentando revisar el mismo presupuesto. No porque no lo entienda, más bien por Ivy.

Está sentada en el suelo del salón, junto a una de las estanterías bajas de la biblioteca, rodeada de libros abiertos como si alguien hubiera dejado entrar a una estudiante caótica en una mansión del siglo XVIII. Tiene una manta sobre las piernas, el pelo medio recogido de cualquier manera y una expresión de absoluta concentración mientras hojea un volumen antiguo con las páginas amarillentas.

El problema no es que hable. El problema es que cuando deja de hacerlo, acabo levantando la vista automáticamente para comprobar qué está haciendo.

Perfecto.

—¿Sabías que este castillo tiene una obsesión rarísima con la tragedia? —pregunta de pronto sin mirarme.

—Creo que acabas de describir Escocia entera.

—No, escucha esto. —.Se aclara la garganta exageradamente antes de empezar a leer: —«Y entonces el joven heredero juró no volver a amar jamás».

Cierro los ojos un segundo.

—Voy a quemar ese libro mientras duermes.

—Eso sería un crimen histórico.

—O sentido común.

Ella sonríe antes de pasar otra página. El fuego de la chimenea crepita suavemente al fondo mientras intento volver a los números. Y digo intento, porque noto perfectamente cuándo Ivy cambia de postura en la alfombra, cuándo se recoloca la manta o cuándo encuentra algo que le parece irracional y está a punto de comentarlo.

Empiezo a anticiparla demasiado. Y esto empieza a tocarme bastante las narices.

—Antes esta casa daba más miedo —dice de pronto.

Levanto la vista del portátil.

—¿Perdón?

Ella se encoge ligeramente de hombros sin apartar los ojos del libro.

—Ahora hay libros abiertos, mantas fuera de sitio y luz encendida hasta tarde. Antes parecía una de esas casas donde alguien desaparecería misteriosamente en el primer capítulo.

Miro alrededor casi por inercia. Y muy a mi pesar, entiendo exactamente lo que quiere decir.

—Eso suena bastante a crítica decorativa otra vez.

—Tan solo es una observación objetiva.

—Claro. —Pasa otra página lentamente—. Tú también lo has notado.

—Solo hay más trastos por medio.

Vuelvo al presupuesto durante casi un minuto entero hasta que escucho un pequeño golpe sordo. Acaba de dejar el libro abierto boca abajo sobre la alfombra y ahora me observa con la barbilla apoyada en la mano.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada.

—Esa cara nunca significa *nada.*

—Estaba pensando que eres bastante menos antipático cuando no intentas activamente serlo.

Resoplo por la nariz.

—Qué alivio. Empezaba a preocuparme mi reputación.

—No, lo digo en serio. —Juega distraídamente con la esquina de la manta—. Al principio pensé que eras una de esas personas que disfrutan siendo desagradables por *hobby*. Pero ahora creo que solo llevabas demasiado tiempo viviendo solo.

Ella parece darse cuenta de lo que acaba de decir, porque aparta los ojos hacia el libro casi inmediatamente.

—¿Y tú qué sabes de vivir sola? —pregunto al cabo de unos segundos.

—Lo suficiente. — Se encoge un poco de hombros.

Ivy termina levantándose del suelo con el libro en la mano y cruza el salón descalza antes de dejarse caer en el sofá frente a mí. Se acomoda de lado sin ninguna ceremonia, se tapa hasta la cintura con la manta y sigue leyendo como si yo no estuviera allí.

La observo un instante por encima de la pantalla. La manta enrollada alrededor de las piernas. El libro abierto sobre el pecho. La luz cálida de la chimenea moviéndose sobre su cara.

Joder, qué guapa es.

Vuelvo al portátil justo cuando ella resopla otra vez contra alguna tragedia literaria. Entiendo qué era lo que Ivy intentaba decir

antes. Y, aunque me joda admitirlo, la idea de volver al silencio absoluto me parece una mierda.

28

Ivy

Algunas casas tienen la mala costumbre de hacerte sentir bienvenida justo antes de que recuerdes que no vas a quedarte.

Lo pienso mientras bajo las escaleras todavía medio dormida y escucho ruido en el vestíbulo.

No un ruido preocupante. Simplemente es… Ewan.

Lleva toda la semana arreglando cosas y, ahora mismo, parece estar peleándose con un panel de madera abierto junto a la escalera principal.

Me detengo antes de bajar el último tramo y lo observo un instante sin que se dé cuenta. Está de espaldas, remangado hasta los codos, concentrado en la bisagra que tiene entre las manos. La luz que entra por las ventanas altas del vestíbulo marca apenas el perfil de sus brazos mientras trabaja con paciencia obsesiva.

La escena empieza a resultarme demasiado fácil de mirar. Hay algo profundamente masculino en verlo así, ocupado en arreglar cosas, frunciendo apenas el ceño cuando algo no encaja a la primera. Y el verdadero problema es que ya no me parece una imagen ajena.

Qué bueno está.

Anoche tuve exactamente la misma sensación en la sala de estar principal, sentada frente a él mientras fingía revisar presupuestos y me observaba por encima del portátil cada vez que creía que no iba a pillarlo.

La primera vez que levanté la vista y descubrí que me estaba observando por encima del portátil pensé que había sido casualidad. La tercera empezó a hacerme gracia. La quinta dejó de parecerme graciosa y empezó a hacerme sentir algo mucho más raro.

—¿Vas a quedarte ahí arriba observándome mucho rato? —pregunta sin girarse.

—No te estaba observando. —Bajo el resto de las escaleras intentando parecer una persona normal y no alguien a quien acaban de pillar mirando demasiado a un hombre con una caja de herramientas— .¿Qué estás arreglando ahora?

Ewan mueve ligeramente la bisagra antes de responder.

—Un panel que lleva años torcido.

—Hay muchísimas herramientas para una simple puertecilla.

—Las herramientas sirven para más cosas además de decorar talleres.

Me agacho un poco para mirar mejor lo que está haciendo y él aparta automáticamente un destornillador del borde de la escalera antes de que pueda acercarme demasiado.

Ni siquiera interrumpe lo que hace. Simplemente lo mueve a un lado. Como si de verdad estuviera pendiente de evitar que me golpee, tropiece o me haga daño con algo. Y quizá precisamente eso es lo que más me perturba de él. Nunca convierte esos gestos en algo importante. Simplemente le salen.

—¿Has desayunado? —consulta mientras ajusta uno de los tornillos.

—Todavía no.

—He dejado pan descongelándose en la cocina.

La frase me hace mirarlo un segundo más de la cuenta porque la dice con total normalidad. Como si fuera lógico acordarse de esas cosas.

—Eso ha sonado muy considerado para alguien que amenaza libros antiguos.

Recoloca el panel antes de responder.

—Solo intento evitar que te alimentes exclusivamente de zumo y galletas otra vez.

No puedo evitar sonreír un poco mientras me apoyo contra la barandilla.

—Cada día das más sensación de señor divorciado que vive pendiente de si la gente ha comido.

—Y tú das la sensación de olvidar que las personas necesitan alimentarse varias veces al día.

—Eso es exagerado.

—Ayer almorzaste media naranja y una tostada.

Frunzo ligeramente el ceño.

—No me gusta que recuerdes ese tipo de detalles.

—Pues deja de hacer cosas memorables.

La respuesta me deja callada un segundo Él parece darse cuenta de lo que acaba de decir, porque vuelve inmediatamente a la puerta como si la bisagra hubiera pasado a ser el asunto más importante del mundo.

Me dirijo hacia la cocina, intentando ignorar esa sensación cálida y torpe que acaba de instalarse en algún sitio entre el estómago y la garganta.

Te pone, reconócelo.

Una hora después estoy sentada en el suelo de la *suite* con una espátula llena de masilla en la mano.

La pared frente a mí ya no parece salida de una película de terror. Sigue teniendo grietas, sí, pero ahora al menos parecen grietas con intención artística.

Ewan diría que eso no significa nada. Yo diría que claramente estoy desarrollando habilidades de restauración histórica y que deberían empezar a respetarme más en este castillo.

Estoy inclinándome para alisar otra esquina cuando escucho pasos acercándose por el pasillo. Levanto la vista justo cuando aparece en la puerta.

Se queda observando la pared unos segundos. Después me observa a mí y luego vuelve a mirar la pared.

—Has dejado esto bastante mejor.

La frase me pilla tan desprevenida que tardo un momento en reaccionar.

—Gracias, supongo.

Ewan pasa el dedo por una de las juntas todavía húmedas y asiente apenas para sí mismo.

—No está mal.

No debería estar gozando tanto por escuchar eso. Sin embargo, estoy, altamente satisfecha porque el hombre más crítico de las Highlands acaba de aprobar una pared que he arreglado yo misma.

Dejo la espátula sobre el plástico protector del suelo y me llevo una mano al pecho.

—Qué bonito. Cada día confías más en mí.

—No exageres. Sigo dudando de tus capacidades básicas de supervivencia.

Me aparto un mechón de pelo de la cara dejando sin querer una pequeña mancha blanca en la mejilla.

Ewan la mira inmediatamente.

—¿Qué? —pregunto.

Niega con la cabeza antes de apartar la vista.

—Nada.

Mentiroso.

—Bueno —añade apoyándose un instante en el marco de la puerta—, tenemos que ir al pueblo grande de al lado.

—¿Tenemos? Pensaba que por fin habías decidido dejarme trabajar sin supervisión.

—No es supervisión. Es prevención de desastres.

—Eso sigue sonando ofensivo.

—Y bastante realista.

Entorno los ojos mientras vuelvo a coger la espátula.

—Puedo quedarme aquí perfectamente.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Hay que hacer la compra. Y necesito materiales para terminar la escalera del ala oeste.

—Ah. Así que solo soy mano de obra gratuita.

—Exacto.

No le creo ni un poco. Porque hace apenas dos días no me habría dejado tocar una pared sin vigilarme como si fuera capaz de atravesarla accidentalmente con una herramienta eléctrica y, hoy me ha dejado sola en una habitación con masilla, pintura y acceso potencial a decisiones importantes. Eso, viniendo de él, prácticamente cuenta como un acto de fe entusiasta.

Me levanto del suelo sacudiéndome un poco el pantalón.

—Voy a cambiarme.

Asiente, aunque antes de salir vuelve a mirarme un segundo más de la cuenta. Concretamente la cara.

—¿Qué pasa?

—Tienes masilla ahí.

Automáticamente intento limpiarla con la mano equivocada y termino empeorándolo bastante. Él resopla por la nariz antes de acercarse un paso.

—Déjalo.

Ewan levanta la mano y me limpia la mejilla con el pulgar.

Mi cerebro decide dejar de funcionar exactamente el tiempo suficiente para notar demasiado: el calor de sus dedos, la cercanía, y el hecho de que no aparta la mano inmediatamente.

Joder.

—Ahora sí —murmura, aclarándose la voz—. Ya no pareces una restauradora poseída.

—Gracias…

Ewan asiente una sola vez antes de girarse hacia el pasillo otra vez.

—Cinco minutos, Ivy.

Y desaparece antes de que pueda responder nada coherente. Me quedo en mitad de la habitación, con la espátula todavía en la mano y la sensación embarazosa de que el aire acaba de cambiar ligeramente de densidad.

Algo que empieza a pasar demasiado a menudo cuando está cerca.

29

Ivy

El trayecto transcurre en un silencio tranquilo. Apoyo la cabeza contra la ventanilla antes de mirarlo de reojo. Conduce con una mano sobre el volante y la atención fija en la carretera, aunque de vez en cuando hace algún gesto con la boca, como si estuviera pensando en algo que no termina de enlazar.

—Por cierto —comento al cabo de un rato—, anoche me estabas observando.

Ewan tarda exactamente dos segundos en responder.

—No.

—Sí.

—No. —Exhala despacio antes de cambiar ligeramente la posición de la mano sobre el volante—. Levantaba la vista de vez en cuando.

—Qué casualidad que siempre coincidiera cuando yo también levantaba la mía.

—Hacías ruido con las páginas.

—Esa es probablemente la peor excusa que he oído en mi vida —defiendo.

De pronto lo veo con claridad. No es solo que Ewan sea atento. Es la forma en cómo lo hace. Como si ciertos gestos le salieran antes incluso de decidirlos. Antes de que esa parte hosca suya tenga tiempo de disfrazarlos de indiferencia.

Echo la vista la manta doblada en el asiento trasero.

—También has traído eso sin decirme nada.

—Porque luego dices que tienes frío.

—Eso no responde realmente a la pregunta —insisto.

—Entonces no hagas preguntas raras.

Sonrío un poco, ya soy incapaz de evitarlo.

—Y ayer subiste la calefacción.

—Hacía frío.

—Y quitaste todas las herramientas del pasillo.

Aparta un segundo la vista de la carretera para mirarme fugazmente.

—Porque casi te matas dos veces por la mañana. Y… era una de las normas que puse y me la salté deliberadamente.

—Menos mal que lo reconoces.

La lluvia resbala suavemente por el parabrisas mientras vuelvo a mirar al frente para ignorar el hecho de que noto el calor de su brazo cada vez que cambia de marcha. Mi cuerpo ha dejado de verlo como una invasión hace días. Sospecho que él tampoco sabe muy bien qué hacer con eso.

***

El supermercado está bastante lleno para ser jueves por la mañana. Él empuja el carro mientras yo voy dejando cosas dentro que observa con creciente desaprobación sigilosa.

—¿De verdad necesitas tres tipos distintos de té? —interroga al ver otra caja desaparecer entre las bolsas de pasta.

—Claro.

—Todos saben igual.

Me giro lentamente hacia él.

—Eso no se le puede decir a una londinense.

—Solo digo que hervís agua y fingís personalidad alrededor de una hierba amarga.

—Ahora mismo estás muy cerca de provocar un incidente diplomático.

Ewan hace la compra exactamente igual que arregla el castillo. Con concentración irracional.

Va colocando las cosas por tamaños dentro del carro, recoloca dos veces una bolsa de patatas *porque así no aplasta el pan* y revisa etiquetas con una seriedad innecesaria para alguien que vive prácticamente aislado en mitad de las montañas.

—Eres consciente de que organizas un carro de supermercado como si estuvieras preparando una operación militar, ¿verdad?

—Hay una lógica.

—Eso da más miedo aún.

Él niega ligeramente con la cabeza mientras coge una caja de cereales del estante superior. Yo voy a coger otra al mismo tiempo y termino chocando contra su brazo al acercarme demasiado. Es solo un golpe torpe, pero el movimiento hace que me quede mucho más cerca de él de lo que esperaba.

El olor limpio de su jersey…

—Este sabe menos a cartón —murmura.

Asiento despacio, aunque no estoy mirando los cereales ya, más bien controlando la electricidad que recorre mi cuerpo para no electrocutarme viva.

—Voy a pagar la compra —indico cuando llegamos a la caja.

—No hace falta.

—Claro que hace falta.

—Te estás quedando en mi casa, eres mi invitada.

—Por eso mismo quiero pagarla. No quiero abusar de ti.

De esa forma. De otras no tengo dudas.

Saco la tarjeta y él me la quita de la mano antes de que pueda acercarla al datáfono.

Lo miro indignada.

—Acabas de robarme delante de una cajera.

—Y tú conviertes cualquier trámite sencillo en una negociación seria.

La cajera intenta disimular que está escuchando.

Termino guardando la tarjeta mientras paga y empieza a meter las bolsas en el carro con eficacia.

Después, ya en el aparcamiento, cierra el maletero mientras yo me quedo quieta unos segundos mirando alrededor sin prestar demasiada atención a nada concreto.

Todo esto tiene fecha de caducidad. Y empiezo a odiar bastante saberlo.

30

Ewan

Ivy me está agarrando del brazo para arrastrarme hacia una mesa libre junto a la ventana del pub.

Todo esto ha sido idea suya, por supuesto.

Lleva insistiendo desde después de cenar en que: *una noche tranquila de música no puede matarte* y, sinceramente empiezo a sospechar que subestima muchísimo mis problemas actuales de autocontrol. Porque pasar más tiempo con ella ya está empezando a tener efectos bastante cuestionables sobre mi estabilidad mental.

Y física. Especialmente física.

La veo quitarse el abrigo mientras se sienta frente a mí, todavía sonriendo por algo que ha pasado fuera, y tengo que apartar la vista un segundo hacia el vaso vacío de la mesa para reorganizarme un poco el cerebro, porque ella parece completamente ajena al desastre hormonal mudo que está provocando.

Hay varias mesas ocupadas y ese calor espeso y acogedor que siempre parece concentrarse dentro del local en cuanto cae el frío fuera. Morag levanta la cabeza desde el otro extremo de la barra nada más vernos entrar y sonríe inmediatamente.

—Mira quién ha decidido volver al mundo civilizado —grita—. Ya empezaba a pensar que el castillo os había absorbido.

—A mí todavía me quedan esperanzas de escapar —responde Ivy recolocándose en la silla.

—Tú sí. Él lleva cara de fantasma permanente desde hace tiempo. —Me señala con un dedo.

—Buenas noches para ti también, Morag.

Ella sonríe satisfecha y desaparece hacia el otro lado del pub antes de que seguir atacándome verbalmente.

—La gente aquí te quiere muchísimo —suelta Ivy.

—La gente aquí tiene un sentido del humor raro.

—Eso no explica por qué todos disfrutan tanto picándote.

—Porque eres una mala influencia.

Morag vuelve con dos vasos de cerveza negra y los deja frente a nosotros.

—Invita la casa.

—Eso suena alarmante —murmura Ewan.

—Solo intento fomentar vuestra escandalosa y lenta tensión sexual.

—No te pases —le advierto.

—¿Qué? Tengo edad suficiente para decir lo que pienso. Ya no temo a Dios ni a las consecuencias.

—Voy a dar una vuelta —anuncia Ivy.

Tarda exactamente cuatro minutos en ponerse a hablar con un hombre que nunca he visto, otros dos en hacer reír a Callum y menos de media pinta en conseguir que una pareja de la mesa del fondo le recomiende rutas por Skye como si fueran amigos de toda la vida.

Aparece otra vez a mi lado después de hablar con medio local y me da un pequeño golpe con el hombro al sentarse de nuevo.

—Morag acaba de decirme que eras un adolescente insoportable.

—Eso es imposible.

Levanta una ceja.

—¿El qué? ¿Lo de insoportable?

—Lo de adolescente. Apenas pasé aquí uno o dos veranos con mi tío.

Morag aparece justo en ese momento.

—Te daba tiempo de sobra a ser insoportable igualmente.

—Así que ya apuntabas maneras desde pequeño —Ivy se ríe.

—No era para tanto.

Morag se me marca con un paño.

—Con quince años desmontó media moto en el la plaza porque estaba convencido de que el mecánico del pueblo no sabía escuchar el motor.

Ella gira lentamente la cabeza hacia mí.

—Por favor, dime que eso es verdad.

—El mecánico era un inútil— suelto con resignación.

—Y además modesto —añade Morag.

La risa vuelve a escapársele a Ivy, más abierta esta vez, y yo cometo el error de quedarme mirándola embelesado un rato antes de apartar la vista hacia el vaso otra vez.

El problema es que ya ni siquiera me doy cuenta inmediatamente de que estoy haciéndolo.

Callum aparece junto a nosotros con otra cerveza y se queda ahí con nosotros con el sosiego de quien lleva toda la vida viendo pasar las mismas conversaciones en el mismo pub.

—¿Entonces al final vas a Skye?

Ivy gira el vaso entre las manos.

—Puede ser. Todavía estoy improvisando bastante.

—Te gustará —indica él—. Aunque después de unos días aquí, cualquier sitio te va a parecer muy emocionante.

Ella sonríe un poco.

—Eso dependerá de cuánto tiempo sobreviva a otra semana de humedad y calefacción bipolar.

—La calefacción funciona perfectamente.

—Ewan, un día me desperté convencida de que había muerto durante la noche.

Callum empieza a reírse. Yo voy a responder algo cuando ella añade, casi distraída:

—Aunque bueno… tampoco me queda tanto tiempo sufriéndolo.

Hasta ahora el lunes se había desvanecido y convertido solo en una idea vaga. Algo pendiente. Pero escucharla hablar de irse como un hecho hace que todo parezca mucho más cercano de repente. Como si de pronto el tiempo se hubiese vuelto demasiado concreto.

—El lunes ya tendré el coche —continúa mientras juega con el posavasos—. Así que por fin dejaré de invadir la casa. Seguro que Ewan recupera enseguida su vida triste y silenciosa —añade Ivy con una sonrisa pequeña.

—No era triste.

—Vives solo en un castillo enorme hablando con tuberías.

—Las tuberías no dejan libros abiertos por todas partes.

Suelto la frase de manera seca, y ella levanta la vista despacio. Callum mira su cerveza con muchísimo interés de repente. Y Morag directamente deja de fingir.

—Uy —murmura.

Me paso una mano por la nuca.

—No iba por ahí.

Mentira.

Porque sí iba exactamente por ahí. Ivy mantiene los ojos fijos en mí un segundo más antes de dejar el vaso sobre la mesa.

—Voy al baño un momento.

Asiento sin mirarla. En cuanto desaparece hacia el pasillo del fondo, Morag me golpea el brazo.

—Compórtate.

—¿Qué he hecho ahora?

—Llevas toda la noche mirándola como si estuvieras a dos segundos de besarla o enfadarte con ella. A veces no tengo claro cuál de las dos cosas quieres más.

Callum se atraganta riéndose.

—Estáis perdiendo facultades todos —indico con cierto hastío.

—Y tú llevas días fingiendo que esa chica no te ha puesto la vida patas arriba.

31

Ewan

El trayecto de vuelta se llena de una quietud extraña, de esas que no resultan incómodas hasta que empiezas a notar todo lo que se está evitando decir dentro de ellas.

Ivy está con la frente pegada a la ventanilla desde que salimos del pub, observando la lluvia deslizarse sobre el cristal mientras las luces de la carretera se deforman en reflejos largos y temblorosos sobre el asfalto mojado. Yo conduzco con la vista fija al frente, demasiado pendiente del volante y de cualquier cosa que me permita no pensar demasiado en la conversación de hace unos minutos.

Es inútil.

Sigo escuchando su voz dentro de mi cabeza diciendo *el lunes ya tendré el coche* con una naturalidad que me ha dejado completamente descentrado.

Como si irse fuera simplemente el siguiente paso lógico. Como si estos días hubieran sido una pausa agradable y nada más. Como si ella no hubiese ido ocupando espacio aquí de una manera tan gradual que ni siquiera me di cuenta de cuándo empezó a pasar.

—¿Todo bien? —pregunta de pronto.

—Sí.

Ella gira ligeramente la cabeza hacia mí.

—Vale. Pues tienes cara de estar manteniendo una discusión interna bastante agresiva.

—Estoy cansado.

—No —su voz sale más suave esta vez—. Estás enfadado.

Me tenso de golpe porque ya no sé cómo esconder ciertas cosas cuando ella me mira así.

—No todo gira alrededor de ti, Ivy.

Veo cómo aparta la vista hacia la ventanilla de nuevo, y el arrepentimiento llega tan rápido que casi da rabia.

—Eso es bastante desagradable.

Aprieto la mandíbula.

—No era eso lo que quería decir.

—Pues deberías empezar a pensar un poco más antes de hablar.

No lo dice enfadada, más bien herida. Y es justo donde termina de joderme vivo.

Porque lo que realmente me está destrozando desde hace horas no es ella. Es la forma tan serena que usa para hablar de irse, de convertir estos en un accidente raro y no algo que ya se me ha metido debajo de la piel.

Entramos por fin en el camino del castillo. Las luces del vehículo iluminan la fachada de piedra mientras nos detenemos frente a la entrada principal.

Ella se quita el cinturón enseguida. Abre la puerta antes de que me dé tiempo a decir nada más y la veo cruzar el patio envuelta en el abrigo, subiendo hacia la escalera principal sin mirar atrás.

Algo dentro de mí se fragmenta de golpe y salgo del coche.

—Ivy.

Ella sigue caminando, pero consigo alcanzarla justo antes de subir un peldaño más y la sujeto del brazo, no fuerte, solo lo suficiente para detenerla.

Ella se gira inmediatamente hacia mí.

—¿Qué?

Sigue molesta y, yo estoy demasiado cerca. Puedo notar el aire frío sobre su piel. La respiración rápida después de caminar deprisa. El olor de su pelo mezclado con la lluvia y el ambiente del pub.

.—Ivy… joder, yo…

Ella niega despacio con la cabeza.

—No hace falta que lo arregles ahora.

Intenta soltarse. Tira pacíficamente del brazo. Yo no la suelto a tiempo. Ella levanta la cabeza para decir algo más, pero las palabras nunca llegan. Y yo ya no puedo más.

El espacio entre nosotros desaparece en menos de un segundo. Mi mano se desliza por su nuca, atrayéndola hacia mí, y la beso.

No es un beso suave ni cuidadoso. Es el beso de alguien que ha estado mordiéndose la lengua, apretando los puños, fingiendo que no la miraba cada vez que entraba en una habitación..

El impacto me sacude como un relámpago.

Calor. Frío. Un latido brutal en el pecho. Mi mano se hunde en su cintura como si tuviera miedo de que se desvanezca. Ivy suelta un sonido ahogado contra mis labios, mitad sorpresa, mitad rendición y sus dedos se aferran con fuerza a las solapas de mi abrigo, arrugando la tela mojada.

Ella me besa de vuelta. Lo hace como si también hubiera estado muriéndose por esto. Como si cada mirada robada, cada roce

accidental, cada palabra no dicha entre nosotros hubiera sido solo el preludio de este momento.

De pronto todo deja de sentirse como un error. Deja de sentirse como algo prohibido y se convierte en algo que tenía que pasar. Inevitable. Casi sagrado.

La acerco más, hasta que no queda espacio entre nosotros. Su cuerpo encaja contra el mío de una forma tan perfecta que duele. Siento el temblor de su respiración, el calor de su boca, el sabor leve de la inclemencia en sus labios. Mis dedos se deslizan por su espalda, memorizando cada curva, cada respiración entrecortada. El mundo se reduce a esto: al latido desbocado de su corazón contra el mío, y la forma exacta en que sus dedos se enredan en mi nuca como si tampoco quisiera soltarme jamás.

Cuando se aparta, lo hace temblando. Sus labios están hinchados, sus ojos brillantes y asustados. Respira con dificultad, igual que yo. Sus dedos siguen aferrados a mis solapas, como si su cuerpo aún no hubiera recibido la orden de separarse.

Nos miramos en silencio, y en sus ojos veo el mismo pánico que siento yo: la certeza de que acabamos de cruzar una línea.

—Buenas noches, Ewan… —su voz sale frágil, al punto de quebrarse.

Se da la vuelta y sube hacia la puerta sin mirarme. Cada paso que da me duele en el pecho. La puerta se cierra tras ella con un sonido suave y definitivo.

Yo me quedo allí, bajo la lluvia fría, con las manos aún sacudido por el impacto y el sabor de su boca grabado en los labios. El corazón me late tan fuerte que parece querer salirse del pecho.

32

Ewan

Dormir después de besar a Ivy ha resultado una idea bastante optimista.

Me he pasado media noche dando vueltas en la cama y la otra media intentando convencerme de que el beso no va a cambiar nada. O, más bien, de que no vuelvo a sentirme como alguien que espera cosas. Porque las expectativas tienen una forma especialmente cruel de convertirse tarde o temprano en decepciones.

Bajo a la cocina con la esperanza de que esté vacía.

Era poco probable.

Ivy está sentada en la encimera con un té entre las manos y el pelo todavía algo desordenado de dormir. Lleva uno de esos jerséis enormes que le resbalan ligeramente por un hombro, uno que me gustaría tocar y besar muy a mi pesar.

Los dos nos quedamos estáticos mirándonos sin saber muy bien cómo iniciar la conversación matutina.

—¿Qué tal has dormido? —acaba diciendo ella primero.

—Mal, ¿y tú? —decido no mentir y abro un armario con más fuerza de la necesaria.

—Lo de anoche… —empieza ella.

—No.

Ivy frunce ligeramente el ceño.

—Ni siquiera sabes lo que iba a decir.

—No hace falta.

—Vale.

Deja la taza de té en el fregadero, y sale de la cocina sin decir nada más.

El resto de la mañana empeora. Ivy intenta actuar normal. Yo también, pero ninguno lo consigue.

Ella habla menos. Yo respondo peor. El castillo entero empieza a sentirse raro, como si las habitaciones hubieran notado antes que nosotros que algo se ha fracturado durante la noche.

A media tarde la encuentro en el salón, sentada en el suelo con un libro abierto sobre las piernas y varias hojas sueltas desperdigadas a su alrededor como si llevara horas allí.

Levanta la vista en cuanto entro y noto el impacto de sus ojos verdes inmediatamente.

Mierda.

Debería haber seguido de largo por el pasillo, salir fuera, fingir que tengo algo urgente que hacer o directamente arrojarme al lago antes de enfrentar otra conversación con ella después de lo de anoche.

—¿Vas a seguir evitándome mucho tiempo o esto va forma parte de la experiencia completa de la casa?

Dejo las manos en los bolsillos del pantalón y me quedo junto a la puerta, manteniendo una distancia bastante deliberada entre los dos.

—No te estoy evitando.

—Claro —suena agotada.

No me acerco. Ni un paso. Porque soy demasiado consciente de lo fácil que sería volver a besarla si me arrimo demasiado, y convertir algo tan simple como cruzar una habitación en una decisión horrible.

Cierra el libro de golpe y el sonido seco rebota suavemente entre las paredes. Después se pone de pie.

—¿Sabes qué es lo más desesperante de todo esto?

La observo avanzar un poco hacia la mesa sin perderme de vista. No digo nada, ella tampoco parece necesitar que lo haga.

—Que llevas días acercándote a mí para luego actuar como si te molestara haberlo hecho.

Aprieto la mandíbula antes de contestar.

—No me molesta.

—Pues tienes una manera rarísima de demostrarlo.

El comentario llega rápido, y está claro que hay algo debajo. Algo mucho menos divertido que el tono que intenta usar. La veo cruzarse de brazos mientras espera una respuesta que claramente no sé darle.

Y entonces, como un absoluto idiota, digo exactamente lo peor que puedo soltar por mi boca.

—Solo fue un beso.

Ivy se queda completamente quieta. Después se ríe una vez, una sola, claramente carente de humor.

—Ah. Vale.

—No era eso lo que quería decir. —Me paso una mano por la nuca, frustrado conmigo mismo.

—Entonces hoy estás teniendo problemas gravísimos de comunicación, porque llevas toda la mañana diciendo exactamente lo contrario de lo que parece que piensas—hace una pausa antes de continuar—. ¿Sabes qué creo, Ewan? —Da un paso más hacia mí—. Creo que te gustó demasiado. Y que llevas desde anoche intentando convencerte de que no significó nada porque admitir lo contrario sería muchísimo más complicado para ti

—No conviertas esto en algo más grande de lo que es.

—¿Y qué es exactamente para ti? —la pregunta queda colgada entre nosotros. No tengo respuesta, la verdad sería admitir demasiadas cosas a la vez.

Por ejemplo que besarla fue una mala idea. Que probablemente vuelva a hacerlo si me da medio segundo de oportunidad. Y que llevo todo el día pensando en ello aunque me niege a admitirlo. Ninguna de las tres opciones parece sustancialmente inteligente.

—Eres el heredero más imposible de Escocia. —Niega lentamente con la cabeza.

—Eso no debería haber pasado —señalo al final, con la voz más baja.

Suelta aire despacio antes de coger otra vez el libro de la mesa.

—Pues llegas un poco tarde a esa conclusión.

Pasa por mi lado sin tocarme, pero el roce mínimo de su perfume al cruzarse conmigo basta para que todo mi cuerpo reaccione antes siquiera de que pueda impedirlo.

Me paso una mano por la cara y cierro los ojos un instante.

Besar a Ivy no fue un error. El error fue olvidar, aunque solo fueran unos días, por qué dejé de permitir que la gente me importara lo más mínimo.

33

Ivy

Intento cortar cebolla mientras observo de reojo a Ewan MacKenzie comportándose como un auténtico fóbico social otra vez. Al parecer se confirma que ese es ya su *hobby* principal: c*ortar distancia emocional en juliana fina.*

—¿Piensas cocinar o asesinar esas verduras por motivos personales? —indago mientras aparto una sartén del fuego.

Él ni siquiera levanta la vista de la tabla de madera.

—Todavía estoy decidiéndolo.

Respuesta seca, volviendo al minimalismo. Lleva toda la tarde así. De vuelta a esa muralla invisible entre los dos y comprobando desde dentro si resiste.

Quiero derribarla a golpes.

—Podrías relajar un poco los hombros —comento—. Pareces un guardaespaldas cocinando bajo amenaza.

—Estoy relajado.

—Claro. Y yo soy la reina de Inglaterra.

—Eso explicaría ciertas exigencias tuyas.

Pongo los ojos en blanco mientras abro una botella de vino.

—Mira, ahí está. Tu personalidad. Empezaba a pensar que había muerto congelada en alguna montaña.

Él deja el cuchillo sobre la tabla antes de girarse hacia mí.

—No estoy haciendo nada raro.

—Acabas de describir exactamente el problema.

Sirvo vino en dos copas y deslizo una hacia él. Ewan la mira como si sospechara que puedo haber echado veneno dentro. Aunque honestamente, después de esta semana, no descarto hacerlo.

—Llevas horas actuando como si hubiéramos firmado un tratado diplomático después de una guerra —vuelvo a iniciar conversación.

—Estamos haciendo la cena.

—Sí. Igual que hacen la cena dos personas que se han besado y luego han decidido fingir una tensión sexual completamente normal y saludable.

Él coge la copa al final y bebe un trago corto antes de responder.

—No todo tiene que convertirse en una conversación eterna.

—Perdona, pero tú conviertes todo en una evacuación mental de emergencia.

Eso sí consigue que me mire directamente y odio muchísimo que sea tan atractivo incluso cuando parece enfadado con toda la humanidad.

Decido volver a centrarme en la sartén para no agarrarlo del cuello, morderle una oreja y borrarle los labios a besos desbocados.

—¿Dónde está la pimienta? —pregunto, indiferente a cómo empieza a palpitarme la entrepierna.

—En el armario de arriba.

Abro el armario equivocado. Después otro y otro más.

—Esto parece diseñado por alguien que odiaba las cocinas prácticas.

—El castillo fue construido en mil ochocientos y algo. Creo que la organización de especias no era una prioridad.

—Pues debería haberlo sido.

Ewan se acerca por detrás antes de que siga desmontando media despensa, e inmediatamente noto el calor de su cuerpo a mi espalda y mi cerebro vuelve a dejar colaborar de manera adulta.

Alarga el brazo por encima de mi cabeza, abre el armario correcto y coge el bote de pimienta sin rozarme siquiera.

—Aquí.

Su voz suena demasiado cerca. Me giro un poco hacia él y durante un instante quedamos atrapados en esa distancia irrazonable donde todo parece arriesgadamente fácil.

Besarlo sería facilísimo.

Y por la forma exacta en que deja de respirar medio segundo, sé que él acaba de pensar exactamente lo mismo.

—¿Vas a hacer esto mucho tiempo? —inquiero mientras cierro el armario de golpe.

—¿Hacer qué?

Suelto una risa breve.

—Esto. Acercarte cinco centímetros y luego comportarte como si fueras un monje en apuros.

—No estoy comportándome de ninguna manera.

—Ewan, llevas todo el puto día mirándome como si besarme hubiera activado una alarma nacional.

Aprieta la mandíbula un instante antes de volver a las verduras.

—Estás exagerando.

—Ah, perfecto. Ya hemos llegado a la fase donde me haces sentir ridícula por notar cosas que claramente están pasando.

—No eres ridícula, no he dicho eso en ningún momento.

—No hace falta. Se te da fenomenal transmitirlo sin palabras.

El silencio cae unos segundos entre nosotros mientras la sartén chisporrotea detrás de mí. Y, por supuesto, cometo el error de seguir hablando.

—Además, tampoco entiendo el drama. Voy a irme en algún momento, no estamos planeando comprar una casa juntos. Vivo en Londres, ¿recuerdas?

El efecto que provoca en él lo que acabo de decir, es inmediato. Ewan deja de cortar. En ese preciso instante donde la cocina parece haberse congelado, lo veo.

El verdadero problema no es el beso. No es la tensión que hay entre nosotros, ni siquiera perder el control y follar como bonobos en algún rincón del castillo. No. Es que esto tiene fecha de caducidad y no quiere crearse expectativas que lo vayan a decepcionar.

—¿Qué? —pregunto más despacio.

Él vuelve a moverse, pero ya es tarde. Ya he visto el cambio exacto en su cara.

—Déjalo.

—¿Cómo que *déjalo*? ¿Tú te has visto la cara?

—Siempre estás recordándome que vas a irte.

—Porque voy a irme, Ewan. Vine aquí de paso, ¿o lo has olvidado?

La frase parece irritarlo todavía más. Se aparta y coge la copa de vino antes de responder.

—Exacto. De paso.

Cruzo los brazos mientras lo observo beber como si necesitara tiempo para reorganizar su sentido común.

—Madre mía.

—¿Qué pasa ahora?

—Te estás alejando porque esto empezó a parecerte real.

La carcajada que sale de su boca suena irreal.

—No dramatices. ¿Acaso eres psicoanalista?

—No estoy dramatizando. Estoy viendo cómo entras en pánico en tiempo real.

—No estoy entrando en pánico.

—Claro. Y yo no acabo de verte reaccionar como si hubiera mencionado una bomba en lugar de Londres.

—No todo tiene que significar algo enorme, Ivy.

—¿Y quién ha hablado de enorme? Tú eres el único comportándote como si hubiéramos cruzado la línea del infierno.

—Porque quizá la hemos cruzado.

Respiro hondo mientras niego despacio con la cabeza.

—Eres increíble.

—No sigas por ahí…

—No, explícamelo tú. Porque llevo días intentando entender cómo funciona tu cerebro y honestamente creo que sería más fácil descifrar símbolos antiguos.

Él aparta la vista y hace que me enfade todavía más.

—Te acercas cuando quieres. Me besas como si fueras a perder la cabeza si no lo haces. Luego me evitas todo el día y después pretendes que yo actúe normal.

—Estoy intentando evitar problemas.

—No. Estás intentando controlar algo que ya no controlas y te está saliendo fatal.

Ewan se pasa una mano por la cara antes de soltar aire despacio.

—Porque sigo pensando que no debería haber sucedido.

—¿Sabes qué? Estoy cansada. Porque cada vez que das un paso hacia mí luego actúas como si hubiera sido un accidente catastrófico. Deja de tratarme como si besarme hubiera sido una irresponsabilidad médica.

—Mierda, Ivy. No entiendes lo fácil que sería acostumbrarme a esto —grita.

—Y si es lo que piensas, ¿no crees que debería ser precisamente el motivo para dejar de comportarnos como dos idiotas?

Vuelve a mirarme, muy vulnerable y confundido al mismo tiempo.

—No estoy pidiéndote una promesa vitalicia. Ni una declaración conmovedora bajo la lluvia.

—Gracias a Dios —suspira.

—Lo que digo es que quizá podríamos dejar de actuar como si sentir algo fuera automáticamente una tragedia local.

—Es poco responsable hacer eso.

—Pues mira qué suerte. Me paso la vida siendo responsable. Quiero volverme loca aunque sea una vez en mi vida.

Ewan suelta una risa breve por la nariz y se pasa una mano por el pelo con frustración.

—Lo que planteas es una mala idea.

—Probablemente.

—Y tú te vas en unos días.

—Correcto.

—Y cuando te vayas esto va a convertirse en un problema para mí.

—Hay altas posibilidades.

Da un paso hacia mí.

—Entonces explícame por qué demonios estás tan tranquila —señala.

Lo miro directamente.

—Porque prefiero enfrentarme a un fin de semana complicado antes que pasarme meses preguntándome qué habría pasado si hubiéramos seguido ignorando algo que nuestros cuerpos llevan días pidiéndonos a gritos.

—¿Y cómo quieres solucionar eso? —consulta al final, con la voz más grave.

—Un pacto temporal. Solo un fin de semana —digo encogiéndome de hombros—. Dejamos de pensar tanto. Dejamos de

pelearnos con cada cosa que pasa. Y luego… ya veremos.

—*Ya veremos* es una expresión espantosa.

—Sí, pero muy útil, como a ti te gusta.

Ewan baja la vista hacia mi boca.

Mala señal. Muy mala señal.

—¿Y las normas? —pregunta.

—¿Normas?

—Todo pacto necesita normas.

—Vale… —murmuro fingiendo pensarlo—. Norma número uno: dejas de actuar como si besarme pudiera provocar un colapso económico mundial.

—No prometo milagros.

—Norma número dos: nada de desaparecer emocionalmente después de cada momento mínimamente íntimo.

—Muy concreto todo.

—Porque estoy evolucionando muy rápido en esta convivencia —replico.

—¿Y cuánto dura exactamente este pacto? —consulta acercándose otro paso.

—Hasta el lunes, aunque ya propusimos uno para la convivencia y hemos fracasado estrepitosamente —susurro.

—No somos perfectos —suelta.

—No, pero somos reales y ahí está la gracia.

Ewan sostiene mi mirada y un microsegundo después deja de luchar contra sí mismo. Lo veo clarísimo. La respiración le cambia y la mandíbula deja de estar tan tensa.

Luego murmura:

—Joder.

Después se abalanza sobre mí.

Me besa como si llevara años conteniéndose a la fuerza y acabara de quedarse sin capacidad humana para seguir haciéndolo. Sus manos me sujetan la cintura y mi espalda golpea la encimera lo bastante fuerte como para hacer vibrar las copas.

Claramente, a estas alturas me parece un precio razonable.

—Ewan… —susurro entre besos.

—No hables.

Excelente sugerencia.

Mis manos suben automáticamente a su cuello mientras vuelve a besarme todavía más fuerte. Me levanta de la encimera apenas unos centímetros para acercarme todavía más y yo le tiro del jersey directamente hacia mí mientras él me besa el cuello y destroza mi capacidad de pensar con claridad.

—Llevas días volviéndome loco —murmura contra mi piel.

—Eso es porque eres alérgico al apego.

Él suelta una risa breve antes de volver a besarme. Su lengua se enreda con la mía y gimo dentro de su boca, incapaz de contenerme. Siento cómo sus manos bajan por mi espalda hasta agarrarme el culo con fuerza, apretándome contra su erección. Está duro. Muy duro. Y ese hecho me enciende todavía más.

—No digas nada —gruñe, mordiéndome el labio inferior—. Solo siénteme.

Me levanta por completo. Mis piernas rodean automáticamente su cintura mientras me lleva hasta la mesa grande. Me sienta sobre ella sin cuidado y, en un solo movimiento, me quita la sudadera por la cabeza. Sus ojos recorren mis pechos como si fueran algo sagrado y delicado al mismo tiempo. Se lanza a besarlos, chupando y mordiendo con ganas, mientras sus dedos se cuelan bajo mis pantalones y apartan mi ropa interior a un lado.

Cuando me toca, estoy empapada.

—Joder, Ivy… —susurra con voz ronca, deslizando dos dedos dentro de mí sin aviso. Arqueo la espalda y suelto un gemido largo, agarrándome a sus hombros.

Sus dedos entran y salen con un ritmo perfecto mientras su boca devora mis pechos. Cada vez que roza ese punto dentro de mí, me tiemblan las piernas.

Quiero más. Lo quiero todo.

Tiro de su jersey hacia arriba y él se lo quita de un tirón. Mis manos recorren su pecho, sus abdominales, bajando hasta el borde de su pantalón. Lo desabrocho con dedos torpes por la urgencia y meto la mano dentro. Está caliente, grueso y palpita contra mi palma.

—Quiero sentirte dentro —le suplico casi sin aliento.

Ewan suelta un sonido gutural. Me baja de la mesa solo un segundo para quitarme los pantalones y la ropa interior de un tirón. Me da la vuelta sin delicadeza, inclinándome sobre la mesa. Siento su pecho contra mi espalda, su boca en mi nuca.

—¿Estás segura? —pregunta con voz áspera, pero sé que está a punto de perder el control.

—Sí. Por favor…

Entra en mí de un solo empujón profundo. Los dos gemimos al mismo tiempo. Durante unos segundos se queda quieto, temblando, como si estuviera intentando no correrse ya. Luego empieza a moverse.

Fuerte. Rápido. Profundo.

Cada embestida me empuja contra la mesa. Mis pechos se aplastan contra la madera fría mientras él me folla con una intensidad que me hace ver estrellas. Una de sus manos se enreda en mi pelo, tirando ligeramente hacia atrás, la otra aprieta mi cadera con fuerza.

Primero llega el olor. Después el chisporroteo sospechoso. Y finalmente una llamarada aparece detrás de nosotros desde la sartén abandonada sobre el fuego.

—¡Fuego! —grito girando la cabeza.

Ewan se aparta lo justo para mirar la cocina que parece haber decidido unirse activamente al desastre.

—Perfecto —gruñe pasándose una mano por la cara—. Nuestro nuevo pacto dura exactamente siete minutos y ya hemos provocado un incendio.

34

Ewan

Abro los ojos de golpe y durante unos segundos no entiendo qué es exactamente lo raro que siento en este despertar. Después noto su mano apoyada sobre mi estómago.

Ah. Claro.

El techo de la habitación sigue medio oscuro y afuera llueve con esa constancia gris que aquí parece durar siglos enteros. Ivy está dormida pegada a mi lado, envuelta en una mantas y con el pelo completamente descompuesto sobre la almohada.

Anoche subimos aquí después del incendio de la cocina riéndonos como dos idiotas. Todavía puedo verla apoyada contra la pared del pasillo, con olor a humo y vino, mirándome como si estuviera a punto de volver a besarme incluso antes de que yo me acercara.

Y lo hice en cuanto cerré la puerta.

Ivy se mueve un poco entre las mantas y resopla dormida antes de acercarse todavía más. Su pierna roza la mía y cierro los ojos un segundo porque mi cuerpo reacciona inmediatamente, como un imbécil divinamente entrenado.

Fantástico.

Ni siquiera está consciente y ya consigue alterarme el sistema nervioso.

Bajo la vista hacia ella otra vez. Dormida parece distinta. Sin esa expresión alerta que suele aparecer justo antes de lanzar algún comentario capaz de desesperarme.

Hace mucho tiempo que no compartía silencio con alguien sin sentir la necesidad de llenarlo o escapar de él. Y no sé si me gusta o me espanta.

Ivy abre los ojos despacio unos segundos después y tarda un momento en enfocarme. Cuando lo hace, sonríe y ese gesto es suficiente para complicarme el día entero.

—Hola —murmura con voz dormida.

—Buenos días.

Se queda observándome unos segundos antes de entrecerrar ligeramente los ojos.

—Tienes cara de haber cavilado demasiado antes incluso de desayunar.

Resoplo una risa corta.

—Eso no reduce mucho las posibilidades.

—No, pero hoy pareces algo preocupado por existir.

La frase me hace sonreír pese a todo. Se incorpora un poco apoyándose sobre mi pecho y aparta la manta con la pierna.

—¿Qué hora es? —pregunta.

Cojo el móvil de la mesilla.

—Las nueve —murmuro, dejándolo otra vez sobre la tabla.

Ivy emite un sonido de protesta amortiguado contra la almohada antes de taparse media cara con la manta.

—Eso roza la violencia institucional para ser sábado. —Bosteza despacio y vuelve a dejar la cabeza sobre la almohada mientras me observa con los ojos todavía medio cerrados.

—Anoche casi provocamos un incendio.

—*Provocamos* es una manera muy elegante de culparnos a los dos por una tragedia que empezó claramente contigo.

Ivy levanta una ceja.

—Perdona, yo no fui quien decidió distraerse en mitad de una cocina llena de fuego real.

—Técnicamente reaccioné bastante rápido.

—Reaccionaste porque empezó a oler a sartén carbonizada y muerte inminente —indica.

La risa se me escapa antes de poder contenerla y noto cómo ella sonríe también al escucharla.

—Tú tampoco estabas especialmente preparada para la alta cocina anoche.

—Aquella sartén me tuvo manía desde el principio.

—La sartén solo intentaba hacer su trabajo.

—Y yo intentaba sobrevivir a un escocés con problemas graves de autocontrol.

Le lanzo una mirada de reojo.

—Lo que dices es bastante parcial.

—Porque estoy elaborando mi versión oficial de los hechos —claudica.

Debo quedarme mirándola demasiado tiempo porque levanta la vista hacia mí de repente.

—¿Por qué me miras así?

—No te estaba mirando.

Ella suelta una risa baja, claramente poco impresionada por mi capacidad para mentir.

—Ewan, llevas como medio minuto completamente ausente. Eso ya entra dentro de la categoría de mirar intensamente.

—Estaba pensando.

—Eso sí me preocupa.

—Eres agotadora desde buena mañana —bromeo.

—Y tú rarísimo cuando estás relajado.

Resoplo por la nariz.

—En el fondo, te gusta tener a alguien aquí. Reconócelo —añade.

La frase me descoloca lo suficiente como para no responder enseguida. Y, por supuesto, ella lo nota.

Claro que lo nota.

Ivy tiene una capacidad enorme para detectar silencios concretos.

—Eso es una acusación bastante seria —mascullo al final.

—Y aun así todavía no la has negado.

35

Ivy

El milagro ocurre a las once y cuarto de la mañana.

Sol.

Me quedo quieta frente a una de las ventanas del salón observando cómo la luz cae sobre las montañas y convierte el entorno en un sitio completamente distinto. Tal vez menos embrujado.

—No te emociones demasiado —dice Ewan a mi espalda—. Luego os decepcionáis muchísimo cuando vuelve a llover dentro de veinte minutos.

Está apoyado contra el marco de la puerta con una chaqueta oscura y el pelo todavía un poco húmedo de la ducha

—Déjame vivir este momento —protesto—. Creo que acabo de presenciar un fenómeno atmosférico histórico.

Se acerca despacio y mira también por la ventana.

—Los turistas siempre reaccionáis igual.

—Ya soy ya prácticamente ganado local.

—Todavía pronuncias *loch* como si estuvieras pidiendo auxilio.

—Vuestro idioma parece diseñado que aborrece las vocales.

—Vamos a salir antes de que cambie el tiempo. Has mirado por esa ventana como una presa recién liberada. Empiezo a sentirme responsable de tu deterioro psicológico dentro del castillo.

—Eso porque no has visto cómo empiezo a hablar sola por las tardes.

—Sí lo he visto.

Lo miro fijamente.

—Así que me espías —lo acuso.

—Más o menos. Venga, vamos a aprovechar la vitamina D natural.

Cuarenta y cinco minutos después caminamos junto al lago con Bruno corriendo varios metros por delante de nosotros completamente poseído por la felicidad, desde que Ewan decidió pasar por el pub *solo un momento* y Morag interpretó automáticamente nuestra aparición conjunta como material suficiente para construir una boda completa en su cabeza.

—Míralos —ha dicho apoyada en la barra nada más vernos entrar—. Parecéis una pareja que acaba de sobrevivir a una crisis matrimonial pequeña.

—Solo hemos venido a por el perro —ha respondido Ewan con esa paciencia resignada de quien lleva tiempo soportándola.

—Claro, cariño.

Después nos ha puesto dos cafés *para el paseo*, y ha metido unas galletas para Bruno en mi bolsillo como si fuéramos una familia saliendo de excursión un sábado cualquiera.

Ahora corre junto al agua completamente eufórico mientras el viento mueve mi bufanda y el sol, milagrosamente, sigue resistiendo sobre el lago.

—Vale —admito mientras observo el reflejo de las montañas sobre el agua—. Entiendo por qué hay gente que se marcha de aquí y acaba echándolo de menos muchísimo.

Ewan camina a mi lado con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta.

—Eso solo pasa cuando sale el sol. Es propaganda meteorológica.

—Tu país entero parece moralmente inestable.

—No voy a discutir eso.

Bruno vuelve corriendo hacia nosotros, me golpea accidentalmente la pierna con el cuerpo y sigue avanzando como si tuviera asuntos urgentes que resolver en otra parte del lago.

Caminamos unos metros más en silencio y me doy cuenta de que ya no necesito llenarlo constantemente hablando de cualquier tontería. Y viniendo de mí, eso roza el fenómeno paranormal.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

Miro el lago antes de responder.

En él. En nosotros. En lo rápido que algo temporal empieza a parecerse a una vida real cuando repites suficientes mañanas pequeñas con la misma persona. La verdad sería demasiado larga. Así que elijo una versión menos suicida.

—En que regresaré a Londres incapaz de respetar cualquier paisaje que no tenga castillos y lagos deprimentes. Mi abuela hablaba mucho de esto —digo casi sin pensar

—¿Era de aquí?

Asiento despacio.

—Aunque llevaba más años viviendo en Londres que en Escocia, seguía hablando de este sitio como si nunca hubiera terminado de irse del todo. Cuando yo era pequeña pensaba que exageraba muchísimo —continúo—. Decía cosas como *la lluvia aquí no suena igual* o *los lagos tienen memoria.*

—Eso sí suena bastante Highlands.

—¿Verdad? —sonrío—. Mi madre decía que exageraba porque había leído demasiada poesía escocesa.

—Probablemente ambas cosas sean ciertas.

Me río un poco y vuelvo a mirar el agua.

—Sus padres vivían en una casa pequeña cerca de Inverness cuando era pequeña. O eso contaba siempre. Hablaba de los inviernos de aquí como si fueran una mezcla entre experiencia espiritual y depresión severa.

—Bastante preciso.

—Y de los paisajes… —añado más despacio—. Siempre hablaba de los paisajes como si pudieran hacerte sentir cosas aunque no quisieras.

Permanece callado, tan solo me escucha.

—Decía que las Highlands eran el único lugar donde había sentido que el mundo podía ser enorme y acogedor al mismo tiempo —murmuro—. Supongo que tenía razón —añado.

El viento mueve suavemente la superficie del lago delante de nosotros. Ewan mira alrededor antes de responder.

—La mayoría de la gente de aquí no sabe explicarlo tan bien.

Lo observo de reojo.

—¿Y tú sí?

Él tarda un segundo en contestar.

—Creo que cuando creces viendo esto acabas olvidando que impresiona.

—Pues no deberías.

—Durante un tiempo viví entre Sicilia y alguna isla griega. Empecé ayudando a un amigo en el sur de Italia con algunos proyectos de restauración. Luego llegaron otros proyectos y acabé quedándome allí. Pero siempre he vivido en Glasgow.

Bruno vuelve corriendo hacia nosotros otra vez, feliz y lleno de barro hasta las orejas.

Ewan suspira al verlo.

—Perfecto. Ya ha encontrado alguna forma de arruinarme el coche.

—Yo creo que solo está viviendo su mejor vida.

—Bruno considera mejor vida a cualquier actividad que implique destrucción parcial.

Me echo a reír y el sonido se pierde un poco entre el viento y el agua. Después seguimos caminando junto al lago, más despacio ahora, como si ninguno tuviera demasiada prisa por regresar.

Bruno corre delante de nosotros completamente embarrado y feliz, entrando y saliendo de la orilla con la energía descontrolada de alguien que acaba de descubrir el sentido de la vida en forma de charcos.

—¿Viniste por ella? —me pregunta.

—¿Por mi abuela?

Asiente

—Sí. Cuando murió me di cuenta de que llevaba años escuchando historias sobre este sitio sin haberlo visto nunca realmente. Y empezó a parecerme extraño. Como si conociera una versión inventada de algo importante para ella, pero no el lugar de verdad. Quería comprobar por mí misma si exageraba tanto como

decía mi madre —continúo sonriendo un poco—. Aunque empiezo a sospechar que incluso se quedó corta.

—Eso no suele pasar mucho con la gente que habla de Escocia.

—Ya. Pero ella hablaba de esto como si hubiera dejado una parte de sí aquí para siempre. Y siempre he sentido que era la única que me entendía, ya sabes que con mis padres no tengo una relación muy normal.

—A veces pasa.

Lo miro de reojo.

—¿Qué cosa?

—Que te marches de un sitio… y aun así algo siga quedándose aquí.

—¿Y tú? —pregunto más despacio—. ¿Qué parte tuya se quedó aquí de esos veranos que pasaste con tu tío?

Se encoge ligeramente de hombros.

—Todavía estoy intentando averiguarlo.

—Esto se ha puesto peligrosamente profundo para alguien que hace media hora estaba intentando convencerme de que dormir ocho horas seguidas es una pérdida absoluta de tiempo productivo.

—Porque lo es —insiste.

Al final dejamos de hablar de cosas importantes y empezamos a hablar de cosas pequeñas.

De Morag empeñada en darle comida cada vez que pisa el pub como si estuviera intentando prepararlo para un invierno nuclear. De una cafetería perdida cerca de Inverness donde, según Ewan, sirven el peor café de *mocca* toda Escocia y, al mismo tiempo, los mejores *cinnamon rolls* del planeta.

—Eso no tiene sentido —protesto.

—Precisamente por eso es tradición local.

—¿Y la gente vuelve?

—La gente aquí desarrolla vínculos emocionales muy raros con el sufrimiento.

Lo miro de reojo.

—Empiezo a notar cierto patrón nacional.

No hace mucho ni siquiera conocía a Ewan MacKenzie. Ahora sé cómo suena su voz cuando acaba de despertarse. Qué cara pone cuando intenta no reírse, y cómo frunce ligeramente el ceño antes de decir algo que en realidad sí le importa.

Y ya empiezo a acostumbrarme a las mañanas lentas y a encontrarlo apoyado en una puerta mirándome como si llevara cinco minutos pensando algo que no va a admitir en voz alta.

Hay algo bastante aterrador en caminar al lado de alguien y darte cuenta, casi sin querer, de que ya estás empezando a preguntarte cuánto lo echarías de menos cuando no esté.

Las primeras gotas empiezan a caer unos minutos después. Tan finas al principio que casi parecen parte de la niebla que ha comenzado a formarse alrededor del lago, hasta que noto una sobre mi mejilla y luego otra aterrizando sobre la manga de mi abrigo.

Ewan levanta la vista hacia el cielo automáticamente.

—Y ahí está —murmura con resignación profesional.

—¿El qué?

—La traición atmosférica habitual.

Sonrío mientras Bruno sigue avanzando unos metros por delante completamente indiferente al cambio de tiempo.

—Igual solo son cuatro gotas.

Me mira como si acabara de decir algo tremendamente ingenuo.

—Eso es exactamente lo que piensa toda la gente antes de acabar empapada en mitad de una tormenta.

El viento cambia y la llovizna empieza a hacerse más constante alrededor de nosotros.

Él silba suavemente para llamar a Bruno antes de volver a meter las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Deberíamos volver antes de que empeore.

—¿Ves? Ahí está otra vez el optimismo escocés.

—Te avisé esta mañana de que el sol aquí nunca dura demasiado.

La frase llega serena, casi distraída. Como un comentario cualquiera, pero haciendo que algo dentro de mí se encoja igualmente.

Por desgracia, entiendo perfectamente que no estoy pensando solo en el tiempo.

«El sol aquí nunca dura demasiado»

Y eso es exactamente lo que somos nosotros. Algo inesperado. Breve. Un paréntesis extraño dentro de dos vidas que no estaban preparadas para encontrarse.

Miro el lago una última vez antes de empezar a caminar otra vez junto a él. La lluvia vuelve el paisaje más deslucido poco a poco, borrando el brillo que el sol había dejado sobre el agua apenas media hora antes.

Y aun así sigue siendo bonito. Quizá incluso más.

36

Ewan

Bruno duerme completamente estirado frente a la chimenea, agotado después de haber pasado el día entero persiguiendo ramas imaginarias alrededor del lago y recibiendo cantidades ilegales de comida por parte de Ivy.

O, según ella: *amor.*

Hace unas horas llamamos al pub para avisar a Morag de que el perro se quedaba secuestrado en el castillo hasta nuevo aviso, y Morag respondió algo sobre que Bruno siempre prefería las casas donde había tensión sexual no resuelta y mantas calientes.

No quise profundizar en ninguna parte de esa frase.

Ivy está acurrucada a mi lado bajo una manta, con uno de mis jerséis puesto y una copa de *whisky* entre las manos mientras observa el fuego como si pudiera quedarse aquí toda la noche sin problema.

Bruno resopla dormido junto a la chimenea y mueve una pata como si estuviera corriendo en sueños. Ella sonríe automáticamente al verlo.

—Está viviendo su mejor vida.

—Porque tú llevas alimentándolo desde esta mañana como si estuvieras preparándolo para cruzar el Atlántico a nado —la regaño en broma.

—Tiene mirada de perro hambriento.

—Tiene mirada de animal que ha descubierto que contigo consigue el triple de comida.

Ella gira un poco la cabeza hacia mí.

—No todo en esta vida tiene que ganarse sufriendo. Y me ha robado de las manos un trozo de jamón ahumado.

Ivy mueve lentamente la copa entre las manos antes de hablar otra vez.

—No pensé acabar así cuando llegué aquí.

—¿Fingiendo que te gusta el *whisky?* —pregunto, porque la he visto hacer cara rara antes de tragarlo.

—Más bien encariñada de un perro cleptómano, atrapada en un castillo y compartiendo *whisky* con un hombre que claramente necesita terapia especializada.

Bruno abre un ojo al escuchar *perro* y vuelve a dormirse inmediatamente después.

—Cuando vuelva a Londres voy a echar muchísimo de menos esto —añade.

Dentro de mí algo se cierra automáticamente antes siquiera de que pueda evitarlo. La veo girarse hacia mí mientras deja la copa sobre la mesa baja.

—¿Qué pasa?

Niego automáticamente. Ella mantiene la mirada fija en mí unos segundos más.

—Ewan —insiste.

Me paso una mano por la nuca antes de mirar otra vez hacia el fuego.

—Es raro acostumbrarme a alguien otra vez.

—¿Hace cuánto que no estabas así con alguien?

—Hace un año. Vivía en Creta entonces. Me pasaba medio año moviéndome entre proyectos cerca del Mediterráneo. Puertos, rehabilitaciones, estructuras antiguas que amenazaban con venirse abajo…

Una sonrisa cansada me cruza la cara.

—Muy metafórico visto ahora —comenta.

—Ella apareció allí con un equipo de arqueología marina. Estaban documentando un naufragio fenicio cerca de la costa.

—¿Y os conocisteis trabajando?

—Su lancha se averió literalmente delante de la zona de obra donde yo trabajaba.

—Eso suena muy cinematográfico.

—Sí. Bastante molesto en retrospectiva.

La lluvia arrecia unos segundos detrás de nosotros.

—Era de esas personas que parecían vivir siempre en movimiento —continúo más bajo—. Como si quedarse quieta demasiado tiempo le hiciera daño corporalmente.

Y ahí vuelve otra vez aquella imagen: el puerto al atardecer, las botas de buceo secándose al sol, sus libros abiertos sobre mi mesa, la sensación de que todo estaba encajando demasiado bien…

—Con ella todo fue muy fácil al principio —admito—. Demasiado fácil. En pocas semanas prácticamente compartíamos la vida entera. Los amaneceres, discusiones sobre mitología griega, planes improvisados…

Suelto una pequeña risa nasal.

—Llegó un momento en que parecía imposible imaginar que aquello pudiera romperse. Luego le ofrecieron dirigir una excavación en Chipre. Dijo que sería un año. Y todavía recuerdo exactamente cómo sonrió al decirlo. Como si la distancia fuera solo un detalle logístico pequeño entre los dos.

—¿Aún estás esperando que vuelva?

—Volvió unos días antes de que yo heredara el castillo —murmuro al final—. Pero ya no para quedarse.

La chimenea cruje suavemente delante de nosotros.

—Traía fotos de excavaciones nuevas, contratos en otros países y entendí algo que probablemente ya sabía desde el principio. Ella no estaba hecha para echar raíces en ningún sitio demasiado tiempo.

—¿La sigues queriendo?

Tardo demasiado en responder.

—No.

Y es verdad. Lo que queda ya no es amor, es otra cosa. Una cicatriz anómala. Y la sensación de haber sido un lugar de paso para alguien que siempre habría terminado mirando el horizonte antes o después.

—Creo que lo que realmente me costó aceptar —continúo— es que algunas personas pueden querer estar contigo… y aun así no elegir quedarse.

Ivy no aparta la mirada de mí.

—Eso no significa que no te quisiera.

—No. Pero sí significa que yo no era suficiente motivo para poner el ancla. Y supongo que desde entonces me acostumbré

bastante a vivir tranquilo Sin esperar demasiado de nadie. Heredar esto me vino bien en el fondo para aislarme.

—Ahora entiendo por qué te molestaba tanto que hablara de irme.

—No me molestaba.

—Creo que ya es hora de que dejes de mentir.

—Vale. Sí. Me molestaba.

Ivy recoge un poco más las piernas bajo la manta antes de hablar otra vez.

—Porque ya sabes cómo termina.

—No me gusta sentir que algo depende de otra persona —admito al final—. Y tú empiezas a… complicarme bastante esa teoría.

—Eso es probablemente lo más parecido a una declaración que eres capaz de hacer, ¿verdad?

—Ahora mismo estoy siendo increíblemente valiente.

—Creo que llevas mucho tiempo intentando convencerte de que estar tranquilo es lo mismo que estar bien.

—La paz tiene bastante buena prensa —admito.

—Sí. Pero también puede convertirse en una forma muy elegante de no arriesgar nada nunca más.

Bruno cambia de postura junto a la chimenea soltando un pequeño gruñido dormido.

—¿Y tú? —pregunto al final—. ¿Nunca has elegido la paz y tranquilidad frente a las personas?

—Claro que sí.

Su voz baja apenas.

—Después de mi última relación me volví muy buena fingiendo que no necesitaba demasiado de nadie.

Ella juega distraídamente con el borde de la manta mientras habla.

—Es agotador querer a alguien que siempre consigue hacerte sentir insuficiente de formas pequeñas. Llegó un momento en que empecé a medirlo. Lo que decía. Lo que pedía. Lo que esperaba. Como si necesitar demasiado cariño pudiera convertirse en un problema

—Supongo que ambos somos bastante malos gestionando las emociones de manera sana.

—Habla por ti. Yo soy un desastre perfectamente organizado —reclama.

Ivy me observa unos segundos en silencio antes de hablar otra vez.

—¿Sabes qué es lo peor?

—Probablemente algo que va a empeorarme la noche.

—Que creo que contigo he dejado de sentirme así —confiesa.

—Ivy… —empiezo.

No termino la frase porque ella se mueve antes para acercarse más a mí bajo la manta, mientras sostiene mi mirada.

—No pongas esa cara —musita.

—¿Qué cara?

—La de hombre aterrorizado pero intentando parecer funcional.

La risa se me escapa.

—No tengo esa cara.

—La tienes constantemente.

Niega suavemente con la cabeza antes de añadir, más despacio:

—Y estoy empezando a cansarme de que actúes como si todo lo que sientes fuera una amenaza.

Le aparto un mechón de pelo de la cara lentamente y noto cómo ella deja de respirar un instante antes de inclinarse hacia mí. El beso llega despacio esta vez. Ivy sube una mano hasta mi cuello mientras yo la acerco más hacia mí sobre el sofá. La beso otra vez. Y otra. Hay una parte de mí intentando memorizarla antes incluso de perderla.

—Vuelves a pensar demasiado —me suelta.

—Culpa tuya.

—Eso también empieza a ser tu respuesta para todo.

La hago callar besándola otra vez y noto cómo se ríe bajito antes de acomodarse directamente sobre mis piernas.

Sus rodillas se hunden a ambos lados de mis caderas, y de pronto está allí, sobre mí, rodeándome. El peso cálido de su cuerpo es perfecto. Mis manos recorren su espalda con lentitud, como si tuvieran todo el tiempo del mundo, aunque ambos sabemos que no es así.

Se separa apenas unos centímetros para mirarme. Sus ojos están oscuros, brillantes, y hay algo en ellos que me desarma: ternura mezclada con deseo. Me acaricia la mejilla con el pulgar, un gesto tan suave que duele.

—Entonces déjame distraerte —susurro contra sus labios.

Sus caderas empiezan a moverse en un vaivén suave, rozándose contra mí. Siento cómo se endurece mi erección bajo ella, y el

pequeño gemido que se le escapa me enciende todavía más.

Sin prisa, le quito la fina camiseta que lleva puesta. Mis labios bajan por su cuello, por su clavícula, hasta llegar a sus pechos. Los beso con devoción, tomándome mi tiempo, saboreando la forma en que su respiración se entrecorta cada vez que paso la lengua por sus pezones. Ivy arquea la espalda, enredando sus dedos en mi pelo, sosteniéndome contra ella.

La levanto lo suficiente para quitarle el resto de la ropa, y ella hace lo mismo conmigo. Cuando volvemos a juntarnos, piel contra piel, el contacto es tan intenso que los dos temblamos. La abrazo fuerte, pegándola a mi pecho, y durante unos segundos solo nos besamos así, desnudos, respirando el mismo aire.

Se coloca mejor sobre mí. Siento su calor húmedo rozando mi erección y tengo que apretar la mandíbula para no perder el control. Ella baja lentamente, tomándome centímetro a centímetro, hasta que estoy completamente dentro de ella.

Los dos soltamos un gemido largo, casi al unísono.

Se queda quieta un momento, mirándome a los ojos. Sus manos acunan mi rostro con una dulzura que me rompe por dentro. Empieza a moverse despacio, ondulando las caderas en un ritmo profundo y sensual. Cada vez que baja, siento que me hundo un poco más en ella, en este sentimiento que ya no puedo nombrar.

—Eres preciosa —le digo en voz baja, casi rota—. Tan jodidamente preciosa…

La beso mientras hacemos el amor. Porque esto no es solo sexo. Es algo más tierno, más crudo y más bonito al mismo tiempo. Mis manos recorren su espalda, su cintura, agarrándola con suavidad para acompañar sus movimientos. Ivy acelera poco a poco, respirando contra mi boca, gimiendo mi nombre entre besos.

Siento cómo se tensa a mi alrededor, cómo su cuerpo empieza a temblar. La sujeto más fuerte, pegándola contra mí, y entierro la cara en su cuello mientras ella se corre con un gemido largo y hermoso, apretándome con fuerza dentro de ella.

Y justo cuando estoy a punto de olvidar mi propio nombre, Bruno ladra. Fuerte. Directamente delante de nosotros.

Da un pequeño respingo sobre mí mientras yo cierro los ojos un segundo con resignación absoluta.

El perro vuelve a ladrar. Esta vez indignado. Como si acabara de descubrir una actividad indecente desarrollándose en el sofá.

—No puede ser verdad —murmuro contra el hombro de Ivy.

Ella empieza a reírse inmediatamente, todavía medio abrazada a mi cuello.

—Creo que lo estamos traumando.

Bruno mueve la cola una vez y vuelve a ladrar.

—Perfecto —resoplo—. Primero las sartenes y ahora el perro.

—Tenemos claramente a los enseres de cocina y a los animales en contra de esta relación.

—Bruno, te hemos dado de comer hoy cuatro veces —le recuerdo al perro—. Esto es una ingratitud absoluta.

El animal responde moviendo la cola otra vez antes de apoyar las patas delanteras sobre el sofá como si quisiera supervisar la situación de cerca.

Ella se ríe más fuerte y acaba escondiendo la cara contra mi cuello.

—Esto es humillante —murmuro.

—Está siendo muy protector contigo.

—Está haciendo de espía del pub —aseguro.

Bruno ladea la cabeza como si acabaran de pillarlo.

—¿Tú crees que sabe abrir puertas?

La pregunta me hace volver la vista hacia ella inmediatamente.

—Espero que no.

—Porque si no, acabamos de perder toda posibilidad de intimidad en este castillo.

—No sabía que esto ya era oficialmente una preocupación para ti.

—Ewan, el perro acaba de interrumpirnos con energía de padre escandalizado.

Bruno vuelve a ladrar una vez, como si quisiera participar activamente en la conversación.

Ivy señala al animal con absoluta solemnidad.

—¿Ves? Nos está juzgando.

—Bruno juzga a cualquiera que no le dé comida constantemente.

Ella sonríe otra vez y noto cómo sus dedos juegan distraídamente con el cuello de mi camiseta mientras me observa más de cerca.

—Entonces seguiremos esto arriba. En una habitación sin espectadores.

La miro unos segundos sin responder mientras la lluvia sigue golpeando los cristales detrás de nosotros y Bruno resopla indignado porque claramente considera que la conversación está tomando un rumbo incorrecto.

—Eres un problema serio —le digo.

—Y tú sigues actuando como si no te gustara.

Ivy me sostiene la mirada unos segundos más antes de besarme otra vez, lenta, tranquila, y noto inmediatamente cómo todo mi autocontrol empieza a desmoronarse con una facilidad preocupante.

Bruno vuelve a ladrar. Suelto aire contra su boca mientras niego con la cabeza.

—Definitivamente nos odia —suelto.

—No. Solo quiere seguir formando parte del grupo. Huyamos a la francesa en cuanto esté distraído.

La risa se le vuelve a escapar entre beso y beso, y el corazón se me encoge un poco al reconocer, que hacía muchísimo tiempo que no me sentía así de vivo por algo tan pequeño.

37

Ivy

Descubro que Ewan lleva *kilt* exactamente diez segundos antes de parecer una mujer lobotimizada. Porque aparece en el vestíbulo mientras termino de ponerme los pendientes delante del espejo y, durante un instante bastante vergonzoso, me quedo quieta mirándolo con la boca abierta.

La culpa es completamente suya esta vez.

El *kilt* oscuro le cae impecable sobre las piernas, combinado con una camisa negra remangada y una chaqueta gris carbón que consigue que parezca atractivo de una forma muy poco razonable para un hombre que pasa media vida peleándose con vigas, escaleras torcidas y muebles del siglo pasado.

Él ni siquiera parece consciente del efecto que causa. Solo termina de ajustarse el reloj mientras baja el último escalón con total normalidad.

—¿Qué? —pregunta al notar que sigo mirándolo.

—Solo estaba pensando que los hombres con falda escocesa deberían venir con advertencia sanitaria por posible episodio cardiaco.

—Es solo un *kilt*.

—Lo sé. Pero entenderás que ahora mismo me cuesta bastante concentrarme en tecnicismos.

—No sabía que eras tan fan de la prenda —dice mientras coge las llaves del coche de la mesa.

—No lo era —admito mientras me pongo el abrigo—. Pero empiezo a entender por qué Escocia se siente tan orgullosa de ellos.

—Es ropa, solo eso.

—No. *Solo ropa* son unos vaqueros. Esto es una estrategia de seducción.

—Como siempre, exageras, Ivy Harper.

—¿Y a qué debo el despliegue tradicional? —pregunto mientras lo sigo hacia la puerta principal.

—Hay un local en la carretera del lago que hace comida especial los domingos. Música en directo, menú típico… esas cosas. Reservé mesa esta mañana.

Y ahí está el inconveniente de Ewan MacKenzie. Que tiene la capacidad emocional de una maceta durante el noventa por ciento del tiempo… hasta que, de repente, hace algo así y deja a una completamente desarmada.

Salimos al exterior y el aire frío me golpea inmediatamente la cara. El cielo está despejado por primera vez en días y refleja una luz gris azulada entre las colinas que hace que todo alrededor parezca exageradamente bonito.

O quizá sea él.

Ewan abre la puerta del coche antes de que pueda hacerlo yo.

—Sube antes de que me arrepienta de invitarte a comer.

Sonrío mientras entro.

***

El sitio es pequeño, antiguo y construido prácticamente encima del lago, con grandes ventanales orientados hacia el agua y una chimenea enorme encendida en el comedor principal. Al fondo, junto

a otra sala más pequeña, un hombre toca música *folk* con una guitarra mientras varias parejas mayores terminan el postre entre conversaciones tranquilas.

La mesa que nos han asignado, está junto a una de las ventanas y las vistas del lago resultan tan bonitas que me obligan a sospechar que alguien en Escocia se toma demasiado en serio la ambientación romántica.

—Esto es espectacular —murmuro mientras me siento.

Ewan ocupa la silla de enfrente y se encoge ligeramente de hombros.

—Pensé que te gustaría.

La camarera deja la carta sobre la mesa y se marcha después de sonreírle a Ewan con familiaridad.

—Te ha mirado.

Él levanta una ceja.

—Es la camarera, lo hace con todo el mundo.

—No. Era mirada de: *hombre alto con falda tradicional y mandíbula ilegal.*

—¿Mandíbula ilegal?

—Totalmente denunciable, querido.

Ewan baja la vista hacia la carta intentando esconder una sonrisa. Cada vez me gusta más verlo así. Menos escondido detrás de respuestas secas. Como si se hubiera rendido y dejado de pelear constantemente contra todo.

Incluyéndome a mí.

Al final pedimos el menú especial del domingo que Ewan llevaba recomendándome desde que salimos del castillo: *roast beef* con gravy, verduras asadas, *Yorkshire pudding* y una montaña de patatas que probablemente podría alimentar a una familia pequeña durante una semana.

El olor a carne asada, mantequilla y salsa caliente llena inmediatamente el espacio entre nosotros mientras fuera el cielo empieza a oscurecerse detrás de las ventanas empañadas del pub.

Pruebo un trozo de carne y cierro los ojos un segundo.

—Vale. Entiendo muchas cosas sobre este país ahora mismo.

Ewan corta tranquilamente otro trozo.

—¿Como cuáles?

—Que sobrevivís al clima gracias a esto.

La camarera vuelve a pasar junto a nuestra mesa y deja más salsa sin que nadie la haya pedido.

—Definitivamente le caes bien —murmuro.

Ewan niega ligeramente con la cabeza mientras vuelve a mirar el plato.

La comida ha durado casi tres horas. En parte por el vino y por la música. Y porque por primera vez desde que llegué, Ewan parece olvidarse un poco de vigilarse constantemente. Nunca del todo, pero sí lo suficiente para que empiece a aparecer una versión suya mucho más fácil de querer.

La tercera botella de vino llega cuando ya han apartado los platos y el músico cambia la guitarra por una melodía más lenta que hace que varias parejas se levanten hacia el pequeño espacio libre junto a la chimenea.

—Ni se te ocurra —cuchichea.

—¿Por qué?

—Porque estás haciendo el gesto que significa problemas.

—No me acuses de problemática. Soy un encanto.

—Te acuso y está basada en hechos reales.

—Solo quiero señalar que hay gente bailando y tú llevas *kilt* oficial. Sería un crimen no aprovecharlo.

—No voy a bailar.

—Qué decepción.

—Sobrevivirás.

Lo observo un momento por encima del borde de la copa.

—Tienes miedo.

—¿Miedo?

—Lo he visto en películas. El hombre reprimido evita bailar porque podría despertar sentimientos incontrolables.

La expresión que me dedica podría fulminarme allí mismo.

—Cada vez estoy más convencido de que has hecho bien en pedir una excedencia. Lees demasiadas novelas.

—Y yo cada vez más convencida de que deberías divertirte aunque sea una vez al año.

—Ya me estoy divirtiendo. Además, no bailo bien.

—Eso lo veremos.

Me levanto antes de que pueda protestar y le tiendo la mano por encima de la mesa.

Él la mira. Después me mira a mí.

—No.

—Sí.

—No pienso humillarme delante de medio pueblo.

—Ewan, ya eres automáticamente el hombre más observado de esta sala.

La comisura de su boca tiembla levemente.

Victoria.

—Cinco minutos —señala al final mientras se levanta—. Y si piso algo, será tu responsabilidad.

—Asumo el riesgo.

Su mano rodea la mía en cuanto llegamos junto a la chimenea.

Al principio se mueve rígido, claramente incómodo, pero después de un par de canciones algo cambia.

Empieza a seguir el ritmo sin pensar tanto. Y yo termino riéndome tanto que me duele el estómago cuando intenta girarme y casi chocamos contra una pareja que nos observa con cara de haber vivido exactamente esta historia hace cuarenta años.

—Tenías razón. Eres pésimo bailando —mascullo entre risas.

—Y aun así has insistido.

—Porque verte intentar parecer serio mientras haces esto es probablemente una de las mejores cosas que me han pasado este año.

Ewan resopla cerca de mi oído.

—El vino te está afectando bastante.

—Y tú estás mucho más guapo de lo recomendable.

La música sigue sonando alrededor mientras el resto del local se difumina poco a poco. Y durante unos segundos tengo la sensación de que podríamos quedarnos atrapados exactamente aquí para siempre.

La canción termina demasiado pronto.

—Creo que necesito aire —suelto con una sonrisa.

—Y agua.

—Eso también.

Volvemos a la mesa todavía riéndonos un poco y el resto de la tarde se desliza de forma extraña y suave entre más vino, música y conversaciones que ninguno intenta terminar demasiado rápido.

Cuando salimos del hotel el sol ya empieza a caer detrás del lago y el aire frío de la tarde se me pega inmediatamente las mejillas.

Ewan me pasa el abrigo antes incluso de que tenga que pedírselo. Otro detalle pequeño que ya empieza a dolerme un poco. Porque mañana se acaba.

Y los dos lo sabemos.

38

Ewan

La habitación permanece en silencio, envuelta en esa penumbra tranquila cuando cae la noche, salvo por el viento suave golpeando alguna ventana lejana y nuestras respiraciones todavía algo descompuestas después de hace apenas unos minutos.

Ella tiene la sábana recogida contra el pecho y el pelo completamente revuelto sobre los hombros. Yo sigo tumbado boca arriba, intentando recuperarme.

Mala suerte con eso.

Porque lo único que consigo pensar es que nada de esto debería haberse sentido tan bien.

Ivy gira la cabeza hacia el reloj de la mesilla.

Después suspira despacio, e inmediatamente el sonido me pone alerta inmediatamente.

Se aparta la sábana y empieza a buscar su ropa por el suelo.

Frunzo ligeramente el ceño.

—¿Qué haces?

—Voy a dormir a mi habitación.

La frase tarda un segundo en atravesarme entero.

—¿Por qué?

Ella recoge el jersey del suelo antes de responder. No me mira enseguida.

—Porque despedirse desde el otro lado del pasillo parece más fácil que hacerlo desde tu cama.

El silencio que queda después resulta peor que cualquier discusión que hayamos tenido hasta ahora. Ivy termina de ponerse el jersey mientras yo sigo inmóvil, observándola desde la cama. Porque entiendo perfectamente lo que acaba de decir.

Y porque odio bastante que tenga sentido.

—Solo quedan unas horas —añade ella con una pequeña sonrisa cansada que no le llega del todo a los ojos—. Creo que resistiremos.

Recoge el resto de su ropa y yo noto algo desagradable emplazándose paulatinamente en mitad del pecho.

—No tienes que irte ahora.

—Precisamente por eso debería hacerlo.

Ella termina de vestirse en silencio. Y lo peor es que la habitación ya empieza a sentirse distinta incluso antes de que abra la puerta.

Ivy se detiene junto a la salida y vuelve la cabeza hacia mí.

—Buenas noches, gruñón.

La puerta se cierra despacio detrás de ella. El sigilo que deja es inmediato. Brutal y devastador.

Me paso una mano por la cara y dejo caer la cabeza contra el cabecero de la cama.

Exactamente lo que quería evitar.

Porque durante unos días había conseguido olvidar algo importante: que la gente termina marchándose igual, aunque tú vuelvas a sentirte vivo mientras están aquí. Y ahora solo quedan unas horas para que Ivy también lo haga.

40

Ewan

El lunes amanece demasiado pesimista para mi gusto.

No por el tiempo, sino por el ambiente. El castillo lleva raro desde anoche. O quizá el raro soy yo.

Ivy aparece en la cocina poco después de las nueve. Se detiene un segundo al verme y yo noto inmediatamente ese instante difícil en el que ambos recordamos exactamente cómo terminó el día anterior.

—Buenos días —dice ella.

Su voz suena normal. Como si hubiese decidido fingir que dormir en habitaciones separadas después de pasar media noche juntos era una decisión completamente lógica y no algo que todavía me sigue jodiendo la mente.

Empieza a prepararse té mientras yo termino de cortar pan. Los dos moviéndonos por la cocina con cuidado de no rozarnos demasiado. El tipo de comportamiento maduro de dos personas que visiblemente lo tienen todo bajo control.

El móvil de Ivy vibra sobre la mesa.

—Es Callum.

Mi cuerpo se tensa antes de que pueda evitarlo. Ivy me mira de reojo mientras descuelga.

—Hola. ¿Sí?...Ah… Vale.

La expresión de Ivy cambia poco a poco mientras escucha. Primero sorpresa. Luego algo mucho más difícil de identificar.

Cuando cuelga, sigue mirando la pantalla un segundo más antes de dejar el móvil.

—El coche arranca ya —dice al final.

Pasa el dedo por el borde del teléfono antes de seguir hablando.

—Pero la pieza nueva está dando problemas con la transmisión. Dice que necesita un par de días más. Tres como mucho. Bueno —murmura ella al final, intentando sonar ligera mientras se aparta un mechón—. Parece que este pueblo todavía no quiere librarse de mí.

Doy un trago demasiado largo al café que ya se me ha quedado frío, intentando ignorar la sacudida extraña que acaba de darme debajo de las costillas.

—¿No vas a decir nada? —suelta ante mi mutismo —Deberías alegrarte que pueda ayudarte a terminar la *suite*.

—Estaba pensando justo eso —respondo.

—Pareces cabreado de nuevo.

—Tal y como me trataste anoche, lo estoy.

Ivy parpadea una vez.

—¿Te traté mal acaso?

—Sabes perfectamente de qué hablo.

—Ewan, me fui a dormir a mi habitación. No te declaré la guerra.

—No. Solo decidiste huir de mi cama antes de que amaneciera.

—Teníamos un pacto de sexo sin compromiso este fin de semana. —Cruza los brazos sobre el pecho.

Dicho ahora suena demasiado clínico, muy frío, como si todo se pudiera reducir a eso

—Perfecto —alego antes de pensar demasiado en ello—. Pues ya es lunes. Habrá que ceñirse al maldito plan.

—¿Eso significa que vas a volver a ser el Ewan del principio?

Sostengo la taza entre las dos manos para que ella no note que estoy temblando un poco.

—Efectivamente —ni siquiera yo termino de creerme del todo la voz con la que le digo esto.

—Vale, como quieras. Supongo que volvemos a las normas iniciales.

Asiento una sola vez.

—Sí.

—Pues procuraré no molestarte mucho. Me iré al pueblo a ver a Bruno y a Morag.

—Me parece una idea estupenda, mejor que la que tuviste anoche.

—Vale —indica más tranquila—. Entiendo el mensaje.

—No hay ningún mensaje.

—Sí lo hay, Ewan. Siempre lo hay contigo. El problema es que nunca lo dices completo.

Pasa por mi lado hacia la puerta de la cocina. Su jersey roza mi brazo al cruzarse conmigo. Solo eso basta para que el cuerpo entero reaccione antes que el cerebro.

Y durante un intervalo parece que va a decir algo que me calme, pero no lo hace, solo da otro paso hacia el pasillo.

—Voy a cambiarme y te dejo solo—musita.

La observo desaparecer escaleras arriba mientras aprieto demasiado fuerte los puños.

La distancia solo era una buena idea mientras todavía no sabía lo que era tenerla cerca.

41

Ivy

Morag me mira exactamente tres segundos antes de sonreír como una mujer que acaba de confirmar una teoría científica largamente estudiada.

—Ah —dice escuetamente—. Ya os habéis acostado.

Casi me atraganto con el primer sorbo de cerveza a las once de la mañana.

La necesito.

—¿Perdón?

—Cariño, llevo viendo cómo os miráis desde hace días. El milagro habría sido que no ocurriera.

Resoplo mientras dejo el vaso sobre la barra. El pub está bastante tranquilo esta hora de la mañana. Apenas un par de hombres jugando a las cartas junto a la ventana y música sonando baja desde una radio antigua detrás del mostrador. Perfecto para huir un rato de Ewan MacKenzie y de mi evidente incapacidad para comportarme como una persona equilibrada.

Morag se apoya en la barra frente a mí.

—Entonces… ¿qué ha pasado?

Me paso una mano por el pelo antes de responder.

—Nada grave.

La cara que me dedica deja clarísimo que no se cree absolutamente nada de eso.

—Eso en lenguaje femenino suele significar *ha pasado algo bastante comprometido.*

—No. Solo ha sido… incómodo.

Ella arquea una ceja invitándome a continuar. Y me fastidia un poco lo fácil que resulta acabar contándole cosas a esta mujer.

—Anoche estuvimos juntos y esta mañana ha decidido volver a convertirse en el Ewan antipático de los primeros días.

Ella ni siquiera parece sorprendida.

—Mmm.

—No hagas mmm. No me gusta cuando la gente hace eso.

—Y yo odio cuando la gente intenta resumir trastornos complicados como si fueran instrucciones de microondas.

Doy otro sorbo a la cerveza.

—Dice que teníamos un pacto de sexo sin compromiso el fin de semana y que ahora deberíamos volver al plan original.

—¿Y tú qué quieres?

La pregunta me pilla desprevenida.

—No lo sé —admito al final—. Bueno… sí lo sé. Quiero seguir acostándome con él porque ese hombre parece diseñado por una secta especializada en arruinar la vida a las mujeres.

—Eso ya lo sabíamos —suelta una carcajada.

—Pero no significa nada más. Solo es atracción física. Y además no nos llevamos bien del todo.

—Claro.

—Es verdad —insisto.

—Por supuesto, querida.

Entorno los ojos.

—Morag, lo digo en serio.

—¿Qué? Discutís constantemente, os miráis como si el resto del pueblo os molestara y él lleva sonriendo más esta semana que en todo un año. Entenderás que me cuesta muchísimo comprar lo de *solo atracción física.*

Abro la boca para responder. La cierro otra vez.

—¿Y qué pasó exactamente anoche? —curiosea.

—Después de… bueno, después, le dije que prefería dormir en mi habitación. Porque pensé que sería más fácil así.

—¿Más fácil para quién?

Resoplo despacio.

—Para los dos.

—Y el pobre idiota se lo tomó como rechazo, ¿no?

—No era rechazo.

—Lo sé yo y probablemente también lo sabe él. El problema es que hay cosas que uno entiende con la cabeza y otras que entiende con las tripas.

Morag me observa con una mezcla rara de ternura y diversión.

—Creo que igual te pasaste un poco de pragmática, cariño.

—¿Pragmática?

—Sí. Esa manía moderna vuestra de intentar convertir las relaciones en un contrato temporal divinamente gestionado.

—Suena horrible explicado así.

—Porque lo es.

Apoyo la mejilla sobre una mano mientras miro distraídamente la espuma de la cerveza.

—Solo quería que doliera menos.

—Ahí está el problema. Las cosas importantes siempre duelen un poco, Ivy. La gente que intenta evitar eso normalmente acaba haciéndose todavía más daño.

—No sé si esto es importante —farfullo.

—Precisamente la gente empieza a hacerse ese tipo de preguntas cuando algo ya les importa más de lo conveniente.

Resoplo y miro por la ventana del pub. Algunas personas cruzan la calle principal cargando bolsas mientras el pueblo sigue con ese sosiego que tiene todo aquí, como si nadie hubiera tenido jamás una crisis seria en las Highlands.

—Además —continúa Morag—, Ewan no sabe encargarse de según qué cosas.

—Eso ya lo había notado.

—No, cariño. Tú has notado que gruñe mucho y que tiene cara de querer discutir con el mundo entero. Yo estoy hablando de otra cosa.

Vuelvo a mirarla.

—Ese hombre lleva tiempo viviendo solo en ese castillo porque le resulta más fácil controlar las habitaciones que a las personas. Todo lo que puede romperse dentro de una casa se arregla con herramientas. Lo demás no. ¿Sabes cuál es el problema de los hombres como él?

—¿Cuál?

—Que cuando empiezan a sentirse felices de verdad, se asustan muchísimo más que cuando están tristes. Y tú tampoco eres precisamente inocente aquí.

Frunzo el ceño.

—¿Ahora yo qué he hecho? —replico.

—Intentaste marcharte antes de hacerlo físicamente.

—Solo quería protegerme un poco —admito.

—Sí. Y él también.

La música de la radio cambia a una canción lenta al fondo del pub, mientras uno de los hombres empieza a reírse demasiado fuerte por algo que claramente no tenía tanta gracia.

Morag me no me quita ojo unos segundos más antes de hablar otra vez.

—La pregunta importante no es si vais a discutir otra vez.

—Porque vamos a hacerlo, obviamente —asumo en voz alta.

—Por supuesto. Sois agotadores. La pregunta importante es qué vais a hacer cuando deje de quedaros tiempo para seguir aparentando que esto era solo un juego.

Mierda, por mucho que yo insistiera en llamarlo *pacto temporal*, empezaba a sospechar que las cosas que más duelen no son las que duran poco. Son las que, sin darte cuenta, empiezan a hacerse sitio dentro de tu vida demasiado rápido.

—Gracias.

—¿Por escucharte despotricar durante un rato sobre tu gruñón favorito?

—Por ayudarme un poco a ordenar la cabeza.

—No se merecen, cariño. Aunque espero que los dos dejéis de comportaros como tontos antes de que me obliguéis a intervenir personalmente.

La amenaza resulta tan creíble viniendo de ella, que termino riéndome de verdad por primera vez en todo el día.

41

Ivy

Cuando vuelvo del pub, no escucho música, ni herramientas golpeando algo y, tampoco el sonido lejano de Ewan moviéndose por alguna parte. Solo viento colándose entre las piedras viejas y el crujido suave de la madera bajo mis botas mientras cierro la puerta principal.

Me quito el abrigo despacio y entonces escucho un qiuejido. La voz llega amortiguada desde el ala este.

Camino hacia allí siguiendo el sonido y lo encuentro junto a una de las ventanas desmontada, rodeado de herramientas y con una venda improvisada alrededor de la mano izquierda completamente empapada en sangre.

—¿Qué demonios has hecho?

Ewan levanta a la vista. Y, sinceramente, tiene bastante mala cara.

—Nada importante.

—Claro. Porque la gente suele sangrar litros por diversión.

Él resopla suavemente mientras aprieta la tela alrededor de la palma.

—Se me resbaló una pieza de metal.

Me acerco antes de que pueda seguir quitándole importancia y le agarro la muñeca para apartarle la venda improvisada.

—Estoy bien — Tensa sutilmente el brazo.

—Sí, eso dicen siempre los hombres justo antes de necesitar una cirugía urgente.

La sangre sigue brotando entre sus dedos y el corte resulta bastante más profundo de lo que esperaba.

—Siéntate.

—No hace falta.

—Ewan.

El tono debe de sonar suficientemente serio porque termina obedeciendo sin discutir más y se deja caer sobre una silla mientras voy al baño a buscar el botiquín.

Cuando vuelvo, sigue exactamente igual.

Me arrodillo frente a él y empiezo a limpiar la sangre con cuidado.

Aprieta la mandíbula en cuanto la gasa toca la herida.

—Eso significa que duele —musito.

—Gracias, doctora.

—De nada, paciente insoportable.

Mientras sigo curándole la mano, mi mente parece asumir automáticamente que cuidarlo tiene sentido.

Levanto la vista un momento. Él ya me está mirando.

—¿Qué? —pregunto.

Ewan tarda un segundo en responder.

—Nada.

—Te estás volviendo muy pesado usando mis propias frases contra mí. Además de estar perdiendo reflejos. Mira cómo has terminado.

—Estaba distraído.

Terminó de vendarle la mano despacio. Ninguno parece especialmente interesado en romper todavía la cercanía. Cuando levanto la vista otra vez, Ewan sigue observándome con esa expresión suya imposible de leer del todo.

—Te pondrás bien.

***

Después de cenar cada uno se refugia en extremos distintos del salón, fingiendo normalidad con una habilidad bastante mediocre.

Yo leo. Él mira algo en el móvil, pero ninguno presta atención real a lo que tiene delante.

El reloj marca casi la una cuando me levanto finalmente del sofá.

—Creo que voy a dormir.

Su mano vendada descansa sobre el brazo del sillón y durante un segundo parece que quiere decir algo antes de arrepentirse.

Me detengo junto a la puerta.

—Suéltalo.

Después deja el móvil sobre la mesa y se pasa una mano por la nuca.

—Quédate conmigo esta noche.

El corazón me da un pequeño tirón absurdo.

—¿Aquí?

—En mi cama, duerme conmigo.

—No creo que sea conveniente tener sexo después de esa herida.

La comisura de su boca se mueve apenas.

—Sin sexo y sin discutir tampoco, si puede ser.

—Si lo necesitas, lo haré.

Note de inmediato que si el alivio acabara de pillarlo desprevenido.

—Cuando me corté… —empieza, aunque tarda un instante en continuar— pensé que no era nada. Luego vi toda la sangre y…

Se interrumpe. Molesto consigo mismo, como si le molestara verbalizar algo tan humano.

Deja escapar aire lentamente por la nariz antes de seguir hablando.

—Y de repente el castillo estaba vacío. No estabas. Y me di cuenta de que llevaba todo el día esperando escucharte entrar por la puerta.

Se mira la venda de la mano.

—Supongo que me asusté un poco.

Me acerco un paso.

—Yo también me asusté.

—¿Por la sangre?

Niego suavemente.

—Por ti.

El silencio que sigue resulta tan íntimo que tengo la sensación de que incluso el castillo contiene la respiración.

Ewan me mira unos segundos larguísimos.

Después asiente apenas.

***

La habitación está fría cuando entramos un rato después.

Ewan se quita la ropa con cuidado para no mover demasiado la mano, mientras yo aparto la colcha y me meto en la cama intentando ignorar la tensión extraña que hay entre los dos.

Él apaga la lámpara de la mesilla y escucho el ruido de las sábanas mientras se acomoda a mi lado. Después el colchón se hunde ligeramente más y él se acerca.

Su brazo rodea mi cintura con cuidado y, antes de que pueda pensar demasiado en ello, termina escondiendo la cara contra mi cuello de una forma tan desprotegida que algo dentro de mí se derrite inmediatamente.

Madre mía.

Porque de repente ya no parece el hombre imposible y gruñón que discute conmigo, solo parece alguien agotado que necesitaba que otra persona se quedara con él para cuidarlo. Le paso los dedos lentamente por el pelo mientras noto cómo su respiración empieza a hacerse más lenta contra mi piel.

—¿Mejor? —le pregunto en un susurro.

—Sí —la palabra vibra amortiguada contra mi cuello.

42

Ivy

A la mañana siguiente la herida tiene peor aspecto.

Ewan intenta fingir que no pasa nada mientras desayuna, pero la venda está manchada otra vez y el borde del corte se ve inflamado incluso desde enfrente de la mesa.

—Necesitas puntos.

—Necesito café.

Él resopla suavemente mientras termina el último sorbo.

—Esto pasa por diagnosticarme cosas.

—Disculpa, pero la culpa es toda tuya por intentar abrirte la mano por estar distraído.

Seguimos siendo incapaces de mantener conversaciones normales sin culparnos el uno al otro, y no sé si es buena o mala señal.

—Quieras o no, hay que ir al ambulatorio. Y no acepto replicas.

—Eres muy mandamás, ¿lo sabías?

—Y tú muy irresponsable para ser un adulto.

Me levanto para recoger los platos mientras él sigue apoyado contra la silla con expresión resignada.

—Además —añado mientras llevo las cosas al fregadero—, con una sola mano útil no deberías conducir.

—Puedo conducir perfectamente.

—Ayer casi te desmayas viendo sangre.

—No me desmayé.

—Porque llegué yo.

Eso lo deja callado un segundo, y tan solo escucho cómo aparta la silla y se levanta despacio.

—Te has adaptado demasiado rápido a ser la anfitriona en mi casa.

No puedo evitar sonreír un poco mientras cierro el grifo.

—Alguien tiene que mantenerte vivo.

—Llevaba sobreviviendo bastante bien antes de que aparecieras.

—Sí. Se nota muchísimo.

***

Media hora después conduzco carretera abajo hacia el pueblo mientras él va indicándome el camino desde el asiento del copiloto.

—En la próxima curva gira a la izquierda —dice mientras acomoda la mano vendada sobre la pierna.

—¿Siempre das instrucciones así de mal? Tu tono. Suena como si estuvieras guiando una operación militar.

—Es una carretera con dos curvas.

—Precisamente. Relájate un poco, comandante.

—Me parece raro verte conducir mi coche.

—¿Raro bien o raro mal?

Ewan apoya la cabeza contra el asiento y mira hacia el paisaje que se abre al otro lado de la ventanilla.

—Todavía no lo tengo claro.

El ambulatorio del pueblo ocupa un edificio pequeño junto a la farmacia y huele exactamente igual que todos los centros médicos del planeta: desinfectante, calefacción demasiado alta y resignación humana.

La médica levanta la vista del ordenador en cuanto entramos. Y sonríe inmediatamente al ver a Ewan.

Interesante.

—Mira quién sigue intentando lesionarse para llamar la atención —dice ella mientras se levanta.

Suspira ya cansado.

—Hola, Jess.

*Jess, p*erfecto nombre para arruinarme la mañana.

La doctora se acerca para examinarle la mano y noto

—Siéntate antes de desmayarte por sensibilidad masculina —dice ella.

—Nunca me he desmayado.

—Todavía.

Ella prepara el material y yo me quedo apoyada contra la pared intentando convencerme de que no me importa absolutamente nada la manera en que ella le toca el brazo al pasar.

—¿Sigues viviendo encerrado en el castillo? —pregunta mientras le retira la venda.

—Más o menos.

—Qué sorpresa.

La sonrisa que comparten dura apenas un segundo.

Suficiente.

Y me jode i entenderlo al instante.

Ella termina de revisar el corte antes de levantar la vista.

—Necesitas puntos.

Lo miro.

—Qué raro. Exactamente lo que dije yo.

Ewan ni siquiera parece escucharme. Sigue hablando con ella sobre no sé qué fiesta del pueblo del año pasado y, sinceramente, ahora mismo me cae mal hasta su capacidad de vocalizar correctamente.

Qué experiencia tan enriquecedora.

Termina de ponerle los puntos unos minutos después y se aparta los guantes antes de sonreírle otra vez.

—Intenta no pelearte con más ventanas antiguas esta semana.

—No prometo nada.

Ella se ríe. Demasiado para mi gusto.

Cuando salimos del ambulatorio, el aire frío me golpea inmediatamente la cara y camino varios metros en silencio antes de hablar.

—Así que Jess.

Ewan me mira de reojo.

—Sí. Jess.

—Parece que os conocéis bastante bien.

—Es la médica del pueblo.

Entorno los ojos.

—Ewan, últimamente mientes fatal.

Él suspira.

—Tuvimos algo hace tiempo.

—¿*Algo* cuánto exactamente? Porque me dijiste que hacía un año que no estabas así con nadie.

—Un par de veces.

No sé por qué eso me molesta tanto. Pero me molesta.

Muchísimo.

—Qué curioso.

Ewan frunce ligeramente el ceño mientras seguimos caminando hacia el coche.

—¿El qué?

Cruzo los brazos sobre el pecho antes de mirarlo.

—Con ella parece que todo fue bastante sencillo. Pero conmigo te pasaste castigándome te porque me fui a dormir a otra habitación.

Se queda quieto junto al coche antes de pasar la lengua lentamente por el interior de la mejilla.

—Si todavía no entiendes la diferencia, entonces llevas días observándome bastante peor de lo que creía.

Vale. Entiendo perfectamente lo que quiere decir.

Y precisamente por eso necesito que lo diga claro de una vez.

Lo observo unos segundos junto al coche, con el viento frío moviéndome el pelo alrededor de la cara mientras él sigue mirándome como si acabara de soltar algo mucho más grande de lo que pretendía.

—Entonces dime tú cuál es la diferencia entre ella y yo.

—Con ella fue fácil —dice al final—. Tú eres un puto desastre.

Parpadeo.

—Qué declaración tan bonita. Casi lloro.

No sonríe esta vez. Da un paso hacia mí despacio, con la mano vendada apoyada contra el costado.

—No lo entiendes. Con ella nunca me importó si se iba al día siguiente o se iba a trabajar a otro pueblo. Nunca me molestó imaginar una casa vacía después. Solo fue sexo y no demasiado bueno.

Ewan MacKenzie diciendo verdades da muchísimo más miedo que cuando gruñe.

—Ewan…

Él mantiene la vista fija en mí, esperando algo que lleva demasiado tiempo conteniéndose y ya no estuviera seguro de saber hacerlo otra vez.

Yo termino de rendirme del todo.

—Creo que ya sabía la respuesta antes de preguntártelo.— suelto despacio, notando el corazón golpeándome demasiado.

—Contigo todo parece mucho más complicado… pero también muchísimo más real.

Baja la vista un instante hacia mi boca y me dice en voz baja:

—Ahora mismo solo quiero llegar al castillo y hacerte el amor como te mereces.

Madre mía.

La frase me abofetea tan fuerte que literalmente tengo que coger aire. Él no parece consciente de lo devastador que acaba de sonar eso.

—Eso rompe bastante el pacto del fin de semana —consigo soltar, aunque la voz ya no me sale del todo estable.

Da otro paso hacia mí. La mano buena me rodea la cintura.

—A la mierda el pacto.

43

Ewan

El trayecto de vuelta al castillo es probablemente el más pervertido de toda mi vida.

Ivy conduce con las dos manos sobre el volante y yo llevo los últimos veinte minutos mirando de reojo cómo el viento le mueve algunos mechones de pelo cada vez que abre un poco la ventanilla y, pensando cosas que definitivamente no ayudan a mantener ningún tipo de control mental.

Ella tampoco parece tranquila. Lo sé porque se muerde el interior de la mejilla cuando cree que no la estoy mirando. Y en la manera en que cambia demasiado rápido de marcha y en cómo evita mirarme directamente durante más de tres segundos seguidos.

Perfecto.

Ahora somos dos personas completamente incapaces de sobrevivir a un trayecto de quince minutos sin imaginarnos desnudos.

El castillo aparece finalmente al final del camino y ella reduce velocidad mientras las ruedas crujen sobre la grava húmeda.

Apaga el motor y suelta el volante despacio antes de girar ligeramente la cabeza hacia mí.

Y cometo el error de mirarla, porque ahí se acaba todo. La paciencia, la lógica, el raciocinio… Todo.

La beso antes incluso de pensar en hacerlo y ella responde con la misma prisa.

Mi mano buena se desliza hasta su nuca, atrayéndola hacia mí. Ella se hace hueco entre los asientos del coche y, en cuanto nuestros labios se encuentran, el beso se vuelve profundo al instante.

Nuestras bocas se devoran con una intensidad que hace que el aire desaparezca del coche. Su lengua busca la mía y yo respondo sin reservas, besándola con todo lo que tengo. El gemido suave que se le escapa vibra contra mis labios y me recorre entero.

Pero esta vez es distinto. Ya no queda rastro de esa tensión agresiva y contenida de los primeros días. Ahora hay algo mucho más profundo.

Sé exactamente cómo suena su respiración cuando el beso se intensifica. Sé el pequeño jadeo entrecortado que suelta cuando le muerdo con suavidad el labio inferior. Sé cómo sus dedos se aferran a las solapas de mi abrigo cuando deja de pensar, como si necesitara sujetarse. Y sé, sobre todo, cómo tiembla cuando arrastro mis labios despacio justo debajo de su mandíbula, en ese punto que siempre la deshace.

Y lo peor es que ella también me conoce a mí.

Conoce el gruñido bajo que se me escapa cuando me tira del pelo. Conoce cómo se me acelera el pulso cuando pasa la lengua por mi labio inferior. Conoce todas las formas exactas de besarme que me desarticulan por completo.

Mierda.

Esto ya no es solo un beso.

Es intimidad. Es memoria. Es la prueba de que cada vez que nos tocamos, nos acercamos más a algo que ya no podemos pasar por alto..

Y mientras nos besamos como si no existiera nada fuera de este coche, entiendo con total claridad que cada segundo con ella me ata un poco más.

—He echado de menos estos labios… —susurro contra su boca.

Ella me besa otra vez antes de responder.

—Subamos antes de que termine estampando tu coche contra una pared por tu culpa.

No puedo evitar una risa breve contra su cuello. Ahora incluso reírme empieza a resultarme más fácil cuando está cerca.

Salimos del coche casi tropezando entre nosotros y subimos las escaleras del castillo demasiado rápido, besándonos a mitad del vestíbulo antes siquiera de llegar al dormitorio.

Ivy termina riéndose cuando casi chocamos contra una mesa.

—Eres un desastre.

—Tú me pones nervioso.

La habitación está fría cuando entramos, pero apenas lo noto. Solo la noto a ella. Sus manos tirando de mí. Su respiración acelerada. La forma en que me mira cuando dejo de besarla un segundo.

Está igual de perdida que yo.

La beso más despacio cuando cae sobre la cama y ella me rodea la cintura con las piernas mientras me aparta el pelo de la frente con una ternura que me deja completamente indefenso. Intento apoyarme sin cargar demasiado peso sobre la mano herida y ella se separa unos centímetros para mirarme.

—Ve con cuidado, no querría tener que volver a ver a Jess.

—Ahora mismo me preocupa bastante más otra cosa.

—¿Ah, sí?

Asiento mientras le aparto un mechón de pelo de la cara.

—Sí. Porque llevo muchas horas manteniendo las distancias contigo… y resulta que herirme la mano ha funcionado muchísimo peor que besarte.

—Eso es muy bonito para venir de ti.

La observo unos segundos largos antes de responder.

—Tú me estás cambiando más de lo que me gustaría aceptar.

Nuestros labios vuelven a unirse, esta vez con una intensidad profunda. Mis manos recorren su cuerpo, quitando con cuidado cada prenda que aún nos separa. Ella hace lo mismo, deslizando las mías fuera de nuestro camino hasta que solo queda el calor desnudo de nuestra piel.

Cuando entro en ella, lo hago con una profundidad que nos arranca un suspiro compartido. Ella arquea la espalda, clavando las uñas suavemente en mis hombros, y por un instante el tiempo parece doblarse sobre sí mismo. Me muevo dentro con una cadencia que habla más que cualquier palabra: cada embestida es un reconocimiento, una entrega, una verdad que ya no podemos esconder

La habitación se llena de respiraciones entrecortadas y del sonido íntimo de nuestros cuerpos uniéndose. La miro a los ojos mientras nos entrelazamos, y en su mirada encuentro un universo entero. Cada embestida es una confesión silenciosa. Sus uñas marcan mi espalda con delicadeza, el placer crece como una marea imparable, subiendo por mi columna y por su cuerpo en olas cada vez más intensas.

Cuando llegamos al clímax, lo hace con fuerza. Ella se arquea debajo de mí, contrayéndose alrededor de mi erección con un gemido largo y tembloroso que me arrastra con ella.

Nos quedamos así, unidos, latiendo juntos en el silencio cuando se me cuela una idea bajo la piel: hay personas que entran en tu

vida por casualidad… y aun así terminan encontrando exactamente dónde hacerte vulnerable.

44

Ivy

Abro los ojos antes que él. Y eso ya resulta extraño de por sí, porque Ewan parece tener un pacto personal con levantarse al amanecer para pelearse con paredes, paneles o cualquier objeto antiguo que tenga la desgracia de existir cerca suyo.

La habitación permanece en silencio, todavía sumida en esa luz gris suave típica de las Highlands cuando el día aún no ha decidido del todo si merece la pena empezar. Tengo una pierna atrapada entre las suyas y uno de sus brazos rodeándome la cintura con una firmeza que hace bastante evidente que, incluso dormido, no tiene ninguna intención de dejarme ir demasiado lejos.

La verdad es que yo tampoco quiero moverme. Tan solo levanto un poco la cabeza para mirarlo mejor.

La barba le cubre la mandíbula de forma desigual después de varios días ignorando cualquier concepto relacionado con afeitarse y tiene el pelo todavía más desarreglado de lo normal, aplastado contra la almohada. La mano vendada descansa sobre mi cintura y su respiración lenta me roza el cuello de una forma tan serena que cuesta muchísimo relacionar a este hombre dormido con el gruñón insoportable que discute conmigo por todo.

Madre mía.

Paso los dedos con cuidado por su pelo apartándole un mechón de la frente y él protesta algo ininteligible entre sueños antes de acercarse todavía más a mí.

No sé cuándo, pero en algún momento entre el castillo, las discusiones y las noches compartidas, esto ha dejado de parecer una

aventura al uso de mi año sabático, y se ha convertido en algo mucho más difícil de abandonar.

Él abre los ojos unos segundos después. Parpadea despacio, claramente desorientado todavía, hasta que me ve mirándolo y entonces sonríe sonmoliento.

—Da miedo despertarse y encontrarte observándome así —la voz le sale ronca.

—Tú me miras constantemente y nadie te dice nada.

—Porque yo lo hago discretamente.

No puedo evitar reírme.

—Claro. Eres el James Bond del acoso visual.

—Exacto.

Cierra otra vez los ojos y me aprieta suavemente contra él, yaciendo la cara contra mi cuello con un suspiro lento.

—Me duele la mano y probablemente tú vas a obligarme a tomar unas cuantas medicinas.

—Qué tragedia tan terrible, que alguien se preocupe por ti.

—La peor de todas.

***

Una hora después estamos en la cocina. Yo llevo una de sus camisas, demasiado grande para mí, con las mangas remangadas varias veces, él insiste en que puede funcionar perfectamente con una sola mano y yo lo mientras intenta cortar pan sin mucho éxito.

Empiezo a ver las escenas como esta con mucho detenimiento, como si mi cabeza quisiera guardárselas para siempre.

—Déjame eso antes de que termines perdiendo otro dedo —digo acercándome.

—Confías muy poco en mis capacidades.

—Tus capacidades ayer intentaron desangrarse sobre una ventana.

Resopla mientras me deja quitarle el cuchillo.

—Sigues teniendo mala cara —murmuro mirando la venda.

—Gracias. Tú también estás radiante esta mañana.

—No hablo de atractivo. Hablo de infección.

—Muchísimo menos romántico.

—Eso está fatal puesto —suelto, al ver de reojo cómo lleva la venda.

—Sobreviviré.

—Sí, pero me está dando TOC solo de verlo. Dame la mano. —Dejo el cuchillo sobre la encimera.

—Cómo me mangoneas, Harper.

—Y tú qué obediente te has vuelto de repente.

Ewan termina alargando el brazo con resignación bastante mientras yo le deshago la venda lentamente.

—Ya está.

—Gracias. —Se mira la mano antes de devolverme la mirada.

Es en momentos como este, que ya ni siquiera noto el momento en que dejo de pensar en este sitio como algo temporal, en que ya no me siento de visita aquí.

Duele mucho porque Callum volverá a llamar en cualquier momento. Porque esto ya no se siente como una parada accidental del viaje, sino como esos últimos minutos en los que el partido ya debería haber terminado y aun así nadie quiere escuchar el pitido final.

La cuenta atrás sigue ahí, aunque aparentemos durante unas horas más que todavía no importa.

45

Ewan

La *suite* nos ocupa casi toda la tarde.

O, más concretamente, ella trabaja mientras yo protesto sentado sobre una mesa porque, según ella: *con una sola mano útil me he convertido en trabajador de atrezo.*

—No soy atrezo

—Tienes razón. Eres una interferencia con barba.—corrige mientras recoloca unas muestras de tela sobre la cama

Levanto la vista desde el portátil apoyado sobre una caja.

La música suena desde mi móvil apoyado junto a la ventana abierta apenas unos centímetros. Ivy lleva toda la tarde moviendo muebles, cambiando telas y criticando decisiones tomadas probablemente en 1998 por mi tío que tenía una relación rara con la luz natural.

La dejo hacer sin discutir demasiado. Aunque en algunos momentos me cuesta no picarla.

—Ese sillón estaba bien donde estaba —murmuro mientras la veo arrastrarlo unos centímetros.

—Estaba castigado mirando a la pared.

—Los sillones también necesitan tiempo para pensar.

Ella se ríe. Y su risa me golpea directo en alguna parte del corazón que últimamente parece funcionar peor de lo normal.

La observo deambular por la estancia, mientras sigue hablando sola sobre colores, iluminación y no sé qué maldición relacionada con unas cortinas. Y yo sigo mirándola embelesado más de la cuenta.

—Te estás arrepintiendo de dejarme tocar esta habitación, ¿verdad?

—Todavía no he decidido si esto es una reforma o una toma de poder —admito.

—Las grandes historias empiezan así.

Apoya las manos en la cintura y mira en derredor como si estuviera imaginando algo mucho más grande que unos muebles recolocados.

—Aunque admito que ahora da menos miedo —añade.

—¿La habitación o el castillo?

—Tú.

Suelto aire por la nariz mientras cierro el portátil.

—¿Qué pasa por esa cabeza ahora mismo?

—Estaba pensando que has conseguido hacer mucho ruido en muy poco tiempo.

—No tienes por qué poner esa cara cada vez que recuerdas que voy a marcharme.

—No es eso.

—Entonces explícame qué es.

Podría mentir. Soltar algo que no complique más esto.

Pero estoy cansado. Cansado de medir cada frase como si eso fuera a impedir lo inevitable.

—Es que ya eres parte de mi rutina aquí. Y no sé muy bien qué hacer con eso.

Lo digo con toda la honestidad del mundo, porque no somos imposibles por falta de afecto. Somos imposibles porque pertenecemos a vidas distintas.

—¿Sabes qué es lo peor? —murmura.

—Probablemente algo que no va a ayudarme demasiado.

Una sonrisa triste le cruza la cara.

—Que yo también estoy empezando a sentirlo.

Su móvil suena.

Callum.

La atmósfera cambia inmediatamente aunque la música continúa sonando. Pero el aire ya no entra igual en los pulmones.

—Cógelo —le digo, y me molesta lo fría que suena mi propia voz.

46

Ivy

La llamada de Callum se queda flotando por el castillo durante toda la tarde como un fantasma.

«El coche estará listo muy pronto».

Muy pronto. Dos palabras completamente estándar capaces de arruinarme el humor durante horas.

Cuando cae la noche, Ewan enciende el fuego del salón y termina sentado en el sofá mientras revisa algo en el portátil. Yo estoy tirada en la alfombra, rodeada de muestras de tela, catálogos y una taza de té ya medio fría.

Ninguno ha vuelto a hablar seriamente del coche. Ni de irme. Tampoco del hecho de que ahora todo parece funcionar con una especie de fecha de caducidad silenciosa cimentada entre nosotros.

La madera crepita dentro de la chimenea, mientras levanto distraídamente una caja vieja que estaba debajo de una de las mesas auxiliares buscando unas fotografías antiguas del castillo que él ha mencionado antes.

Dentro hay papeles, recibos, planos doblados y varias fotos antiguas.

Saco una despacio. Son Ewan y una mujer morena sentados sobre el capó de una furgoneta vieja frente al mar. Él lleva menos barba, el pelo más largo y una expresión muchísimo más liviana que ahora. Ella está riéndose de algo fuera de cámara con la cabeza apoyada sobre su hombro mientras él la mira.

No están posando. Él la mira de verdad.

Mila.

Hay algo en la imagen que encaja inmediatamente con todas las piezas que Ewan nunca ha terminado de explicar del todo. La felicidad un poco improvisada de las personas que creen que siempre tendrán tiempo para decidir qué hacer con su vida más adelante.

Paso el pulgar lentamente por el borde de la fotografía.

No siento celos, solo la repulsa a convertirme en otra persona bonita que Ewan recuerde dentro de unos año,s convertida en una historia que él cuenta con nostalgia mientras intenta convencerse de que las cosas importantes siempre duran poco.

Levanto la vista hacia él.

—¿Es Mila?

Aparta la atención del portátil inmediatamente. Mira la foto y su cara se convierte en la de alguien que acaba de encontrarse con una versión antigua de sí mismo.

—Sí.

—Parecéis felices.

—A veces lo éramos.

Termina cerrando el portátil y deja que el salón vuelva a llenarse únicamente con el sonido del fuego.

—Eso está bien —admito con sinceridad.

Él apoya la cabeza contra el respaldo del sofá mientras mira el techo unos segundos antes de responder.

—Sí, mientras ninguno preguntaba qué venía después.

Lo de esa chica no fue una tragedia romántica gigantesca para él, fue algo peor. Dos personas queriéndose mientras avanzaban en direcciones distintas. Londres y las Highlands tampoco parecen exactamente compatibles cuando las observas demasiado tiempo seguidas.

Ewan me mira desde el sofá. Sabe perfectamente hacia dónde se me acaba de ir la cabeza.

—Estás empezando a sacar conclusiones sola.

Entorno ligeramente los ojos. Porque, sinceramente, no sé qué conclusión exacta debería sacar de todo esto.

Dejo la fotografía otra vez dentro de la caja y me acerco al sofá despacio. Cuando me siento a su lado, termina rodeándome la cintura casi de inmediato, atrayéndome contra él. Apoyo la cabeza sobre su pecho y durante unos minutos ninguno dice nada.

Él me acaricia el brazo distraído antes de volver a hablar:

—Cuando alguien empieza a importarte demasiado… cualquier despedida se vuelve peor.

Me abrazo más fuerte a él sin pensar demasiado y él apoya la barbilla sobre mi pelo. Cierro los ojos y me concentro en el sonido de su respiración y es cuando me vuelve a la cabeza algo que Morag dijo ayer en el pub.

«Intentaste marcharte antes de hacerlo físicamente».

Tenía razón, hay despedidas que empiezan mucho antes de que alguien se marche.

47

Ivy

El pueblo parece otro cuando no llueve.

Levanto la vista hacia el cielo. No hace sol exactamente, pero después de tantos días de lluvia el hecho de poder respirar sin sentir agua impactándome en la cara ya cuenta como experiencia *premium*.

Ewan ha entrado en la farmacia hace unos diez minutos para reponer el botiquín del castillo después de que, según él: *nuestra convivencia haya demostrado niveles preocupantes de riesgo.*

Yo lo espero apoyada contra el coche con las manos escondidas dentro de las mangas de una de sus chaquetas. Por lo visto ya he cruzado esa línea invisible donde dejo de devolverle ropa y empiezo a apropiármela.

Jess cruza la calle hacia mí ajustándose el bolso al hombro con la energía de una persona que lleva demasiadas horas solucionando problemas ajenos sin cobrar suficiente por ello.

Cuando está a mi altura, sus ojos se fijan en la chaqueta que llevo puesta. Y luego directamente hacia la farmacia donde Ewan sigue dentro.

—Así que esto ya tiene esta pinta —comenta.

No puedo evitar reírme.

—No sé qué pinta dices exactamente.

—Acabo de volver de una visita a domicilio y me encuentro a Ewan MacKenzie comprando suministros médicos mientras tú llevas

puesta su ropa. Entenderás que necesito detalles. ¿Vosotros sois algo serio?

—Todo lo serio que puede ser una relación nacida de una avería inesperada de coche que me impidió seguir mi ruta de viaje.

—¿Sabes qué fue lo primero que pensé cuando te vi con él el otro día en la consulta?

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

Jess suelta una risa breve mientras mira hacia la farmacia.

—*Oh, no. Otra vez no.*

La miro sin entender del todo. Ella se da cuenta enseguida.

—Ewan y yo tuvimos algo—explica con naturalidad—. Bueno… *algo* quizá es una palabra demasiado ambiciosa. Fueron un par de encuentros, algo bastante casual cuando él acababa de llegar al pueblo.

—No pongas esa cara. Duramos poco.

—No estoy poniendo ninguna cara.. Estoy procesando información.

—Estás intentando decidir si necesitas ponerte celosa.

—No estoy celosa —admito con la boca pequeña.

—Nos llevábamos bien, ¿sabes? —continúa ella—. Mucho. Era divertido cuando se relajaba. Inteligente. Cuidadoso. Y ya entonces tenía esa costumbre de mirarte como si estuviera pensando demasiado todo el tiempo.

Reconozco esa descripción demasiado bien.

Jess mete las manos en los bolsillos antes de seguir hablando.

—Pero incluso cuando estábamos bien… siempre había una parte de él preparada para marcharse primero. Al principio pensé que simplemente no estaba interesado de verdad. Pero luego entendí que era casi peor.

—¿Peor?

—Canto más cómodo estaba, más distante intentaba parecer después.

Jess me observa unos segundos antes de añadir:

—No era crueldad. Nunca lo fue. Era… miedo. Del de verdad. La diferencia es que contigo no le está funcionando tan bien lo de poner distancia.

Miro otra vez hacia la farmacia. Ewan levanta la vista en ese momento y me encuentra inmediatamente al otro lado del cristal. Jess se da cuenta de la escena.

—Sí. Definitivamente lo va a pasar fatal cuando te marches.

Intento esconder lo que me ha dolido la frase apartándome un mechón de pelo detrás de la oreja mientras fuerzo una pequeña sonrisa.

—Bueno, tampoco creo que esto haya sido tan intenso.

—Soy médica rural. He visto hombres con clavos atravesándoles la pierna parecer bastante más tranquilos que Ewan MacKenzie cada vez que tú te alejas tres metros de él.

Antes de que pueda responder, la puerta de la farmacia se abre detrás de nosotras y él sale con una bolsa pequeña en la mano.

La mirada le va directamente a Jess primero y luego a mí, está intentando interpretar la conversación solo por nuestras caras.

Jess sonríe tranquila.

—Bueno, yo voy a dejaros antes de que este hombre empiece a pensar que estoy intentando robarle a su turista favorita. Cuídate la mano, MacKenzie.

Ella se marcha dejándonos solos en mitad de la calle.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta al final.

Intento sonar despreocupada mientras me meto las manos en los bolsillos.

—Que eres agotador. Nada que ya no sepa.

—Bastante justo.

Lo observo un instante más largo de lo normal. Con el pelo revuelto por el viento, la mano vendada y esa expresión cansada que solo le aparece después de decir demasiadas verdades seguidas.

48

Ewan

Callum no ha vuelto a llamar en todo el día.

El alivio que siento se parece a cuando una tormenta cambia de dirección en mitad del mar y, durante unas horas, el agua vuelve a quedarse quieta aunque todavía puedas ver nubes negras en el horizonte.

Una tregua.

Eso es.

Pequeña, temporal, y seguramente inútil. Aunque suficiente para que el cuerpo deje de prepararse constantemente para el impacto.

Desde ayer vivo pendiente del móvil de Ivy como si fuera un artefacto explosivo capaz de cambiarlo todo con una sola llamada.

—Antes de que hables —dice sin girarse de los fogones—, quiero dejar claro que esto es *fish and chips* auténtico.

Me apoyo en el marco de la puerta cruzándome de brazos.

—Eso explica por qué parece una actividad potencialmente peligrosa. Tú y el aceite caliente no os lleváis bien.

—Tu nivel de confianza en mí como cocinera me ofende.

—Mi nivel está basado en antecedentes recientes con sartenes incendiarias.

—No fue mi culpa y lo sabes —resopla y vuelve a concentrarse en la fritura.

Huele a comida frita, sal y algo ligeramente quemado que ella sigue fingiendo que no existe.

Nos sentamos en la mesa de la cocina con los platos todavía demasiado calientes y las ventanas abiertas unos centímetros dejando entrar aire frío saque el humo del aceite quemado.

Ivy habla mientras come.

Mucho. Como siempre.

—Cuando vuelva a Londres voy a necesitar semanas para desintoxicarme del silencio aquí —dice antes de coger otra patata—. Allí todo el mundo parece vivir muy estresado.

Asiento apenas.

—Probablemente por los alquileres imposibles.

—Eso también. Aunque me gustaría volver algún día.

—¿A Escocia?

—Claro. Quiero ver cómo queda el hotel cuando termines de reformarlo.

La imagino entrando otra vez por la puerta principal meses después. Mojada por la lluvia. Discutiendo conmigo antes siquiera de dejar la maleta.

Ivy sigue hablando.

—Además, alguien tendrá que comprobar que no conviertes el castillo en una cueva minimalista para turistas deprimidos.

—Eso era exactamente el concepto original.

Ella se ríe.

—También quiero ver a Morag otra vez. Y a Bruno. Y probablemente necesitaré comprobar si sobrevives sin que alguien

te obligue a usar medidas de seguridad cuando trabajes.

Vuelvo a imaginar cosas.

Ella aquí en Navidad. La cocina llena de ruido. mientras afuera nieva. Ivy cruzando el salón con uno de mis jerséis puestos. Los dos cocinando juntos. Volviendo del pub de noche.

Las imágenes aparecen solas en mi cabeza y el alma se me tensa inmediatamente después. Porque recuerdo la última vez que imaginé algo así con alguien.

Ivy sigue hablando completamente ajena al desastre silencioso que acaba de provocar.

—Y tú volverás al Mediterráneo cuando vendas el castillo —dice —. Te pega más eso que este clima de novela medieval.

Dejo el tenedor sobre el plato antes de responder.

—Probablemente —lo digo demasiado seco.

—¿Qué pasa? Hace un minuto estabas riéndote.

Me levanto de la mesa antes de mirarla demasiado tiempo.

—Tengo que revisar unas cosas arriba.

La decepción le cruza la cara y es suficiente para hacerme sentir como un auténtico imbécil.

—Claro, lo entiendo—murmura.

Recojo los platos sin necesidad real de hacerlo y me concentro demasiado en cualquier cosa que implique no acercarme otra vez a ella. Necesito recuperar algo de control.

Estoy fingiendo trabajar en el despacho cuando Ivy aparece en la puerta. Se queda apoyada contra el marco observándome antes de hablar.

—¿Qué te pasa?

Porque podría decirle la verdad.

Podría decir: *empiezo a imaginar cosas que no van a existir.*

O incluso: *me aterra que una parte de mí quiera que te quedes.*

Pero en lugar de eso digo:

—El tiempo.

Los dos sabemos que es mentira y a la vez verdad. Ya que al final eso es exactamente lo que ha terminado convirtiéndose en el problema de nosotros dos. El tiempo.

—Ha sido un día largo —me dice.

—Sí.

Silencio otra vez. La lámpara del escritorio ilumina solo una parte de la habitación y el resto permanece en penumbra alrededor de nosotros.

Ivy da un pequeño paso hacia dentro.

—Podríamos irnos a dormir.

—Quiero revisar unas cosas antes. Tú acuéstate si quieres —añado sin mirarla—. Yo subiré después.

—Te espero en la habitación.

Asiento y escucho sus pasos alejándose por el pasillo y el crujido de las escaleras mientras sube al dormitorio.

49

Ivy

Durante unos segundos todavía medio dormida extiendo la mano buscando a Ewan entre las sábanas, para acabar descubriendo que me he despertado sola.

Abro los ojos inmediatamente. La otra mitad de la cama sigue intacta. Me incorporo lentamente entre las mantas y noto la vergüenza llegarme de golpe unos segundos después. La noche anterior diciéndole: *Te espero en la habitación.* Y él decidiendo dormir en cualquier otro sitio antes que conmigo.

Bajo a la con cara de alguien que ha dormido fatal y lo encuentro allí, bebiendo café con la misma ropa de ayer.

—Buenos días.

Lo miro unos segundos.

—¿Dónde dormiste anoche?

—En el despacho.

—Qué detalle lo de avisar. Muy considerado —suelto con cierto enfado.

—No quería despertarte.

—¿Qué querías exactamente que entendiera, Ewan?

—No empieces —gruñe.

—No, explícamelo tú. Porque hace dos noches prácticamente me decías que mandáramos el pacto a la mierda y ahora desapareces de nuevo.

Ewan aprieta la mandíbula. Ese maldito gesto suyo que aparece justo antes de encerrarse completamente.

—Esto se está complicando demasiado.

—¿Sabes qué es lo peor? —levanto la voz acercándome un paso —. Que ni siquiera me estás dejando decidir si esto merece la pena. Lo haces tú solo. Constantemente.

—Ambos sabíamos que no merecería la pena, Ivy.

Abro los ojos como platos.

—No puedes hacerme sitio en tu vida de esta manera y luego actuar como si todo esto hubiera sido demasiado intenso, demasiado sentimental para tu gusto y herirme como si fuera una mierda.

—No estoy intentando herirte.

—Pues felicidades, porque te está saliendo increíblemente bien.

Ewan pasa una mano por su nuca con cansancio.

—No sé hacer esto bien.

Abro la boca para responder algo. Lo que sea. Pero el sonido de un motor entrando en el camino de grava nos corta de golpe.

Los dos giramos la cabeza automáticamente hacia la ventana.

Callum.

—Bueno —expreso apartándome de él—. Parece que el universo ha decidido acelerar la humillación.

—Ivy… —Ya estoy saliendo de la cocina antes de que termine la frase.

Subo las escaleras demasiado rápido, entro en la habitación y cierro la puerta con fuerza antes de apoyarme unos segundos contra ella intentando respirar normal.

No funciona bien.

Empiezo a meter ropa dentro de la maleta casi sin mirar lo que hago. Jerseys. Libros. El cargador. Las botas. La habitación empieza a vaciarse demasiado deprisa.

Desde la ventana veo mi coche aparcado frente al castillo y a Callum hablando con alguien junto al camino de grava. Tardo un segundo en reconocerla, es Morag. No puedo evitar preguntarme a quién demonios habrá dejado encargado del pub para venir hasta aquí en mitad de la mañana. Aunque, sinceramente, conociéndola, probablemente haya abandonado el local en manos del primer cliente utilitario que pasara cerca de la barra.

Ewan aparece junto al coche y Callum le señala algo bajo el capó mientras Morag observa la escena con los brazos cruzados.

Incluso desde arriba se nota que algo va mal. Que nosotros vamos mal.

Cierro la cremallera de la maleta y me obligo a bajar antes de seguir pensando demasiado.

Cuando salgo al exterior, Ewan levanta la vista inmediatamente al escuchar mis pasos sobre la grava.

—Muchacha —indica Callum incorporándose—. Ya debería funcionar sin problemas mecánicos durante una buena temporada.

—Increíble concepto —murmuro.

Morag me observa y después mira a Ewan.

—Ay, por el amor de Dios —resopla—. ¿Qué habéis hecho ahora?

—Nada —respondemos los dos al mismo tiempo.

Ella pone los ojos en blanco y Callum, con bastante instinto de supervivencia, decide revisar algo al otro lado del coche y desaparecer de la conversación.

Morag se y me abraza fuerte.

—Vas a volver —me dice bajito al oído.

Intento reírme un poco.

—Eso ha sonado menos a predicción y más a amenaza.

—Correcto.

Cuando se aparta, le lanza a Ewan una mirada capaz de atravesar piedra.

—Y tú deja ya de actuar como un hombre al que le da alergia ser feliz cinco minutos seguidos. Estoy mayor y cansada. Ya no tengo paciencia para idiotas.

Miro hacia el coche. Hacia la carretera y a cualquier cosa que no sea Ewan, aunque me resulta imposible no mirarlo por el rabillo del ojo, sobre todo, cuando sigue con los ojos fijos en mí, sin moverse, mientras el viento le despeina el pelo y la mano vendada cuelga inútilmente junto a su cuerpo.

—¿De verdad vas a irte ya? —pregunta al final—. ¿Así sin más?

Aprieto con fuerza el asa de la maleta antes de responder.

—Es lo que querías, ¿no? Tú mismo dijiste que ninguno debería complicar más las cosas.

—No he dicho que quiera que desaparezcas en cinco minutos.

—No hace falta que lo digas, Ewan. Llevas mucho tiempo intentando convencerte a ti mismo de que esto ha sido un error.

—No ha sido un error.

—Pues disimulas fatal.

Él deja escapar aire despacio y se acerca otro paso. Lo bastante para que vuelva a notar su calor cerca y el olor familiar de su jersey

Callum vuelve a desaparecer muy inteligentemente dentro del coche y, a varios metros, Morag finge mirar el móvil con el entusiasmo de alguien que claramente está escuchándolo todo.

—Si me quedo —murmuro más bajo ahora— esto solo va a hacerse más difícil.

Una parte de él quiere detenerme. Lo noto perfectamente. Está ahí, justo debajo de todo ese autocontrol con el que lleva días intentando convencerse de que alejarnos es lo correcto.

Pero al final hace lo de siempre. Se traga las palabras. Baja la vista hacia la maleta, aprieta la mandíbula y termina asintiendo sin añadir nada más.

Me obligo a apartar la vista de Ewan antes de terminar diciendo alguna estupidez y me giro hacia Callum.

—Te haré una transferencia en cuanto llegue a Londres, por aquí la cobertura no es muy buena —le digo intentando recuperar la voz normal—. Y más te vale fiarte de mí después de todo lo que ha sufrido este coche contigo.

—Tranquila. Después de todo lo que me ha hecho sufrir ese coche a mí, ya nos hemos convertido prácticamente en familia. ¿Entonces qué? ¿Vas a seguir la ruta por las Highlands o vuelves directamente al sur?

Miro un instante hacia la carretera antes de encogerme ligeramente de hombros.

—Lo decidiré sobre la marcha.

Morag se acerca y me coge las manos entre las suyas.

—Llámame de vez en cuando —señala mirándome muy seria.

—Cuenta con ello.

—Ha sido un placer conocerte, Ivy Harper.

—También ha sido un placer conocerte a ti. —Me aprieta las manos una última vez antes de soltarme despacio. Y ya no queda ninguna excusa más para seguir retrasando esto.

Miro el castillo una última vez antes de abrir la puerta del coche. Las ventanas. La piedra húmeda. La luz encendida en la cocina. Todo parece exactamente igual que hace diez minutos.

Y, aun así, siento que estoy dejando algo muchísimo más grande detrás de mí que un simple edificio viejo en mitad de las Highlands.

Dejo la maleta en el asiento trasero y me siento al volante intentando ignorar el nudo que tengo instalado en la garganta.

Él sigue ahí. Quieto.

Arranco el motor y el sonido rompe el silencio del patio inmediatamente. Nadie habla.

Callum se aparta unos pasos. Morag se cruza de brazos.

Levanto la vista hacia Ewan una última vez y después meto primera antes de arrepentirme.

El coche empieza a avanzar lentamente sobre la grava.

Él da un paso hacia delante instintivamente. Solo uno y lo veo detenerse inmediatamente después.

Aprieto las manos sobre el volante intentando no pensar demasiado mientras atravieso el camino principal y llego a la carretera. No vuelvo a mirar atrás enseguida. Solo cuando el castillo empieza a desaparecer entre los árboles.

50

Ewan

La asesora llega exactamente a las diez y cuarto de la mañana.

Hace exactamente una semana que vi el coche de Ivy desaparecer por el camino de grava, dejando atrás solo una nube de polvo y un silencio que aún no he conseguido llenar. Siete días que se me han hecho eternos y, al mismo tiempo, demasiado cortos.

Y, sinceramente, tampoco sé muy bien de qué me sorprendo.

Esto era exactamente lo que tenía que pasar. Fui yo quien convirtió la despedida en algo frío y rápido

No la detuve. No le pedí que se quedara. Ni siquiera fui capaz de decirle algo que sonara mínimamente parecido a la verdad.

Ivy tampoco ha llamado. ni un mensaje. Ni una estupidez enviada a las dos de la madrugada y ninguna foto absurda de Londres acompañada de algún comentario sarcástico sobre el té británico o el tráfico.

Nada.

Y una parte de mí piensa que es normal. ¿Para qué iba a escribir? Probablemente sigue procesando la cantidad exacta de imbécil que fui durante esos últimos días.

No puedo culparla demasiado por desaparecer así. Yo prácticamente le enseñé cómo hacerlo.

Es lo mejor para todos.

Cuando veo a la asesora bajar de su impecable Audi es que ojalá hubiera aparecido hace unas semanas. Antes de que todo se

complicara. Antes de Ivy.

—Claire Bennett —se presenta con una sonrisa profesional, estrechándome la mano con firmeza—. Empezaba a pensar que este castillo solo existía en las fotos.

—A veces yo también lo pienso —respondo, y la voz me sale más ronca de lo que pretendía.

Ella levanta la vista hacia la fachada con esa mirada calculadora de quien ya está valorando metros cuadrados y posibles innovaciones.

—Desde fuera sigue siendo impresionante.

No contesto. Mis ojos se han quedado clavados en la pequeña mancha de pintura azul que aún queda sobre una de las ventanas del segundo piso. Ivy insistió en probar ese tono. Pintó media pared, se manchó las manos y el pelo, y luego decidió que no le gustaba. Nunca llegamos a cubrirla.

Claire empieza el recorrido por la planta baja, platicando sin parar. Habla de compradores potenciales, de rentabilidad, de conversión en hotel boutique, de clientela extranjera adinerada. Yo asiento de vez en cuando, soltando algún *entiendo* o *claro*, pero apenas la escucho. Porque cada habitación guarda algo de ella.

En el salón principal todavía puedo verla sentada en el sofá con las piernas cruzadas, discutiendo conmigo sobre si *Rebecca* era una novela romántica o simplemente trágica. En la cocina sigo esperando ver la taza que siempre usaba junto al fregadero, aunque hace siete días que la guardé en el armario para no tener que mirarla cada mañana. Incluso en el pasillo me parece oír el eco lejano de su risa cuando se burlaba de mi forma de pronunciar ciertas palabras en gaélico.

—¿Todo bien? —pregunta Claire cuando llevamos unos minutos en la sala de música.

—Sí —miento, pasándome la mano por la nuca—. Solo… estoy cansado.

Seguimos avanzando. Cuando entramos en la *suite* principal, el golpe es más fuerte. Ahí está la escalera donde Ivy se subió para cambiar los cuadros, cantando fatal y sin ninguna vergüenza. Ahí está la zona donde discutimos sobre si tirar o no aquella horrible lámpara de los años ochenta. Ahí es donde la besé rato después como si no hubiera un mañana.

Claire habla de modernizar el baño, de abrir la distribución, de ganar luz natural. Yo solo puedo pensar en cómo olía su pelo cuando se acababa de duchar.

Cuando terminamos el recorrido y volvemos al vestíbulo, Claire cierra su *tablet* y me mira con expresión satisfecha.

—Sinceramente, Ewan, este sitio se vendería bastante rápido. En dos o tres semanas podríamos tener varias ofertas serias.

Hace un mes habría sentido alivio. Habría visto la venta como una liberación, una forma limpia de cerrar esta etapa y largarme a otro sitio, como siempre hago. Ahora solo siento un malestar sordo en el pecho.

Miro hacia la escalera principal, hacia el piso de arriba, hacia la puerta entreabierta de la habitación donde ella dormía. Pienso en las mañanas de esta última semana preparando café para dos sin darme cuenta, y luego tirando la segunda taza al fregadero con rabia.

—No sé —murmuro, casi para mí mismo.

Claire levanta una ceja, sorprendida.

—¿No sabes?

Me encojo de hombros, intentando parecer casual, aunque ambos sabemos que no lo estoy.

—Pensé que tendría más claro querer venderlo.

Ella asiente con paciencia, pero se nota que no entiende nada. Yo tampoco estoy seguro de entenderme. Solo sé que hace siete días vi a Ivy marcharse por ese camino de grava y que, desde entonces, este castillo ya no se siente como un proyecto temporal.

—Piénsalo bien —apunta, guardándose la tablet en el bolso—. Podrías sacar una buena cantidad de dinero con esta venta. Pasta gansa, la verdad. Está en una zona que cada vez interesa más a inversores extranjeros. Sería una muy buena operación para ti.

Asiento lentamente, sin mirarla del todo.

—Lo sé.

—Llámame en un par de días —añade con una sonrisa amable pero comercial—. No hay prisa inmediata, pero cuanto antes empecemos a moverlo, mejor posición tendremos.

—Lo haré —respondo, aunque las palabras me pesan en la boca.

Claire me estrecha la mano una vez más, se despide con un: *ha sido un placer* y se marcha hacia su coche.

Cuando el sonido del motor desaparece, cierro la puerta y el silencio del castillo me cae encima como una losa. Me apoyo contra la madera fría y suelto todo el aire que llevaba conteniendo.

51

Ivy

Londres sigue exactamente igual.

El metro sigue lleno de gente demasiado cansada para mirarse entre sí por las mañanas. Las cafeterías continúan sirviendo cafés carísimos en vasos reciclables con nombres escritos mal sobre la tapa. La ciudad sigue moviéndose rápido, ruidosa, brillante y agotadora, como si todo el mundo viviera permanentemente cinco minutos tarde para algo importante.

Antes me gustaba. Ahora solo me cansa.

Han pasado seis meses desde que me marché de Escocia. Seis meses desde que conduje hasta Inverness con el pecho completamente vacío, cogí el ferri de vuelta a Gran Bretaña esa misma noche y terminé regresando a Londres mucho antes de lo que pensaba hacerlo cuando empezó mi año sabático. La idea original era recorrer las Highlands durante semanas. Quizá meses. Perderme por carreteras secundarias, dormir en sitios pequeños frente al mar, escribir un poco, desaparecer del mundo una temporada. Y técnicamente eso fue exactamente lo que hice. Solo que el problema apareció en forma de hombre alto, gruñón y emocionalmente incompetente en mitad de un castillo escocés.

El coche murió definitivamente un mes después de volver, en Camden. Me quedé sentada al volante viendo cómo salía humo del capó, pensando que aquel pobre vehículo había decidido rendirse exactamente igual que yo: después de Escocia, fingir que todo seguía bien ya no tenía sentido.

Ni siquiera intenté arreglarlo. Lo dejé ir.

Hace dos semanas incluso decidí volver al trabajo antes de terminar oficialmente la excedencia.

Otra decisión brillante.

Porque quedarme sola en mi piso, dando vueltas a los recuerdos de las Highlands, tampoco estaba ayudando.

Ahora vuelvo a coger el metro cada mañana, respondo correos, asisto a reuniones interminables y finjo, con bastante dignidad, que mi vida ha vuelto a la normalidad. Pero no es verdad.

Hoy, mientras alguien habla sobre presupuestos y campañas navideñas en la sala de reuniones, mi mente lleva diez minutos muy lejos. Fuera llueve contra los grandes ventanales de la oficina. Y yo solo puedo pensar en el castillo. En el sonido del viento azotando las ventanas viejas por la noche. En el crepitar del fuego en la chimenea. En el olor a pan tostado y a leña. En Morag gritando desde la barra del pub. En Ewan.

Siempre termino llegando a él.

Es ridículo lo mucho que todavía ocupa espacio en mi cabeza. No terminamos mal, no hubo una gran pelea ni una traición trágica. Solo dos personas que se asustaron al mismo tiempo de lo mucho que empezaban a significar la una para la otra.

A veces todavía pienso en llamarlo. Luego recuerdo cómo me miró el último día, de pie sin intentar nada que me obligara a quedarme, y el valor se me deshace entre los dedos.

Cuando la reunión termina, me quedo sentada unos segundos más, observando cómo la lluvia dibuja líneas plateadas en los cristales. Londres nunca había parecido tan ruidoso y vacío al mismo tiempo.

Esa noche, al entrar en mi piso, dejo el bolso sobre el sofá y me quedo quieta en medio del salón. Todo está igual que hace seis

meses. Los mismos muebles. Las mismas luces. La misma vida. Menos yo, que ya no soy la misma.

Me preparo un té casi por inercia y termino sentada junto a la ventana, mirando las luces mojadas de la calle. El móvil descansa sobre la mesa baja, frente a mí.

Podría llamar a mi madre. O a alguna amiga. Cualquier cosa normal. En cambio, desbloqueo la pantalla y busco un nombre: Morag.

Me quedo mirando el contacto unos segundos, con el dedo suspendido sobre la pantalla. Luego pulso llamar.

Totalmente por casualidad, por supuesto.

Morag tarda exactamente dos tonos en descolgar.

—Espero que esto sea una emergencia grave o una propuesta millonaria, porque estaba discutiendo con un turista que insiste en que el *whisky sabe demasiado a whisky.*

No puedo evitar reírme. El simple hecho de escuchar su voz ya me aprieta algo extraño dentro del pecho.

—Hola, Morag.

—Me alegro que sigas viva.

La sonrisa se me apaga un poco al instante.

—Han pasado solo tres meses.

—Tres meses sin llamar es muchísimo tiempo cuando solo me mandas mensajes ridículos sobre perros parecidos a Bruno y fotos de comidas horribles de Londres.

Tiene razón. No hemos vuelto a hablar por teléfono desde que me fui, pero sí hemos intercambiado algunos whatsapps absurdos de vez en cuando.

Fotos del pub. Ella enviándome imágenes de lluvia escocesa para: *que no olvides el sufrimiento*. Yo respondiendo con vídeos del metro de Londres *para demostrar que sigo peor.*

Como si las dos hubiéramos decidido bordear cuidadosamente cierta conversación sin entrar nunca del todo.

—Dios, te echaba de menos.

—Normal. Nadie en Londres tiene mi encanto natural ni mi tolerancia a los idiotas.

Escucho ruido de vasos y voces al fondo del pub mientras ella seguramente sigue trabajando con el teléfono sujeto entre el hombro y la oreja.

—¿Cómo estás? —pregunta esta vez con una voz algo más suave.

—Bien.

Morag resopla tan fuerte que prácticamente puedo verla poniendo los ojos en blanco.

—Cariño, he sobrevivido años en este pueblo. Sé reconocer una mentira incluso por teléfono.

—Estoy… trabajando otra vez.

—Eso no responde nada.

—Ya, bueno. Resulta que volver a Londres no solucionó mágicamente mi vida ni mi estabilidad mental. Qué sorpresa.

Escucho cómo aparta algo al otro lado.

—¿Sigues pensando mucho en él?

Aprieto los labios un segundo antes de responder.

—Intento no hacerlo.

—Eso no es un no.

Cierro los ojos. Porque claro que no es un *no*.

Morag guarda silencio unos segundos. Luego suspira despacio.

—Bueno. Para empezar, te alegrará saber que sigue igual de insoportable.

—¿Cómo está Bruno?

—Más gordo. Ewan le da demasiadas salchichas cuando cree que nadie lo mira.

Morag sigue hablando.

—El pub sigue lleno de turistas inútiles. Callum continúa peleándose con motores imposibles. Y Ewan sigue metido en ese castillo como un fantasma huraño.

—Pensaba que ya habría vendido.

—No lo ha hecho. Sigue allí.

La frase me deja completamente quieta. En el fondo, una parte de mí llevaba meses intentando convencerse de que habría vendido la propiedad y desaparecido hacia cualquier otro lugar cálido del Mediterráneo antes de que llegara el otoño.

—Ah —consigo decir al final.

Patético nivel de elocuencia.

Morag guarda silencio unos segundos al otro lado de la línea.

Y sospecho que está dejándome espacio para procesarlo porque me conoce demasiado bien ya.

—Sigue reformando cosas —añade después—.Protestando todo el tiempo, por supuesto. El otro día casi se cae intentando arreglar una lámpara porque se negó a usar la escalera correctamente.

Sonrío sin querer. Después de seis meses sigo reaccionando a cualquier noticia sobre él como si una parte de mi sistema nervioso continuara viviendo allí.

—Pensé que vendería antes de verano —añado.

—Yo también. Pero no.

Me levanto del sofá y camino despacio hasta la ventana. Abajo, Londres sigue su ritmo incesante: cláxones impacientes, luces que parpadean, gente apresurada que habla demasiado alto en la calle.

Pero en mí vuelve ese tirón profundo en el pecho. El mismo que llevo seis meses intentando enterrar bajo trabajo, ruido y rutina. Ese vacío silencioso que aparece cuando menos lo espero.

—Morag… —digo al fin.

—¿Sí, cariño?

—¿Él sstá bien?

—Está… funcionando —manifiesta Morag con cuidado—. Pero no creo que sea exactamente lo mismo.

Cierro los ojos y apoyo la frente contra el cristal frío de la ventana. El contraste de temperatura me produce un escalofrío que me recorre la espalda.

Porque entiendo demasiado bien lo que quiere decir.

Yo ya no encajo del todo dentro de esta ciudad. Como si me hubiera dejado una parte importante de mí en Escocia y ahora caminara por estas calles como una versión incompleta de quien fui.

Por primera vez desde que volví, la idea se abre paso con una claridad casi dolorosa. Quizá marcharme fue lo inteligente, aunque no significa que fuera lo correcto.

—Prométeme que no volverán a pasar tres meses antes de la próxima llamada —apunta Morag al otro lado.

—Te llamaré pronto.

Resopla inmediatamente.

—Mentirosa. Pero da igual. Tú llama cuando quieras, Ivy Harper. A ciertas personas siempre merece la pena volver a escucharlas.

—Buenas noches, Morag.

—Buenas noches, cariño. Y deja ya de fingir que Londres te gusta tanto.

La llamada termina y me quedo unos segundos mirando el móvil todavía encendido entre mis manos.

Lo único que consigo pensar al cabo de unos minutos, es que quizá el lugar del que realmente me marché no fue Escocia.

Fue de Ewan.

52

Ewan

Octubre le queda bien a las montañas de las Higlands.

El viento empieza húmedo otra vez, los árboles alrededor del castillo se han vuelto rojizos y el lago parece más oscuro bajo el cielo gris constante de las últimas semanas.

La reforma también empieza a parecer real por fin.

Todas las habitaciones están terminadas. La biblioteca ya no parece abandonada, e incluso el salón ha empezado a parecer un sitio donde alguien podría quedarse de verdad, y no solo pasar unos meses antes de volver a marcharse.

Callum ha estado viniendo algunos fines de semana para ayudarme con la obra a cambio de pintas gratis en el pub de Morag y el derecho a insultar mis decisiones arquitectónicas durante horas. Según él, es un acuerdo laboral completamente justo. Según Morag, los dos somos patéticos y debería cobrar entrada por escuchar nuestras discusiones.

Estoy colocando unas muestras de madera en el comedor cuando llaman a la puerta principal.

Dos golpes.

Levanto la vista automáticamente pensando que será Morag trayendo comida otra vez, porque aparentemente el pueblo entero ha decidido que soy incapaz de alimentarme solo. Abro la puerta sin pensar demasiado.

La imagen que tengo delante es tan jodidamente improbable que parpadeo dos veces, convencido de que mi mente me está

jugando una mala pasada.

Pero no. Es ella. Ivy. Bajo la llovizna otoñal, con las mejillas enrojecidas por el frío y una mochila colgando de un hombro. Empapada, despeinada y absolutamente real. Exactamente igual que la recuerdo… y al mismo tiempo completamente diferente.

Algo dentro de mi pecho se sacude con violencia. Es como si alguien acabara de abrir de golpe una puerta que llevaba seis meses sellada. El aire se me atasca en los pulmones. El corazón me da un golpe seco contra las costillas, tan fuerte que casi duele.

La lluvia sigue cayendo, pero ya no la escucho. Solo la veo a ella y el impacto brutal de tenerla aquí, otra vez frente a mí, después de seis meses de intentar convencerme de que lo nuestro había terminado para siempre.

Sigo completamente quieto sujetando la puerta.

—Hola —dice al final.

—Hola.

Brillante conversación, MacKenzie.

Ella mira un segundo hacia el interior del castillo antes de volver a mí.

—Morag me dijo que no habías vendido.

Miro automáticamente hacia dentro de la casa.

Hacia las luces encendidas. Hacia la escalera. Hacia todo lo que sigue exactamente igual y completamente distinto desde que ella se fue.

—No.

Ivy espera algo más. Una explicación quizá. No la tengo. O sí, pero llevo meses evitando decirla en voz alta incluso cuando estoy

solo. Ella termina entrando despacio cuando me aparto de la puerta y la propiedad parece reaccionar físicamente a su presencia.

Se detiene en mitad del vestíbulo observando alrededor lentamente. Y empiezo a notar todas las huellas suyas que nunca desaparecieron realmente de aquí.

Los tonos cálidos de las paredes de la biblioteca. La manta nueva sobre el sofá del salón. Las lámparas que ella insistió en cambiar *porque parecían sacadas de una prisión.*

Incluso la maldita disposición de los libros sigue exactamente como ella la reorganizó aquella tarde mientras discutía conmigo sobre orden alfabético y carácter visual.

La veo avanzar despacio hacia el salón, rozando distraídamente algunos muebles con los dedos antes de mirar hacia el ala norte. Después entrecierra ligeramente los ojos.

—Espera… ¿esa puerta siempre tenía cristal esmerilado?

No, hace dos semanas mandé grabar discretamente el nombre de las habitaciones terminadas en los paneles nuevos. Y desde aquí todavía se distingue.

Harper Suite.

Ivy tarda exactamente dos segundos en leerlo. Luego gira la cabeza muy despacio hacia mí.

—No me digas que la has llamado Harper *Suite*.

Me apoyo contra el marco de la puerta cruzándome de brazos.

—Callum sugirió nombres peores.

—Eres consciente de que eso es bastante raro, ¿verdad? —sé que está bromeando porque una risa se le escapa de los labios.

—Llegados a este punto creo que ya hemos superado lo raro hace bastante tiempo. Pensé que no volverías —admito antes de poder detenerme.

Ivy baja la vista un segundo. Después vuelve a mirarme directamente.

—Yo también. —Suspira—. Pero he dejado el trabajo definitivamente. Y mi piso, allí los alquileres son imposibles, ya lo sabes.

—¿Qué?

Se encoge ligeramente de hombros, aunque la tensión en su mandíbula la delata enseguida.

—No sé exactamente de qué voy a vivir ahora mismo, pero tengo algunos ahorros y… supongo que ya me las apañaré. Además todavía me quedan muchas cosas que ver por aquí.

Intento procesar correctamente lo que acaba de decirme. Porque Ivy Harper acaba de aparecer seis meses después de marcharse y me informa casualmente de que ha dejado el trabajo, el piso y probablemente cualquier ápice de estabilidad como si estuviera comentando el tiempo.

—Lo has dejado precioso.

Durante meses he seguido trabajando en el castillo sin saber exactamente para qué. O para quién. Solo avanzando habitación por habitación como si terminarlo fuera a aclararme algo. Y ahora ella está aquí otra vez mirándolo exactamente como yo quería que lo mirara.

Ivy se acerca lentamente hacia mí.

—Londres empezó a sentirse demasiado… estrecho. Y yo seguía teniendo la sensación de que una parte de mí estaba todavía aquí

haciendo cualquier tontería contigo en la cocina. Aunque reconozco que pensé que igual volver aquí era una idea horrible.

Eso me hace soltar una risa por la nariz y ella me acompaña. Está nerviosa.

Ivy Harper. La mujer capaz de discutir con desconocidos en pubs, reorganizar mi castillo sin permiso y convertir cada conversación en una pelea, está nerviosa por mí.

—Cuando te fuiste… pensé que se te pasaría rápido.

—¿El qué?

—Nosotros. Pensé que volverías a Londres, recuperarías tu vida normal y en unas semanas todo esto acabaría pareciéndote una historia rara que te pasó una vez en Escocia.

—¿Y qué te pasó a ti?

Suelto aire despacio.

—Que he seguido levantándome cada mañana esperando escucharte hablar sola en alguna parte del castillo. Intenté convencerme de que dejar que te fueras había sido lo correcto. —me río un poco, sin humor—. Incluso conseguí creérmelo algunos días. Incluso acabé asumiendo que el verde salvia es un color precioso para una habitación de lujo.

—Yo también intenté seguir adelante. Claramente, no lo he conseguido porque como me dijiste una vez, a veces te marchas te un sitio y aun así algo siga quedándose allí.

Asiento despacio, claro que lo hizo. Los dos lo pretendimos.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —inquiero, dando un paso más hacia ella.

—No lo sé —susurra.

—Yo tengo una idea. —Doy el último paso que nos separa—. Si estás en paro… igual tengo un trabajo para ti. Gestión de castillos convertidos en alojamiento para turistas perdidos. Mal pagado, mucho frío y un jefe bastante gruñón.

Ella suelta una carcajada, mitad risa, mitad llanto.

—Vamos a llevarnos fatal trabajando juntos.

—Probablemente —respondo, sonriendo de verdad por primera vez en meses—. Pero va a ser la mejor decisión que hayamos tomado nunca.

Ella niega con la cabeza, aún riendo, con los ojos brillantes.

—Eres imposible.

—Y tú has vuelto bajo la lluvia, así que supongo que estamos en paz.

Nos miramos durante un segundo eterno.

—Ven aquí —expongo al fin, con la voz baja.

No hace falta repetirlo. Da un paso y se lanza contra mi pecho. La rodeo con los brazos con tanta fuerza que casi la levanto del suelo. Enterro la cara en su cuello y respiro hondo, sintiendo cómo algo dentro de mí vuelve por fin a su lugar. Cuando se separa lo justo para mirarme, le sujeto el rostro con ambas manos.

—Te he echado de menos hasta que me dolía —confieso.

—Y yo a ti —susurra ella.

La beso. Sus manos se enredan en mi pelo, las mías bajan hasta su cintura, pegándola contra mí. Cuando nos separamos, apoyamos las frentes, respirando agitados.

—Esto va a ser un desastre, ¿verdad? —consulta sonriendo contra mis labios.

—Tal vez —respondo, besándola otra vez, más corto, más dulce —. Pero es nuestro desastre.

Ivy se ríe y me abraza con más fuerza.

Joder, ahora sé que la felicidad tenía su voz. Siempre fue ella. Su risa. Sus manos, sus ojos…. Y que algunas historias no terminan cuando alguien se marcha. A veces, simplemente empiezan de verdad cuando esa persona decide volver.

EPÍLOGO

Ewan

Dos años después…

El castillo está lleno.

Hay maletas apiladas junto a la entrada, el sonido de copas y conversaciones que llegan desde el salón, y alguien acaba de preguntar por tercera vez dónde está el mejor sitio para ver ciervos al amanecer. Callum ya ha jurado que deberíamos cobrar suplemento por turistas insoportables. Ivy dice que, si lo hiciéramos, seríamos millonarios antes de primavera.

Bruno, mucho más viejo y todavía demasiado mimado, duerme junto a la chimenea, completamente indiferente al caos. Esta semana le toca quedarse con nosotros antes de volver al pub con Morag.

La mujer más increíble del mundo entra en la cocina con una bandeja vacía entre las manos y cara de estar a punto de cometer un asesinato.

—Te juro que si la señora de la habitación Fraser me vuelve a preguntar si el termostato está roto o es que los escoceses sois así de fríos, voy a encerrarla yo misma en el baño —dice, dejando la bandeja con más fuerza de la necesaria.

La observo mientras habla. Sigue siendo exactamente la misma de siempre: habla rápido, salta de una idea a otra, gesticula con la cuchara de madera como si fuera una extensión de su mano. Solo que ahora lleva un anillo de compromiso brillando en su mano

izquierda y el pelo recogido de cualquier manera después de haber pasado toda la tarde corriendo de un lado a otro.

Continúa sin apenas respirar:

—Además, la pareja de la habitación azul lleva toda la tarde discutiendo en susurros pasivo-agresivos y estoy casi segura de que el señor Barton está intentando ligar con la mitad de las mujeres del comedor.

—Tiene espíritu emprendedor —comento, apoyándome en la encimera.

Ella me señala con un dedo.

—No le defiendas. Os caéis bien porque los dos sois igual de raritos en sociedad.

Sonrío sin poder evitarlo. La miro moverse por la cocina: preparando té, recolocando cosas, llenando el espacio con su energía constante. Y todavía me pasa. A veces, en momentos tan simples como este, la veo atravesar el castillo hablando sola o riéndose de algo y siento el mismo golpe en el pecho que sentí la primera vez que la vi.

—¿Me estás escuchando? —duda, entrecerrando los ojos.

—Más o menos.

—Ewan MacKenzie…

Cruzo la cocina en dos pasos, le aparto un mechón de pelo de la cara y la beso despacio. Ella se calla al instante. Cuando me separo, tiene esa expresión entre divertida y rendida.

—Manipulación emocional pura —murmura.

—Funciona, ¿no?

Resopla, pero no puede evitar sonreír. Me rodea la cintura con los brazos y apoya la frente contra mi pecho.

—Voy a matar a alguien antes de la boda

—Aún faltan cuatro meses. Confío en ti —la tranquilizo.

—Tu optimismo me saca de quicio.

La beso otra vez, más largo esta vez, mientras ella sigue refunfuñando suavemente contra mis labios sobre centros de mesa, huéspedes difíciles y la posibilidad muy real de fugarnos a Glasgow solo para evitar otra reunión con la florista.

Y en medio de todo ese ruido, las voces lejanas de los huéspedes, el crepitar del fuego, sus quejas entre beso y beso, siento una felicidad inmensa.

No es perfecta. No es de película. Es solo esto: La cocina llena de vida. El castillo latiendo a nuestro alrededor. Ella hablando sin parar mientras organiza el mundo. Y yo, sonriendo como un idiota, sin querer interrumpirla sin entender del todo cómo alguien terminó convirtiéndose tan rápido en mi lugar favorito del mundo.

Le acaricio la mejilla con el pulgar antes de besarle la frente.

—Te quiero tanto, Ivy Harper.

—Menos mal —susurra rodeándome el cuello con los brazos—, porque dejar Londres, volver a Escocia y aparecer otra vez en tu puerta habría quedado bastante ridículo si tú ya me hubieras superado.

—Imposible. Eres completamente insuperable.

Después sonrío contra su boca antes de besarla otra vez.